



AVISO LEGAL

Título: *Descubrimiento e Identidad Latinoamericana*

Autor: Zea, Leopoldo

ISBN: 968-36-1553-8

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1990). *Descubrimiento e Identidad Latinoamericana*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1990 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

- © Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: cialc-sibiuam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales del libro pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este libro en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

500 AÑOS DESPUÉS

DESCUBRIMIENTO E IDENTIDAD
LATINOAMERICANA

Leopoldo Zea



centro coordinador y difusor de estudios latinoamericanos
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**Descubrimiento e Identidad
Latinoamericana**

500 AÑOS DESPUÉS

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

**CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR
DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

Leopoldo Zea
Descubrimiento
e Identidad
Latinoamericana



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MÉXICO 1990

Primera edición 1990

**DR © 1990, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.**

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968 - 36 - 1553 - 8

*A. Guadalupe Ruiz-Giménez
con afecto*

PREFACIO

Las conmemoraciones históricas que van más allá del panegírico han sido y son de gran utilidad para comprender el hecho histórico en relación con el presente y con el futuro. Para la América Latina tiene especial importancia la conmemoración o toma de conciencia del hecho histórico con el que se inicia la historia del continente americano dentro del contexto de la historia universal. No en el de la historia de España, Iberia o Europa, sino en el de la universal en su más amplio sentido. Porque el 12 de octubre de 1492, con el encuentro de América, las historias regionales de los pueblos que forman el mundo toman una dimensión universal. Tanto la historia de Europa como la de la encontrada América, y la del resto de los pueblos que habitan la Tierra, con tal encuentro dan nacimiento a una historia de la Historia, es decir, universal, en la que las regionales son sólo precedentes. Para la América Latina tal historia adquirió una singular dimensión, ya que entra en la misma bajo el signo de la dependencia impuesta por sus descubridores, conquistadores y colonizadores. Es esta situación la que origina la discusión sobre la humanidad de las naciones del nuevo continente: indígenas, criollos y mestizos, incluyendo a los mismos conquistadores y colonizadores. Tal discusión, entre Ginés de Sepúlveda y Las Casas, valdrá para todo nacido o enraizado en la región.

Esta relación de dependencia a partir de la supuesta superioridad de la metrópoli y sus hombres plantea los graves problemas de identidad que originaron la independencia, pero que sus hombres arrastraron a lo largo de la historia posterior. ¿Homúnculos? ¿Hombres? Hombre, mundo y cultura encubiertos por la idea que sobre la humanidad, mundo y cultura tenían sus descubridores, conquistadores y colonizadores. Es desde este punto de vista que el llamado descubrimiento no es sino un gigantesco encubrimiento que imponen unos hombres sobre otros, a partir de la supuesta superioridad de los primeros. Los problemas de identidad que origina esta relación no se plantearán en ninguna otra región de la Tierra como se hará en la América Latina. No sólo el indígena, sino el peninsular transterrado que busca otro acomodo, al igual que el criollo y el mestizo se enfrentan con problemas de identi-

dad respecto a lo que parece una doble identidad en la diversidad de culturas y sangres. ¿Qué somos? ¿Americanos? ¿Europeos? ¿Indios? ¿Españoles? Y con ello, la inútil lucha del mestizo por semejarse al padre negando a la madre, y del criollo añorando el mundo de su padre. Una identidad que se quiere resolver por la negación de una de las partes, mediante el doloroso esfuerzo de amputar lo que no podía serlo. El querer ser como otro para dejar de ser sí mismo, en un innatural esfuerzo por anular la propia e ineludible identidad.

En los últimos años se ha iniciado una etapa de autodescubrimiento, la de descubrir por sí mismo lo encubierto por el descubrimiento, la conquista y el coloniaje, y junto con ello descubrirse tan hombre como todos los hombres, con las posibilidades e impedimentos propios del ser hombre. No ser ni más ni menos que otros hombres, sino simplemente hombres, pero hombres concretos, con una etnia, un rostro, una cultura y una situación social determinada que perfilan la identidad aunque no la determinan. Un saberse distinto de los otros, pero al mismo tiempo semejante, por ello, a otros. Reconocerse a sí mismo en los otros, en los que éstos tienen de distintos.

La conmemoración del V Centenario del descubrimiento de América y del encuentro de dos mundos es un pretexto para que los latinoamericanos vuelvan los ojos sobre sí mismos, y reflexionen sobre los cinco largos siglos transcurridos, preguntándose qué son y qué hacer con la experiencia adquirida en dicho tiempo. Y a partir de esta toma de conciencia preguntarse nuevamente sobre la identidad formada a lo largo de tal historia, es decir, autodescubrirse para situarse en el horizonte de la historia del hombre como una de sus expresiones concretas.

La preocupación por los problemas de la identidad del hombre de la América Latina ha sido, para mí, una preocupación recurrente, enfocada desde diversos ángulos y en diferentes ocasiones; en estos últimos tiempos lo ha sido en relación con el sentido que tiene la conmemoración del V Centenario del descubrimiento o encuentro de dos mundos. Aquí reúno diversos trabajos animados por la preocupación expresada en el título del libro: *Descubrimiento e identidad latinoamericana*, cuyo propósito central es hacer patente una identidad que en nuestros días ya no es sólo problema latinoamericano, sino preocupación del hombre de nuestro tiempo en sus múltiples expresiones y diversas situaciones, planteada ahora en la misma Europa ante la emergencia de pueblos y hombres que hasta ayer eran sólo objeto de sus propias cosificaciones, de hombres que ahora reclaman el reconocimiento de su humanidad y con ello el de su propia y peculiar identidad como expresión concreta del hombre. Y sus reclamos son tales, que ponen en crisis las pretensiones de determinados hombres de hacer de sí mismos la expresión de lo humano por excelencia, y de su cultura, la cultura sin más.

Dedico estos trabajos a Guadalupe Ruiz-Giménez, secretaria general y motor de la Asociación de Investigación y Especialización sobre Temas Iberoamericanos (AIETI), puente de la mejor comprensión hispano-latinoamericana.

**Leopoldo Zea
México, marzo de 1989**

I. AUTODESCUBRIMIENTO

El 12 de octubre de 1492, fecha clave e ineludible en el inicio de la modernidad en la historia de Europa e igualmente clave en su definición como mundo occidental que se extenderá a la América del Norte, a los Estados Unidos, llegará pronto a su Quinto Centenario. Será así, un mundo occidental en contraposición con el de Oriente, que Cristóbal Colón se empeñó tercamente en encontrar marchando hacia los que se suponían confines de Occidente. Esta fecha, cuyo recuerdo está siendo enfocado desde diversos ángulos y con diversos calificativos, todavía hace cien años fue tan sólo objeto de grandes celebraciones en la América conquistada y colonizada por Iberia, y que otros pueblos no occidentales consideran como el inicio de la expansión, conquista y colonización de Europa sobre el resto de la Tierra. Fue de acuerdo con este significado de ese 12 de octubre de 1492, que en las Naciones Unidas los representantes de Asia, África, Medio Oriente, Oceanía y el Caribe anglosajón reaccionaron con sorpresa ante la propuesta de algunos gobiernos hispanoamericanos para que, a nivel mundial, se celebrase esa fecha. ¿Cómo es que —se preguntaban— los hispanoamericanos quieren festejar la fecha del inicio de su dominación? ¡Nosotros no estamos dispuestos a hacerlo!

Hace cien años, decíamos, esta fecha fue objeto de celebraciones festivas en los países de la América hispana, lo cual ya no podrá hacerse en nuestros días. Sin embargo, ha de ser recordada, ineludiblemente, como el inicio de una extraordinaria etapa de la historia de la humanidad y de un hecho doloroso que en nuestra historia ha tomado singulares expresiones, que da sentido a nuestro tiempo; además habrá de ser recordada críticamente, en ineludible relación con el tiempo que vivimos, que obviamente tiene vivos antecedentes en éstos, al parecer, lejanos días. Tal fecha se ha visto como la del inicio del descubrimiento de América, pero quizá el verdadero descubrimiento sea el que se inicia ahora en los esfuerzos que se hacen por comprender lo que históricamente representa en nuestros días, así como lo que ha representado y representa para los pueblos que sufrieron su impacto y la respuesta que han dado al mismo. Es el sentido de lo que allí se originó, el perfil de una identidad que los pueblos de esta región vienen buscando en relación, precisamente, con el impacto de la dominación que en esa fecha

se inicia, además del descubrimiento, la puesta a flote, de la identidad de nuestros pueblos en América, incluyendo la del pueblo que hizo posibles las hazañas del descubrimiento, de la conquista y colonización de la casi totalidad de nuestro continente y su contrapartida a la hazaña de liberación, como respuesta dialéctica a la conquista, todo lo cual parece dar perfil a los pueblos de lo que Martí llamó "Nuestra América".

Quinto Centenario del descubrimiento de América. Calificación eurocentrista, válida para quienes, siguiendo su propia historia y trascendiendo su geografía, se encontraron con algo que antes les era desconocido, otro mundo, otra cultura, otra expresión de humanidad. Pero ya no válido para los que fueron objeto del descubrimiento, por lo cual se ha propuesto como calificativo del hecho, más aceptable, el de encuentro. Este hecho se ha denominado como encuentro de culturas tanto en la UNESCO como en las Naciones Unidas, y así lo entiende México. Históricamente esta denominación también puede encontrar objeciones. Quienes patrocinaron y siguieron a Cristóbal Colón marchando hacia el occidente, tenían una cierta idea de lo que pensaban encontrar. Esperaban llegar a las fabulosas tierras de la China y del Japón; la tierra de los grandes khanes y las Indias. De acuerdo con la teoría de Colón sobre la redondez de la Tierra, estaba seguro de llegar al Lejano Oriente marchando siempre al occidente. Fue en esta marcha que Europa esperaba encontrar a las Indias, tropezando con un gigantesco continente plenamente desconocido. Tropiezo, más que encuentro, fue el de Europa sobre un mundo desconocido. Tropiezo de un continente que se confundió con otro, que marcó las equívocas interpretaciones de esta región. Colón creyó que eran las Indias, pero no, eran otras tierras de las cuales no habían hablado los Polo ni ningún viajero. Este equívoco hizo que los habitantes de esta región fuesen llamados *indios*. En ajuste tardío se hablará de las Indias Orientales (que buscaban) y Occidentales (con las que se tropezaron). Nuevo Mundo será llamada esta región, que nada tenía en común con el Viejo Mundo que, como una gran unidad, formaban Europa, Asia y África. Así, más que descubrir América, Colón tropezó con un continente, del cual, confundiénolo hasta su muerte con el que quería encontrar, perdió incluso la oportunidad de bautizarlo con su propio nombre, como lo hizo el cartógrafo que se lo dio: Américo Vespucio.

El mundo anglosajón que se aposentó en el norte de este continente llamado América, hizo suyo el calificativo de americanos para quienes colonizaron dicha región; y en apoyo a sus ilimitados proyectos hegemónicos sobre el continente, se opuso a la conmemoración del 12 de octubre de 1492 como una hazaña española, ibera o latina. Sin embargo, mucho antes que Colón y los españoles, era conocido, sin confundirlo con otro, por vikingos, quienes lo visitaban y preparaban, anticipándose a otros marinos sajones como Walter Raleigh, que colonizara

Virginia, y los santos padres puritanos desembarcados del Mayflower. Antes que Colón y los iberos, llegaron los antepasados de los colonos que hablaron de una América para los americanos, excluidos, por supuesto, quienes habían confundido un continente con otro. 1492 sería también la fecha del inicio de la gran disputa por el dominio del mundo entre la Iberia latina y la Britania sajona. Ahora se habla de una sola América, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, de una América cuya unidad es entendida a la manera de la Doctrina Monroe: "América para los americanos".

Italia está igualmente presta a reivindicar esta fecha como una hazaña italiana. ¿No fueron Colón y Américo Vespucio italianos? ¿No es cierto que uno descubrió el Nuevo Mundo, y el otro lo bautizó? La Iglesia Católica, por su lado, designa al año 1492 como el del inicio de la evangelización, pues fue a partir de esta fecha que pueblos perdidos para Dios, bajo la hegemonía del demonio, fueron rescatados y encomendados a sus cristianos preceptores, y cuando las perdidas almas de millones de hombres pudieron ser redimidas. Desde luego, no faltarán otras interpretaciones más que vean esta fecha en relación con sus peculiares intereses.

En la revisión de esta historia no puede faltar el punto de vista de los que fueron descubiertos, conquistados y colonizados; de los que han sido bautizados de varias formas; de los que fueron rescatados del demonio y encomendados a señores cristianos. La visión de los que han sufrido todo esto, de lo que Miguel León-Portilla llama la visión de los vencidos, que han sido objeto de múltiples interpretaciones, los cuales, para eliminar ideas con las que han cubierto su identidad, delimitan sus propios perfiles. El punto de vista de los hombres y pueblos de esta región, que implica la toma de conciencia de sí mismos, como la de los hombres y pueblos que le impusieron servidumbre material y cultural, de la cual sin embargo, han surgido estos pueblos que habrán de liberarse, aceptándose a sí mismos como entes valiosos y no como instrumentos de manipulación. 1492 puede ser, entonces, la fecha del descubrimiento, no sólo de esta América que podrá conocerse mejor a sí misma, sino también de muchos pueblos que, con sus culturas, se han encontrado en ella intencionalmente, por error o por la fuerza.

No se trata, como supusieron asiáticos y africanos en las Naciones Unidas, sólo de recordar y menos aún de festejar el inicio de la dominación impuesta a esta región y sus habitantes donde queda comprendido todo nacido en ella, cualquiera que fuese su origen, sino de hacer consciente la realidad que ha resultado de este dominante encuentro. La situación, en este sentido de la América Latina, es singular. De una singularidad ajena a las interpretaciones que sobre el mismo asunto puedan tener asiáticos y africanos, distinguida por el ineludible hecho de la mestización racial y cultural a que dio origen la dominación ibera

en América, algo que no se produjo bajo la colonización impuesta en otras regiones de América, en donde se extendió la dominación anglosajona. Es en América Latina donde la mestización integró la sangre y cultura del conquistador con la del conquistado, y surgió así ese ente, supuestamente híbrido, que parecía obligado a elegir entre dos mundos: el de la madre o el del padre.

No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos —decía Bolívar—, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales el título de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado.

Pueblos que son fruto de la unión de conquistadores y conquistados, hasta ayer supuestamente obligados a elegir entre dos mundos aparentemente enfrentados entre sí, con todas las consecuencias de tal elección. Habrá quienes se preparen a festejar el hecho simple de la conquista, pero habrá quien se resista, condenándola. Los problemas de identidad de esta región han surgido precisamente de este peculiar hecho que no se presenta en otras regiones de la Tierra a donde llegó también la expansión iniciada el 12 de octubre de 1492. No se trata ya de festejar ni de condenar, sino de tomar conciencia críticamente del hecho, de lo que representa para nosotros en la actualidad, y de lo que significa o pueda significar en el futuro que, queramos o no, estamos obligados a realizar.

Esta fecha ha sido recordada como la del descubrimiento de América y descubrir es ver algo que estaba oculto, pero que se suponía existía. ¿Fue ésta la intención de los descubridores de la región? Edmundo O'Gorman, por su parte, ha llamado a este hecho *invención*. Europa inventó a América buscando y encontrando lo que quería encontrar. Los ojos de los supuestos descubridores no vieron sino lo que querían ver y encontraron lo que querían encontrar. La auténtica realidad de esta región y sus habitantes quedó encubierta por los prejuicios que traían consigo sus descubridores; como una Nueva España, una Nueva Galicia, o una Nueva Granada, y otros nombres semejantes, fueron vistas estas tierras, y sus habitantes, como vasallos de los nuevos feudos. Los iberos trasladaron a esta región su propia concepción del mundo. El mundo en que pudiesen satisfacer lo que ya no les satisfacía en la Península. Aquí se alzarían nuevos señoríos fuera del Viejo Mundo, en el que ya no había cabida; así, lo que ya no era posible en la Península, sería ampliamente posible en el territorio descubierto.

Por otra parte, los hábitos y costumbres de los indígenas fueron vistos y juzgados en relación con los propios y considerados como inferior-

res, como expresión de infrahumanidad y, en consecuencia éstos fueron destinados a servir a sus nuevos señores. Por su lado, tampoco los evangelizadores pudieron ver de este mundo sino lo que querían o podían, de acuerdo con la religión que trataban de expandir por el orbe hasta ayer desconocido. En tal concepto, el mundo indígena fue visto como expresión de lo demoníaco y destinado a desaparecer u ocultarse como una vergüenza. Mas no sólo el mundo indígena, sino todo el continente fue visto bajo el signo del pecado y, por tal razón debía ser redimido por los hombres que lo habían encontrado. Así, el mundo con el cual se encontraron los descubridores, conquistadores y evangelizadores fue encubierto por una densa capa de prejuicios. Sin embargo, a pesar de ello se realizó el mestizaje, que fue más simple por estar dispuestos para él los hombres que ya en la Península Ibérica lo habían llevado a cabo con pueblos de otras razas, como el moro. Pero no fue así culturalmente, pues en la práctica los ibéricos trataron de imponer sus hábitos y costumbres al invasor moro. No obstante, el mestizaje cultural en la Península y el continente se originó a pesar de la pretensión hegemónica que en este sentido trató de imponer Iberia en uno y en otro mundo a lo largo del tiempo, se resquebrajaría la dura capa impuesta al mundo conquistado. Se dio así, en América, la doble faz de que hablara Bolívar: un doble mundo yuxtapuesto el uno al otro, aparentemente sin asimilarse, cuyas partes aparentemente opuestas entre sí, al enfrentarse, darían origen a los graves problemas que hoy vive esta región, problemas que no se plantearán en regiones donde no hubo mestizaje. No sólo los problemas de la pugna entre conquistadores y conquistados, españoles e indígenas, sino la pugna interna, la que dentro de cada nación en esta región se expresará en diversas formas, dando un sello peculiar a su historia; pugna racial y cultural en hombres que se sentirán obligados a elegir entre dos expresiones de su identidad. Pugna originada en la forma como Iberia impuso la dominación: mestizándose racialmente, pero considerando este mestizaje como algo vergonzoso en relación con la cultura de la que se sabía portadora.

El mestizaje racial, quizá por la vieja experiencia del ibero en la Península, y por su contacto con el invasor moro, se dio sin resistencia. No así en lo cultural, pues lo que debía ser visto como expresión de un mayor enriquecimiento, en este aspecto fue visto como rebajamiento en relación con la cultura del conquistador y del colonizador. Juan Ginés de Sepúlveda justificará el dominio de España sobre la región descubierta partiendo de que la cultura española, con sus hábitos y costumbres era superior a la de los indígenas. La raza española –decía Sepúlveda– ha producido grandes hombres, en los campos bélico y cultural. En cuanto a templanza, no existe nación que supere a España, ni tampoco en religiosidad ni en sentimientos humanos. ¿Cómo se pueden comparar las dotes de prudencia, ingenio, magnanimidad, templanza

humana y religión con las que tienen esos hombrecillos que no poseen ciencia alguna y ni siquiera memoria histórica? ¿Qué puede ser mejor para estos hombrecillos, agrega Ginés de Sepúlveda, que el ser sometidos por hombres que les son superiores? Estos hombres podrían ser exterminados legítimamente, pero dado el sentido de humanidad y religión de los españoles, sólo los someten a servidumbre; a una servidumbre que permitirá rescatarlos del demonio.

Pese a esta supuesta inferioridad, el ibero, tanto el español como el portugués, no rechazó la relación sexual con la raza que originaría así el mestizaje racial. Sin embargo, tal mestizaje sería considerado como contaminación, corrupción y rebajamiento de la humanidad y cultura de las que se sabía portador el ibero. Tenemos así, encuentro y mestizaje de dos mundos supuestamente incompatibles, como incompatibles son lo demoníaco y lo divino, y siglos más tarde la incompatibilidad entre la barbarie y la civilización. En el encuentro de mundos incompatibles entre sí, uno de ellos debía imponerse al otro hasta aniquilarlo y ocultarlo. Y con ello, hombres —decía Martí— que sentirán vergüenza del gentío materno y se empeñarán en ser eco y sombra del supuesto gentío paterno. Vergüenza de la etnia dominada y el inútil afán por ser parte de la etnia y mundo del conquistador. Y, no pudiendo ser ni sentido de impotencia e insistente búsqueda de modelos de identidad extraños a la propia, a la que la conquista y la colonización habían dado origen.

Al iniciarse el siglo XIX, rotos los lazos con las metrópolis que habían impuesto su dominio, se da la búsqueda de modelos de identidad que sustituyesen a la originada en la vergüenza. Para destruir lo impuesto, origen de tal vergüenza, se buscará fuera de sí el modelo de identidad que pudiese sustituirlo. El argentino Domingo Sarmiento, en interrogantes que recuerdan las del libertador Simón Bolívar, preguntará:

¿Qué somos? ¿Somos europeos? ¡Tantas caras cobrizas nos desmienten!
¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta. ¿Mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. ¿Somos Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimientó? ¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello.

El pasado, hecho con la sangre del conquistador y el conquistado, como la sangre del esclavo africano y el mestizaje de toda esa sangre, no podía ser sino la negación del futuro que habría de ser realizado. Un futuro extraño a la cerrada, a la retrógrada mentalidad ibera y a la limitada mentalidad indígena y africana y a la negativa mescolanza de todas ellas. Ahora el pasado colonial ibero será medido con los mismos argumentos con que un Ginés de Sepúlveda midió el pasado indígena, y lo será en

relación con la cultura moderna, visto ahora como expresión de la humanidad por excelencia. La barbarie colonial será ahora enjuiciada por la civilización de los pueblos formados por las grandes naciones en la Europa Occidental, Francia, Inglaterra y, en América, los Estados Unidos. ¿Qué hacer entonces para superar el atraso y rebajamiento en que había sido mantenida la región bajo la dominación ibera?: Renunciar al vergonzoso pasado, tratar de ser otros en vez de ser ellos mismos; esto es, ser distintos de lo que se había sido renunciando al dominio político y cultural impuestos. Ser otros, diferentes a los que hiciera la colonización ibera. Es decir, buscar fuera de sí lo que negase y superase lo que se había tenido que ser. ¿Cómo? La respuesta la da el mismo Sarmiento, diciendo: "Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos América como el mar es el océano. Seamos los Estados Unidos". Y para serlo, arrojar por la borda todo lo que se tiene, porque todo lo que se tiene ha sido impuesto: raza y cultura. Se propone, entonces, un gran lavado de sangre que mediante la emigración de pueblos haga por esta región lo que ya ha hecho por los Estados Unidos y otros lugares de la Tierra. Igualmente un lavado de cerebro mediante filosofías que, como el positivismo, cambien hábitos y costumbres impuestos por la Colonia. Hacer propios los hábitos y costumbres de los nuevos centros de poder. Convertir a los hombres de esta América en los yankis del sur, dicen tanto Justo Sierra como Juan Bautista Alberdi. Poner sobre la gruesa capa del encubrimiento impuesto por la dominación ibera otro encubrimiento, el que para sí y libremente aceptaron los propios latinoamericanos haciendo suyos modelos extraños a sus experiencias.

Así, los problemas de identidad a que diese origen ese 12 de octubre de 1492 se vuelven a plantear en hombres que ahora tendrán que elegir entre lo que son por obra del tiempo, la historia, y lo que quieren ser en contra de este tiempo y esa historia, nuevamente obligados a elegir ahora entre la civilización y la barbarie, para dejar de ser bárbaros obligados, y ser otros en vez de ellos mismos. Y, una vez más, quedar sin rostro, sin historia, sin identidad en el vacío, en el limbo histórico. Y, en consecuencia, quedar en una nueva situación de inferioridad, pero ya no frente a los viejos señores, sino ante los nuevos, creadores del modelo adoptado libremente. Para ser como ellos, se tenía que renunciar a lo que se era, aceptando su conducción y sus intereses, y, una vez eliminado el rudo paternalismo ibero, aceptar otro no menos cruel y codicioso; implicaba querer ser como el nuevo modelo de humanidad y cultura, y para poder serlo aceptar sin discusión sus condiciones de servidumbre, con nuevo señor, nuevo maestro, nueva tutela. Nuevamente la barbarie como expresión de la infrahumanidad de los hombres de esta región frente a hombres y pueblos que habían mostrado su superioridad en la lucha darwiniana por la existencia, la misma infrahumanidad expresa en el mundo ibero derrotado por el civilizado mundo sajón.

Y con ese pasado, el del indígena con su mansa barbarie, junto a la del negro arrancado del África para acrecentar la explotación de la riqueza en beneficio de sus esclavizadores. Así tenemos al mestizo, crisol de razas bárbaras, dando origen a un solo espécimen con los defectos de todas. Para borrar el encubrimiento, la yuxtaposición impuesta, los pueblos de esta región se cubrirán a sí mismos con las expresiones culturales, fruto de las experiencias de otros pueblos. Encubrimiento libremente aceptado para anular el impuesto.

Al encubrimiento impuesto por los descubridores y conquistadores de esta región en América, siguió el que a sí mismos se impusieron los creadores de patrias y naciones que nada querían saber del pasado de servidumbre. Del dominio impuesto se pasó al que había que aceptar y pagar por apropiarse los modelos extraños a estas patrias. Encubrimiento al que seguirán otros, obligados para los hombres de estas tierras, a partir del descubrimiento y conquista: ¿Cristianismo o paganismo? ¿Civilización o barbarie? Hace poco, un destacado antropólogo brasileño planteaba otro dilema, ¿Socialismo o barbarie? Cristianismo, civilización, socialismo, como lo que no se es y se debe ser; paganismo, barbarie, como lo que se es y se debe dejar de ser. Cristianismo, civilización, socialismo, frutos de la historia de pueblos que los hicieron surgir de sus propias y peculiares experiencias históricas y culturales, que no fueron fruto de experiencias extrañas a sí mismos, sino soluciones históricas que partieron de la propia experiencia. Todo esto es lo que ha faltado a nuestra región, una y otra vez encubierta. El Cristianismo, la civilización y el socialismo no han estado ni pueden estar reñidos o ser ajenos a las peculiaridades de pueblos como los nuestros que necesariamente tienen contras con ellos. Son experiencias humanas al alcance de todos los hombres, pero de acuerdo con sus propias peculiaridades. Sin embargo, no se trata de renunciar a lo que se es para poder ser otra cosa, ya que se puede acrecentar el propio ser, ser lo otro sin dejar de ser uno mismo; ser otra cosa sin sentir vergüenza de lo que se es o ha sido; de lo que se ha sido y se es como posibilidad de lo que se puede llegar a ser. Esto es asimilar, una y otra vez y no encubrir, yuxtaponer, ocultar algo que no puede ser encubierto, oculto, como la propia y peculiar identidad, identidad que ninguna experiencia extraña puede borrar. Antonio Caso, recordando el descubrimiento y sus consecuencias, decía: "Causas profundas, que preceden a la conquista, y otras más, que después se han conjugado con las primeras, y todas entre sí, han engendrado el formidable problema nacional, tan abstruso y difícil, tan dramático y desolador". La conquista fue un bien desde el punto de vista de la civilización, ya que hizo entrar en ella a los pueblos de América; pero un mal para estos pueblos al no amalgamarse las culturas encontradas. Es éste el origen de los males que aún nos aquejan. Hemos ido de limitación en limitación sin perfilar la propia e ineludible

identidad, “todavía no resolvemos el problema que nos legó España con la conquista –agrega Caso; aún no resolvemos tampoco la cuestión de la democracia, y ya está sobre el tapete de la discusión histórica el socialismo en su forma más aguda y apremiante”. Problema central para esta región que tiene su origen en ese 12 de octubre de 1492.

Pronto se cumplirán los cinco siglos de esta fecha que se ha calificado como del descubrimiento, pero que legítimamente es de un gigantesco encubrimiento; ineludible y natural encubrimiento, impuesto por una cultura a otra. No es ésta una fecha para festejar ni repudiar, sino para reflexionar profundamente sobre lo que a lo largo de cinco siglos se ha originado en esta región y lo que ha significado para la Europa que lo hizo posible, más en concreto para el mundo ibérico, España y Portugal, que al encubrir, mezclaron su sangre y cultura con las de los pueblos de esta región. Mezcla quizá no racionalmente buscada, vista incluso como vergonzosa a partir de la propia arrogancia; pero al fin y al cabo mezcla que ha sido y será ejemplo para otros encuentros culturales en la Tierra, originados por la expansión de pueblos que sólo vieron en los hombres y pueblos con los que se encontraron, parte de la flora y fauna por explotar.

1992 puede ser la fecha del auténtico descubrimiento del mundo a que dio origen 1492. El descubrimiento de un mundo peculiar, surgido del encuentro de las culturas que se han dado cita en esta región, que ha ido absorbiendo y asimilando las diversas capas con que se pretendió cubrir su identidad, una identidad hecha de la misma asimilación de esas capas encubridoras. “Nosotros –decía con su aguda visión Simón Bolívar– somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil”. Un mundo peculiar, podríamos ahora decir, pero ya no tan pequeño. Peculiar género humano formado por etnias y culturas diversas, pero no encontradas. Un peculiar género humano del que se dijo era sólo eco y sombra de vidas ajenas; y como todo eco y sombra, mala copia de otra voz y de otro cuerpo. Supuesta mala copia de otros mundos que no es sino expresión de la ineludible peculiaridad, individualidad e identidad de la región, obligada a repetir, imitar, pero que al hacerlo recreaba. En este sentido fueron vanos los esfuerzos de la conquista y la colonización por hacerla un remedo de España (en el calificativo de nueva se hará ya expresa la peculiaridad de la región). Vanos fueron también los esfuerzos de nuestros liberales y civilizadores por hacer de ella otra Inglaterra, Francia u otros Estados Unidos. Pero la realidad formada a lo largo de la historia de esta región se impuso y mostró la inutilidad del intento. Realidad que ahora es menester deslindar, clarificar, identificar, haciéndola patente. Identidad que hay que conocer para participar, sin complejo alguno, en la marcha de una historia que

es, pura y simplemente, la del hombre. La del hombre en sus múltiples expresiones y peculiaridades, que han de ser el punto de partida de la participación en tal historia.

Dentro de este ineludible deslinde de la región, de la historia y de los hombres que la han hecho, será de especial importancia la participación ibera. Iberia es parte indiscutible de la identidad de los hombres y pueblos de ésta que José Martí llamara "Nuestra América". En 1492 se inicia una historia que será común al mundo que representa Colón y sus marinos y al de los hombres con los cuales se encuentran. Encuentro que será, a su vez, el punto de partida de la presencia de otros hombres y culturas del resto de la Tierra. Pero es esta tierra, la de América, la que será como un gigantesco crisol de razas y culturas en donde se irá forjando la identidad, objeto de desvelos de latinoamericanos e iberos; de hecho ha sido el crisol en el que se originó ese peculiar género humano de que hablara Bolívar. Ha sido José Gaos quien mostró la ineludible relación que guarda el mundo de los hombres que, buscándose a sí mismos, se encontraron con América y el mundo de los hombres, objeto del encubrimiento; igualmente, fue él quien se llamó a sí mismo transterrado, que no desterrado, al encontrar en estas tierras el complemento de su propia y peculiar identidad. Complemento que, a su vez, los hombres y pueblos de esta región han de encontrar al otro lado del Atlántico. Recuerdo al maestro diciéndome la mañana del día de su muerte: "Usted debe ir a España y conocerla; España es la otra parte de usted mismo; la otra parte de la identidad que usted está empeñado en descubrir". La respuesta a la pregunta ¿Qué somos? ¿Españoles? ¿Indios? Somos todo eso y todo lo que a dicha identidad se ha agregado al encontrarse en esta misma región hombres de otras razas y culturas perfilando la "raza cósmica" de la que hablara el maestro mexicano José Vasconcelos. Se trata de hacer, desde ese 1492, una sola gran región, a uno y otro lado del Atlántico, obligada a definirse para poder participar, al lado de otras naciones y culturas, en la hechura de la historia en otra relación que no sea ya la de eco y sombra de ajenos mundos de que hablara Hegel. Una sola gran región hispano, ibero o latinoamericana en la que se plantee como problema central el de su identidad. A lo largo de una historia común hispanoamericana, los pueblos de esta región han buscado clarificar una identidad que por su amplitud y riqueza parecía indefinible.

En España, como en nuestra América, se plantearon problemas semejantes a los que se plantearon Bolívar y Sarmiento: ¿Qué somos? España buscó, una y otra vez en su historia, modelos de identidad al otro lado de los Pirineos, como los buscaron los hombres de esta América al otro lado del Atlántico o del río Bravo. ¡Ser como Francia! ¡Ser como Inglaterra!, gritarían en la Península Ibérica. Ser como Francia, Inglaterra o los Estados Unidos, gritarían en la América a la que había

dato origen una España encandilada por un pasado imperial que se perdía en la historia, mientras Hispanoamérica buscaba romper la oscuridad de los encubrimientos sufridos imponiéndose otros. Estaban ambas, España e Hispanoamérica, obligadas a rebasar un pasado que debería ser definitivamente pasado. En el siglo XVIII, dice Gaos, tanto en España como en la América española se inició la gran tarea del descubrimiento, rompiendo el pasado con que habían sido encubiertas ambas regiones. “El movimiento iniciado en el siglo XVIII en España y en la América española –dice Gaos– se presentó, pues, como un movimiento único, de independencia espiritual y política, respecto a una vieja Hispanoamérica imperial”. En busca “de una plural Hispanoamérica nueva con una constitutiva ideología ochonovecentista, democrática, liberal, republicana, antimperialista”. Era el inicio de un extraordinario esfuerzo, en América y la Península, por deslindar una identidad encubierta por la expansión imperial en el siglo XVI, e igualmente por desvelar la identidad que en uno y otro lugar, había sido cubierta por sus mismos hombres en su afán por anular el encubrimiento imperial. En este sentido, nos dirá Gaos, Hispanoamérica se adelanta a España. A una España encubierta, una y otra vez, por los anacrónicos sueños de un imperio que ya no existía. “España –dice Gaos– es la última colonia de sí misma, que de sí misma la única nación hispanoamericana que del común pasado imperial, queda por hacerse independiente, no sólo espiritual sino también políticamente”.

Así, si 1492 fue el inicio del encubrimiento al uno y al otro lado del Atlántico, 1992 ha de ser el año en el que los pueblos que forman esta gran región realicen su propio y peculiar descubrimiento. Descubrimiento de lo que se ha formado en el encuentro y asunción de razas y culturas que a lo largo de cinco siglos se han dado cita en este continente. Descubrimiento en el que la vieja relación materno-paternal de Madre Patria se transforme en la relación fraternal solidaria de Hermana Patria. Punto de partida de la conciencia de una Patria de patrias que abarque a nuestros pueblos al uno y al otro lado del Atlántico en la que soñaron los grandes próceres de la independencia hispanoamericana. Tal puede ser el significado del Quinto Centenario del 12 de octubre de 1492.

II. ¿QUÉ HACER CON QUINIENTOS AÑOS?

1

En pocos años llegaremos al Quinto Centenario de ese 12 de octubre de 1492, fecha en que Cristóbal Colón se encontró con un continente extraño, un mundo fuera de la concepción prevaleciente. Años después, Américo Vespucio le daría su nombre: América. Motivos utilitarios, signo de los nuevos tiempos, más que piadosos, habían movido la empresa. La lejana Catay, de la que hablara el veneciano Marco Polo, según los cálculos de Colón, debería ser más accesible por mar que por tierra. Sus ricas mercaderías viajarían más seguras por el mar que por las peligrosas tierras que habría que cruzar, según el mismo relato del veneciano. Colón llevaba consigo una misiva de sus señores, los Reyes Católicos, que financiaban su viaje, para el Gran Khan, dueño de esas lejanas tierras, para abrir comercio, aunque también para difundir el evangelio, solicitado por los mismos señores, a la conquistadora Mongolia.

Si la Tierra era redonda, como sostenía Colón, existía la posibilidad de llegar a esas fabulosas tierras y a sus riquezas, marchando por mar hacia el occidente, que no por los accidentados caminos terrestres que conducen al oriente. Los cálculos de Colón resultaron ciertos, salvo que el mundo buscado, que parecía estar fácilmente al alcance de la codiciosa Europa, estaba aún más lejos de lo que se suponía. Entre Europa y Asia, por la ruta de occidente, se interponía un gigantesco y desconocido continente, poblado por hombres y pueblos no imaginados por Marco Polo. Dicho continente frustraría los sueños de Colón, quien inútilmente volverá, una y otra vez, buscando al Gran Khan para entregarle su misiva. Este no buscado encuentro, este gigantesco tropiezo cambiaría la historia, no sólo de Europa, sino de la misma Asia buscada anhelosamente y, por supuesto, la escondida historia del continente, que de esta forma entraba en una Historia en la que no había participado a lo largo de los siglos.

El mundo encontrado no era el de los poderosos y aguerridos mongoles, dueños de Asia, ni el de los seguidores de Alá, por cuyos territorios había que pasar para poder comerciar con las riquezas del Extremo

Oriente; tampoco era el de los bravos isleños de Cipango, que habían resistido y vencido al Gran Khan, cuya isla Colón creía haber encontrado. Lo encontrado era otro mundo, un continente que no parecía ser del Gran Khan, y por lo mismo, sin dueño. No teniéndolo, sería tarea fácil tomarlo para los señores cristianos, españoles y europeos, y para mayor gloria de las incipientes naciones europeas; para mayor gloria de Dios, pero también para provecho de quienes ponían en marcha la conquista de este gigantesco mundo. A partir de él, en el mismo mundo allende el occidente (el de los pueblos asiáticos, contra el que se habían estrellado múltiples cruzadas cristianas) daba inicio otra historia que ahora sí abarcaría a la totalidad de la humanidad, conquista de todo el mundo, a partir de cuya redondez, Cristóbal Colón ponía en marcha una nueva y no imaginada empresa.

Detrás de Colón y de España marcharían los navegantes de Portugal y, de inmediato, los de otras potencias europeas para disputarse un mundo sin dueño y ampliar, con sus riquezas, las posibilidades de su predominio sobre el Viejo Continente. A la conquista de la América Meridional siguió de inmediato la de América Septentrional y la de todas las islas de los mares sobre las que Colón había puesto el estandarte de sus católicos señores. El gigantesco continente así encontrado no podría satisfacer, con sus riquezas, la codicia de una Europa insatisfecha, encarnada poéticamente en el Fausto de Goethe. Por ello, el gigantesco continente americano serviría de enclave para la conquista y colonización del resto del mundo, incluyendo el de los feroces señores de Mongolia. Lo que Europa no pudo hacer del siglo XI al XIII por tierra, lo hará fácilmente por los mares que Colón había sido el primero en surcar. A través de América, Europa se encontró con el resto del mundo, iniciando una nueva historia cuyas consecuencias se viven, quinientos años después, en el mundo, como totalidad de nuestros días.

2

Estamos llegando al Quinto Centenario de esta indiscutible hazaña que abrió otros horizontes en la historia de la humanidad. Horizontes que ahora se perfilan, haciendo de las viejas concepciones e ideas en las que se encuadró tal hecho, preocupaciones del presente. América no es ya el continente desconocido con el cual se tropezó el marino genovés. En América tiene ahora su asiento el más extraordinario centro de poder que conoce la historia. Centro de poder que impone su hegemonía al orbe entero, el mismo que la conquista y colonización de América hizo posible. Centro de poder que ha revertido la ola expansionista sobre los mismos viejos centros de poder que lo originaron. Expansión planetaria, ya casi sin las justificaciones piadosas con las que se pretendió esconder la codicia, que a través de la cruz justificaba a la espada. Al otro

lado de esta América está la creada por los mercaderes, piratas y emigrantes que venían en su mayoría de las tierras al otro lado del Canal de la Mancha, las tierras de Isabel de Inglaterra. Fue de esta América que surgió el extraordinario centro de poder que ahora circunda al planeta y que impone su dominio y condiciones de existencia al resto de los pueblos de una Tierra cuya dimensión demostró Colón al comprobar su redondez.

Así, al norte de América se formó el más poderoso centro de poder de nuestros días; y al sur, los pueblos que surgieron de la conquista y colonización mestizadora de España y Portugal. Más allá de estas dos grandes regiones de la humanidad, los pueblos de Asia, África y Oceanía también sufrieron el impacto de la conquista y colonización iniciadas en América. Y como réplica de esta misma América formada en la conquista y el coloniaje, surgieron las banderas libertarias contra el coloniaje impuesto; en el norte, con la revolución del 4 de julio de 1776, en los Estados Unidos; y después se pusieron en marcha en el Continente y el Caribe a lo largo del siglo XIX, las de la ahora llamada América Latina. Y son estas mismas banderas las que se vuelven a levantar en nuestros días en Asia, África y Oceanía.

Es de este horizonte, el propio del mundo contemporáneo que enfoca el Quinto Centenario del llamado descubrimiento de América, del cual se derivan situaciones a través de las cuales los pueblos de la Tierra lo califican. Hace cien años, en 1892, en otra situación, España recordó y festejó el hecho como expresión de la extraordinaria hazaña de la historia española en el mundo. En esa fecha España era todavía un imperio que mantenía algunas colonias en las Antillas y el Pacífico. Era la última expresión de la España imperial de la cual se había emancipado el continente hispanoamericano. Era la España en vísperas de la confrontación con la América de los nietos de Isabel Tudor. Confrontación con la que se inició la expansión de la misma nación que en América levantó la bandera del anticolonialismo, ahora preparándose a ocupar el vacío de poder que iban dejando los viejos colonialismos europeos. Es la España que aún debía liberarse de sí misma, como decía el transterrado español José Gaos. Esta España es la que ahora ha alcanzado la liberación que a lo largo del siglo XIX fue posible en América. La España de nuestros días, para la cual ese 12 de octubre de 1492 tiene un sentido distinto del que tuvo para la España imperial de hace cien años.

Los Estados Unidos recuerdan y se preparan para festejar ese 12 de octubre de 1492 como la fecha en que se inició la gestación de una nación de una grandeza peculiar, y por peculiar, limitada a sus exclusivos creadores. Nación que, como isla de libertad y democracia aisladas, es ajena a cualquier otra nación cuyas expresiones de esos valores no tengan un origen similar al que tienen en aquélla. Tal fecha se recuerda

y festeja como el inicio de la formación de la más grande nación de la Tierra y del más extraordinario poder que la historia ha conocido, como hazaña italiana y no española. La Iglesia Católica, por su lado, recuerda en esa misma fecha la expansión de la cristiandad sobre pueblos que por siglos habían quedado, gracias a extraños designios de la Providencia, bajo el dominio del pecado, de Satán. Los que no quieren saber de un recuerdo festivo de esta fecha son los pueblos indígenas que sufrieron el impacto de la conquista y colonización tanto en América como en Asia, África y Oceanía. Nada de recordar una fecha en la que se inició el sometimiento de estos pueblos, en nombre de la cristiandad o del progreso; hombres que fueron vistos como homúnculos o parte de la flora y fauna por utilizar o destruir.

Otro va siendo, igualmente, el punto de vista de la América que fue descubierta, conquistada y colonizada por la Iberia que patrocinó y siguió a Colón. Una América que ha adoptado el nombre de Latina para distinguirse de la Sajona y que de esta forma recoge también la ineludible herencia racial y cultural impuesta por la colonización ibera. América Latina, decía José Vasconcelos, porque en ella se recoge el sentido de la vieja latinidad romana que incorpora razas y culturas y origina así la América de nuestros días, receptora del impacto de pueblos cuya codicia y fe no impidieron la mestización con quienes se enfrentaban. Distinta de la otra América, la puritana que considera al mestizaje como rebajamiento de su propia y peculiar concepción de lo humano; es ésta, por el contrario, una América formada por sangres y culturas enfrentadas: las del conquistador y las del conquistado. La América de que hablaba Simón Bolívar. Una América que a lo largo de los siglos ha aprendido a integrar lo que no debe estar separado. Ha hecho del brutal enfrentamiento que significaron la conquista y la colonización, la materia constitutiva de una raza étnica y culturalmente más rica que las razas excluyentes. Para esta América, el 12 de octubre de 1492 ha de ser objeto de reflexión. De reflexión, no de festejo, porque no se puede festejar el inicio de violencia alguna del hombre contra el hombre. Toma de conciencia de lo que esta América ha llegado a ser, pasando por el sufrimiento de la dominación y el sufrimiento que ha implicado la insistente lucha por su liberación.

¿Descubrimiento? ¿Encuentro? ¿Encubrimiento? ¿Invención? ¿Tropiezo? Diversos conceptos para calificar una fecha histórica de acuerdo con los sentimientos que abriguen quienes así la califican. Pero dígase lo que se diga, piénsese lo que se piense, todo eso es ya historia y el 12 de octubre de 1492, un hecho ineludible. Y por histórico, irreductible al cambio, con independencia de los enfoques e interpretaciones que se hagan. Un hecho que, como tal, no puede ser ya cambiado. Por ello lo importante será preguntarnos, tanto ibéricos como iberoamericanos, al uno y al otro lado del Atlántico: ¿Qué vamos a hacer con

esos quinientos años? ¿Tienen aún algo que ver con nuestro presente y por ende con las posibilidades de nuestro futuro? ¿Existe por allí algo común a ibéricos e iberoamericanos como consecuencia de este hecho?

Hecho histórico que para merecer nuestra atención quinientos años después, ha de explicar nuestro presente y, al explicarlo, posibilitar el futuro que él mismo está originando. No se puede ver ese ya largo pasado como lo que fue y no puede volver a ser, ni como lo que no debió haber sido. Un hecho que no puede ser objeto de festejo ni de repudio, sino de reflexión creativa que nos permita planear un futuro común, propio de pueblos ineludiblemente ligados por una historia que, quiérase o no, les es común. Como comunes son los problemas que ha originado el peculiar modo de ser de ibéricos e iberoamericanos. Ese pasado, esa historia, no pueden ser simplemente pasado e historia a los que se pueda volver los ojos convirtiéndolos en estatuas de sal. Por el contrario, tal pasado ha de ser instrumento del futuro peculiar y común en nuestros pueblos. Un pasado que ha de dar sentido a nuestro presente y abrir el horizonte de un ineludible futuro. ¿Qué vamos a hacer, entonces, con esos quinientos años de nuestra historia? Será, dentro de esta preocupación, que el 12 de octubre tiene un singular interés, el cual no se puede agotar en una simple conmemoración rutinaria de cien en cien años.

3

Los pueblos al uno y al otro lado del Atlántico, europeos y americanos, se ignoraban mutuamente. Quizá los indígenas tuviesen, por razones especiales, una mayor conciencia de la existencia de otros hombres y otros pueblos al otro lado de sus mares. Los europeos sólo sabían de pueblos, al este de sus tierras, con los cuales ya habían entrado en contacto en muchas etapas de su historia. Sabían ya, de alguna forma, de la existencia de los fabulosos pueblos y sus no menos fabulosas riquezas en el Extremo Oriente, al igual que de mares al otro lado de Catay. Eran estas tierras las que motivaban no sólo su curiosidad, sino en especial su codicia. Para llegar a ellas, los portugueses daban la vuelta al continente africano. Colón trataría de mostrar lo que parecía ser el camino más corto marchando por el occidente, tropezando así con lo que sería América, poblada por extraños hombres, habitantes de ciudades nunca antes imaginadas. Colón, en sus cartas, hace explícita su sorpresa, la sorpresa del encuentro con algo de lo que no se tenía noticia. América emergerá, pura y simplemente, de la nada, de una nada que habría de ser llevada, a los europeos encubierta con las características del mundo familiar con la imagen de tierras por ellos buscadas al oriente de su propia ecumene. ¡Debe ser Asia! ¡Ha de ser el fabuloso reino del Gran Khan! Otros navegantes demostrarían que no era Asia y que tampoco

se había llegado a las Indias. En todo caso se trataba de otras Indias, que en adelante se denominarían Occidentales. Era algo antes oculto que se imponía. Parecía que Dios hubiera vuelto a crear algo de la nada. La nada que ocultaba algo que, aun existiendo, estaba sólo en la mente del Creador de toda la naturaleza. América es, así, antes que nada, un milagro. Algo que está fuera de la concepción familiar, cotidiana, del que se ha encontrado con ella creyendo encontrar otra cosa. Por su parte, misioneros que acompañan a los conquistadores hablan de una tierra que, por razones que sólo Dios conocía, había quedado en manos del demonio. Por ello, la tarea de los cristianos ibéricos era la de rescatarla para Dios.

Y para tal misión parecían estar preparadas España y Portugal. La misma Iberia que se había enfrentado al infiel morisco conquistador de la Península, y al cual España derrotaría ese mismo 1492. Pueblos paganos, dejados de la mano de Dios, que por haber sido descubiertos estaban preparados para entrar en la misma cristiandad que empezaba a fracturarse y que terminaría disputándose la hegemonía sobre Europa. América era, en este sentido, un milagro al servicio de la fe abanderada por España, todo un continente pleno de hombres y riquezas que la Providencia había entregado a España para hacer prevalecer la verdadera cristiandad en Europa. Fue así que España y Portugal se acrecentaron, se prolongaron a sí mismas con su fe y sus intereses en el continente surgido del milagro, con tierras, vasallos y riquezas al servicio de la cruzada europea sobre Europa. Se cristianiza, entonces, a indígenas para que, junto con las riquezas de la región, se pongan al servicio de la cristiandad católica. Iberia se prolonga en América y al acrecentarse busca vencer la herejía que cunde en Europa.

Pero también de esta tierra ignota, de esta tierra surgida de milagro, hace la otra Europa encarnación de una utopía. Crear un lugar en donde no hay lugar. Moro, Bacon y otros, crean, con la imagen de la América, la utopía de lo que no puede existir en Europa. La Britania, por su lado, quiere hacer realidad la utopía que nada quiere saber de la corrompida Europa simoniaca; venderá la indulgencia, traficará con la salvación de los hombres, y el mundo que ha creado en América nada tendrá que ver con Europa. Europa no se prolonga en América como Iberia; más bien, en ella encarna sus sueños. La misma concepción insular que caracterizara a la Inglaterra de los Tudor, se proyectaría en la América Sajona que llegaría a disputar el resto del continente con Iberia. De la misma Britania saldrán los hombres que han de hacer un nuevo mundo, no una nueva Europa. Harían, sí, una nación libre del pasado en el que predominara el dogmatismo. En las tierras al lado occidental del Atlántico el hombre ha de realizarse a sí mismo, y la Providencia estará con él si demuestra, por su éxito, servirle sirviéndose a sí mismo. América es concebida como instrumento para crear el futuro

y no para afianzar el pasado. Pero el futuro de hombres que no quieren seguir siendo lo que son: europeos. Y en este futuro los naturales de la región son sólo parte de la flora y fauna, para ser utilizados o eliminados.

El continente con el que se ha encontrado Cristóbal Colón será el punto de partida de la expansión europea sobre el resto del mundo que de esta forma entra en la historia del Viejo Continente. América, como creación, será a su vez el punto de partida de los movimientos de liberación frente a la expansión sufrida. El anticolonialismo se expresará tanto en la América Sajona como en la América Latina. Anticolonialismo que en el siglo XX se extenderá al resto de los pueblos de Asia y África, los cuales sufrirán la misma expansión. Enclaves de libertad como antes fueran enclaves de expansión colonial, que tomarán en una y otra América las formas derivadas de su propia experiencia histórica y cultural. En los Estados Unidos la liberación se limitará a su región y no verá en la liberación de otros pueblos sino el instrumento para garantizar su peculiar e insular libertad. En la América Latina, por su formación mestiza, racial y cultural, la liberación irá adquiriendo un sentido ecuménico y plural, abierto a la liberación de otros pueblos.

4

En el continente encontrado por Colón se originan dos ideas de libertad en respuesta a la conquista y colonización sufridas. La libertad de todos los hombres, como necesaria condición para la formación de democracias a las que tuvieran acceso todos ellos sin requisito previo alguno. Pero también la libertad, en otro sentido, que será restringida a un determinado grupo de hombres y pueblos y, que dará pie a la formación de democracias insulares, propias de tales hombres y pueblos. Diversidad de la que se originaron múltiples conflictos que en nombre de la libertad y la democracia se plantean en el continente. Conflictos entre pueblos que las reclaman como algo esencial a todos los hombres y pueblos que las consideran como de su exclusivo patrimonio, a partir de las cuales juzgan y califican cualesquiera otras expresiones de libertad y de democracia que no sean las propias.

La concepción abierta, plural, de libertad y de democracia, tiene su origen en la formación mestiza de los pueblos iberoamericanos, al uno y al otro lado del Atlántico. En Iberia, porque su peculiar historia la lleva a mestizarse racial y culturalmente con pueblos al otro lado del Mediterráneo, y a prepararse para hacerlo, igualmente, con pueblos y culturas al otro lado del Atlántico. Y en América Latina donde, sin embargo, el mestizaje ha sido la raíz de los problemas que ambas, España y América Latina, se plantean actualmente. Problemas de identidad en relación con pueblos del otro lado de los Pirineos o del otro lado del río

Bravo; es decir con la Europa Occidental o los Estados Unidos; pueblos falsamente considerados como puros racial y culturalmente. ¿Qué somos? Preguntan libertadores y civilizadores de la América Latina, tal como se lo han venido preguntando asimismo los españoles a partir del desmoronamiento del imperio en donde nunca se ponía el sol. ¡Ser como los Estados Unidos! o ¡Ser como la Europa del otro lado de los Pirineos! Y a partir de este interrogante y preocupación, el empeño en la búsqueda de modelos de gobierno y de cultura por imitar, abandonando cada región lo que le es naturalmente propio, como propio ha sido lo que los pueblos erigidos en modelo han tenido.

La preocupación expresada en Latinoamérica por semejarse a este o aquel modelo europeo o estadounidense, se ha hecho igualmente expresa en España. Bolívar y Sarmiento se preguntaban ¿qué somos? ¿Americanos o europeos? En España surgen preguntas como ¿qué somos? ¿Godos o moros? ¿Germanos o mediterráneos? La múltiple y, por ello, rica identidad que se fue formando en una y en otra región, Iberia y Latinoamérica, será vista como un defecto, como degradación y obstáculo a la buscada sajonización y europeización. Pero es precisamente esta identidad diversa, plural, la que ofrece la posibilidad de una libertad y una democracia abierta a todos los hombres, cualesquiera que sean su raza y su cultura. España, que con su hazaña dio origen en América a ese mundo rico y diverso de lo humano, sin que por ello dejara de ser tal, se ha venido preocupando por el reconocimiento de ser europea. Se ha preocupado porque los pueblos del otro lado de los Pirineos la reconozcan y acepten como nación europea. Pero, ¿tiene España necesidad de tal reconocimiento? España es parte indiscutible de Europa y su cultura, es parte de su historia. Sin embargo, España y Portugal son algo más que parte de la historia de Europa; son ya parte indiscutible de la historia del mundo. En ese 12 de octubre de 1492, cualquiera que sea el calificativo que se le dé, se abrieron a Europa horizontes que la trascendieron. Horizontes por los que Europa transitó, siguiendo a España, y se amplió a sí misma. España no sólo es europea, no sólo es parte de la historia de Europa, es también parte esencial de la historia de América y, al serlo, es parte esencial de la universalidad de la historia, nunca antes conocida. Es esta peculiar identidad ibérica de los pueblos al uno y al otro lado del Atlántico la que debe asumirse. Y a partir de esta asunción hacer realidad las posibilidades que han de ser propias de una auténtica libertad y democracia. No ya la libertad y la democracia europeas o sajonas, sino la libertad y la democracia en las que todos los hombres y pueblos del mundo han de ser partícipes sin restricción alguna.

Un maestro español, que al transterrarse a la América de Colón se iberoamericaniza, José Gaos, habló de esas peculiares ideas de libertad y democracia comunes a los pueblos hispanos al uno y al otro lado del

Atlántico. “España –escribió Gaos en 1942, en *Cuadernos Americanos*– es la última colonia de sí misma, la única nación hispano-americana que del común pasado imperial, queda por hacerse independiente, no sólo espiritual, sino también políticamente”. Una preocupación común de libertad, común a los pueblos al uno y al otro lado del Atlántico, frente a un dominio imperial igualmente común, iniciado ese 12 de octubre de 1492. En una y otra región, en España y en Latinoamérica, se fue enfrentando, rompiendo la dominación impuesta, pero no para caer en nuevas formas de dominación y colonialismo, sino para asumir la libertad que habría de permitir una democracia cuyo modelo, por su amplitud y pluralismo, no se ha dado en ninguna región de la Tierra. Por consiguiente, la relación que en el presente han de guardar entre sí los pueblos ibéricos y los que forman Iberoamérica, no puede ser ya la anacrónica relación paternalista derivada de la Colonia. La relación ha de ser fraterna, solidaria, horizontal. La relación de Hermana Patria y no de Madre Patria. Una relación que ese mismo 12 de octubre de 1492 igualmente originó la de dominación. Cuando el rey Juan Carlos de España recibió el Premio Simón Bolívar, en el Bicentenario del nacimiento del Libertador, el 24 de julio de 1983, lo recibió y le fue otorgado no como expresión de servil pleitesía, sino como reconocimiento de lo que su persona ha significado y significa para la España democrática de nuestros días, que tanto le habría gustado ver a mi maestro José Gaos. El rey Juan Carlos de España, en su momento y en otras circunstancias, hace por España lo que Simón Bolívar hizo, en su momento, por diversos pueblos de la América ibera al otro lado del océano.

De esta peculiar expresión de liberación que ha de alcanzar a todos los pueblos de la Tierra, habló, en su momento, Andrés Bello, el joven maestro del joven Bolívar. Una idea de libertad común a españoles e iberoamericanos. En las luchas por la independencia de los pueblos hispanoamericanos, España luchó contra sí misma en América, tal como lo venía haciendo en la Península. La España imperial se estrelló contra la España que a lo largo de la historia había luchado por la libertad de los hogares.

La nativa constancia española –escribió Bello– se ha estrellado contra sí misma en la ingénita constancia de los hijos de España. El instinto de patria reveló su existencia en los pechos americanos, y reprodujo los prodigios de Numancia y de Zaragoza. Los capitanes y legiones veteranos de la Iberia trasatlántica fueron vencidos y humillados por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra iberia joven, que abjurando el nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua defensa de sus hogares.

Una idea de libertad y de democracia distintas de las que se han alzado al otro lado de los Pirineos y del río Bravo; ideas de libertad

propias de los pueblos que se han formado en América y la Península Ibérica a partir de ese 12 de octubre de 1492. En esta fecha se inicia la conquista del orbe entero, se va forjando también la respuesta libertaria frente a la dominación. En América se inicia la colonización de la Tierra, pero también se inicia la acción por la liberación de la misma. Iberia no sabe del republicanismo sajón; por el contrario, la arrogancia de sus hombres parecía impedir tal posibilidad. “Pese a ello —dice Andrés Bello— había semillas de magnanimidad, de heroísmo, de altiva y genérica independencia”. Fue también esta parte de la herencia recibida por los pueblos mestizos que surgieron en América, “algo más había en esas cualidades —concluye Bello— que la estúpida insensatez de la esclavitud”.

La hazaña española del descubrimiento, la expansión y conquista iniciada el 12 de octubre de 1492 puede ser calificada de múltiples formas y siempre con razones para hacerlo. Pero para nosotros, los iberoamericanos al uno y al otro lado del Atlántico, esto ha de tener el sentido propio de los pueblos que a partir de tal hecho se formaron. No se tiene que insistir en lo que ya fue y que, por serlo, no puede ya ser de otra manera, sino en lo que se ha llegado a ser y a partir de lo cual se puede ser de otra manera. De allí la importancia de preguntarse respecto a lo que se va a hacer con quinientos años de historia común, con la historia en la que se han formado nuestros pueblos al uno y al otro lado del océano. Preguntarse cómo esos quinientos años han de ayudar o han de pesar sobre nuestro futuro. Quinientos años de los que han surgido pueblos cuya identidad se consideró en un principio como conflictiva, pero que ahora, por el contrario, se le ve como una identidad rica en posibilidades por estar abierta a todas las expresiones de lo humano. Punto de partida, posibilidad, para una libertad que no se haga depender del dominio de unos hombres sobre otros, una democracia que sea expresión de las ineludibles libertades. Hombres y pueblos en una relación solidaria y no de dependencia alguna. Solidaria sin que esto implique renuncia alguna a peculiaridades propias de todos los hombres y pueblos como entidades concretas que son y no abstractas. Hombres iguales entre sí, pero no tan distintos como para que unos sean más hombres que otros. Iguales por ser diversos, esto es, hombres y pueblos con ineludible individualidad y personalidad.

Guadalajara, España, 1988

III. UNIVERSALIZACIÓN DE LA HISTORIA

En 1988, la Universidad de Bolonia celebró el noveno centenario de su fundación. El próximo 12 de octubre de 1992 se conmemora el extraordinario hecho que cambió el curso de la historia, el encuentro de un continente desconocido, bautizado después de Cristóbal Colón como América. Encuentro de dos mundos que abarcará al resto de la Tierra. Dos fechas, 1088 y 1492, entre las cuales se va engendrando la conciencia de una historia que trascenderá la historia regional de pueblos apenas conocidos entre sí o simplemente desconocidos, como el encontrado por Colón. La historia general de tales pueblos, incluyendo la de los europeos, se universaliza.

La Universidad de Bolonia entra en esta historia a partir, precisamente, de un nuevo concepto de ecumene de donde se deriva el título de Universidad, mismo que harán suyo otras instituciones de cultura con la misma preocupación: Universidad, la conciliación de lo uno con lo diverso, de lo concreto con lo múltiple, lo plural. El horizonte histórico en que se origina la Universidad de Bolonia es el que determina la preocupación universalista de la institución. Son varios los hechos que perfilan su horizonte; por un lado el conflicto de las investiduras (1075-1128), y por el otro el de las cruzadas (1095). Lateralmente, la asunción de la corona de Inglaterra por Guillermo el Conquistador de Normandía. La disputa por las investiduras entre el Sacro Imperio Romano y la Iglesia Católica Apostólica y Romana originan dos concepciones de universalidad que no se concilian. Por un lado, la universalidad del poder heredado del mundo bajo el imperio de la antigua Roma, que impuso su hegemonía a pueblos de diversas identidades, razas y culturas. Por otro, los pueblos del otro lado de los Alpes que darán posteriormente origen a Europa y, además, los pueblos al este del Mediterráneo, los del Medio Oriente, inicio de la frontera con Asia, y, al sur del *Mare Nostrum*, los de África. Pueblos diversos racial y culturalmente, pero que encuentran extraordinaria cabida dentro de la concepción ecuménica de la antigua Roma. Ecumene abierta a todas las expresiones de lo humano con las que se encuentra Roma, la cual, lejos de excluirlas, las incorpora, y se convierte así en matriz de múltiples naciones. Mundo abierto, como el panteón romano donde los dioses tienen su lugar, salvo el dios cristiano, por excluyente. Universalidad de la que se va a derivar el extraordinario

poder romano, y garantizada por el derecho que norma tal poder. Derecho que garantiza a todos los pueblos el acceso a esta extraordinaria ecumene de los múltiples pueblos y culturas que domina Roma.

El Sacro Imperio Romano que surge de las cenizas de poder del viejo imperio romano. Pero un imperio que lleva en sus entrañas la raíz del conflicto que lo agita al término del primer milenio con otra manifestación de universalidad, la expresada por el cristianismo y su Iglesia que, como poder dentro del poder, secularizara el emperador Constantino. Conflicto de universalidades, y por ende, derecho expresado en Agustín de Hipona, que expone la polarización de la historia, la Ciudad del mundo, del poder por el poder, y la Ciudad de Dios, el poder por el que ha de salvarse la humanidad. El poder temporal frente al poder espiritual. El Sacro Imperio Romano encuentra difícil conciliar lo que tiene de sacro con lo que tiene de imperial. La Iglesia no debe restar poder al imperio, sino simplemente legitimarlo. Allí nace la pugna que divide a la Europa cristiana de esos días.

No es casualidad que la preocupación central de la naciente y primera universidad se oriente hacia el conocimiento del derecho romano. Una extraordinaria expresión de universalidad ahora en conflicto con la sostenida por la Roma pontificia. Figura central del nacimiento de la Universidad de Bolonia lo será el jurista Irnerio. Habría que buscar en el espíritu del viejo derecho romano la garantía para la nueva ecumene en la que han de conciliarse el Sol con la Luna. La escuela de Irnerio en Bolonia crece y se expande por diversas partes de Europa, lo cual propicia que la Universidad donde se origina esta preocupación se convierta en *Alma Mater* de otras universidades que buscarán, también, la conciliación de universalidades encontradas. De Bolonia surge Graciano, autor del *Decretum Gratiani*. Esta obra trata de conciliar las contradicciones planteadas por el conflicto entre los grandes poderes. En 1158, Federico I, Barbarroja, invita a cuatro expertos en derecho, originarios de la Universidad de Bolonia: Búlgaro, Martino, Jacabo y Ugo di Porta Ravegna para que formulen la justificación legal del poder imperial que él sostiene. Barbarroja promulga en 1158 la Constitución Habita, por la cual el imperio se compromete a impedir que la Universidad de Bolonia sea objeto de cualquier intromisión política y ajena a los fines de la misma, y a partir de ella toda universidad que se precie de tal, pugnará por alcanzar la autonomía que garantice la libertad que en el campo del espíritu y de la cultura ha de normar a las instituciones que trataron de superar los conflictos entre ecumenes, en vez de pretender ser hegemónicas. Se busca así la garantía de otra expresión de universalidad, la que tiene su asiento en la razón, en la inteligencia del hombre, garantía del reconocimiento de lo universal en las expresiones concretas y múltiples del hombre. La universidad bolonesa, y con ella las universidades que le siguen, enfrenta la difícil tarea de superar lo

concreto, en especial lo político, a partir de la toma de conciencia de la relación que guardan hombres y culturas, sin demérito de la existencia de ninguna de ellas.

La ecumene, imperial y eclesiástica en Europa, se enfrenta, en ese mismo tiempo en que se funda la Universidad de Bolonia, con otras ecumenes y otras expresiones de universalidad, como la que viene sosteniendo el Islam que se ha enseñoreado en el Medio Oriente y en el norte de África, y que va penetrando en el continente europeo por la Península Ibérica. Se enfrentan dos expresiones de humanidad, de diversa cultura, religión y raza. El mismo año en que se funda la Universidad de Bolonia es investido como pontífice de la cristiandad el papa Urbano II, quien poco tiempo después, en 1095, bendice la primera cruzada contra el infiel que domina los Santos Lugares. En los pueblos que forman España se inicia la reconquista del territorio perdido, la cual retrocede ante una nueva invasión islamita, la de los almorávides.

La suerte está echada, los pueblos de la Europa cristiana penetran en el Medio Oriente, tratando, acaso, de reconstruir los dominios de la antigua Roma. En la Península Ibérica el enfrentamiento entre moros y cristianos, y moros y godos, originará una especial concepción de las relaciones que deben guardar entre sí estos pueblos; concepción que va a ser de extraordinaria importancia cuando ambos se enfrenten en una lucha que culminará con el triunfo de la España cristiana sobre los moros en Granada, en el mismo año en que Colón, con el descubrimiento, abre nuevos horizontes a las universalidades en pugna. La actitud que originó el encuentro entre culturas diversas en la Península Ibérica será decisiva al encontrarse con otros pueblos y culturas del hasta entonces desconocido continente. La capacidad de mestizaje que había hecho del antiguo imperio romano instrumento para una ecumene más allá de la hegemonía de la fuerza, se manifiesta también en la España de la reconquista y el descubrimiento.

Otros hechos históricos regionales en la que sería Europa abrieron camino para la nueva universalización que se expresará a partir del 12 de octubre de 1492. En 1066, desde Normandía, Guillermo el Conquistador se hace de la Corona de Inglaterra, y forma la dinastía que dará origen a otra no menos peculiar concepción de universalidad que hará del individuo fuente de la misma: En una larga guerra entre Inglaterra y Francia en el continente europeo, los descendientes de Guillermo son expulsados al otro lado del canal, a lo que será Britania, frente a Europa, donde se fortalece una peculiar expresión de universalidad insular. En 988, en las tierras del extremo oriente de la naciente Europa, los pueblos de la Rusia adoptan el cristianismo. A su vez, de los extremos de la lejana Asia surge en 1211 otra fuerza, la mongola, que bajo los estandartes de Gengis Khan se expande por el Asia y, marchando al occidente, llega más allá del Danubio, en Eu-

ropa, sometiendo a los príncipes de la naciente Rusia. En 1271 los Polo, mercaderes y venecianos, llegan ante Kublai Kahan, nieto de Gengis Khan. Marco Polo, en su famoso libro *El Millón*, describe las riquezas de ese lejano y poderoso imperio. Los cristianos, detenidos en su expansión hacia el Oriente en las cruzadas, tratan de llegar a tales riquezas. ¿Existe una vía más rápida que evite los peligros de la larga travesía por el Asia? Marco Polo describe las maravillas de otra ecumene que emerge al oriente de la Europa en formación. La experiencia romana podrá servir de extraordinario instrumento para conciliar ecumenes tan diversas. Los problemas que enfrentó y resolvió el derecho que dio contestatura a la vieja Roma siguen siendo de extraordinaria importancia. La filosofía medieval, en varias universidades, plantea los problemas de esta diversidad de ecumenes, así como los propios del desarrollo de lo que será Europa.

La Universidad de Bolonia ofrecerá un manantial de experiencias respecto a problemas que exponen diversas identidades, expresiones de humanidad y las diversas concepciones de universalidad que plantean. La escuela de Irnerio será la semilla para enfrentar estas preocupaciones en las universidades que se crean después de la de Bolonia. Muchos y famosos serán sus discípulos en esta Universidad, entre los que se encuentra Tomás Becket, quien caerá víctima de un conflicto con su monarca Enrique II, semejante al que se ha planteado entre el imperio y el papado. Los estudios ingleses empiezan a rechazar aspectos del derecho romano como el que se refiere al dominio. Otra concepción de dominio se va formando en Inglaterra en vísperas del encuentro de Cristóbal Colón con el desconocido continente. En Britania se va perfilando una nueva expresión de universalidad opuesta a la que se va formando en el continente europeo. La diversidad y el conflicto se harán patentes en la disputa que se ha establecido entre el imperio español y el emergente imperio británico o sajón por el dominio del Nuevo Mundo y el de los mares (que permitirá el dominio total del resto del mundo).

Cristóbal Colón, patrocinado por los reyes católicos de la España que han reconquistado la Península venciendo al musulmán, se lanza a la búsqueda de una ruta más corta que permita llegar a las riquezas de las que hablara Marco Polo. Lleva una carta de sus señores para el Gran Khan, en la que éstos solicitan comerciar con él y le ofrecen ayuda espiritual por si acaso aspirase a cristianizar su imperio. Es una misión mercantil, pero Colón tropieza con un continente desconocido y esto cambia su proyecto. Cree llegar al Asia, a Cipango, y busca Catay; pero inútilmente buscará al Gran Khan. Lo que encuentra son pueblos con gente que no corresponde a las descripciones de Marco Polo. No son éstos los bravíos guerreros de Cipango que han vencido al Gran Khan, ni tampoco las huestes de este gran señor. Con lo que se tropieza es con gente inocente, desnuda, buena, hermosa y desarmada, la cual

huye cobardemente ante el primer arcabuzazo. Tal escribe Colón en su primera *Carta de viaje*.

¿Dónde está el señor de esta extraña gente? Al parecer, lejos, muy lejos. De esta gente se puede hacer buenos cristianos, bajo la encomienda de los reyes católicos. Así, en nombre de sus señores y del cristianismo, Colón va tomando posesión de las tierras con las que se encuentra, y la misión mercantil se transforma en conquista y colonización.

Portugal, Inglaterra, Francia y Holanda se lanzan tras las huellas de la conquista y colonización abiertas por el gran almirante abanderado de España. Hay que salvar almas, por cuyo costo esos *homúnculos* deberán pagar con trabajo esclavo y riquezas, tal y como lo dice Juan Ginés de Sepúlveda. O habrá que civilizar, explotar la hasta entonces inexplorada y virgen riqueza de la naturaleza de esos mundos, y como parte de la misma, de la fauna y la flora, serán vistos los naturales que la habitan. Europa ha tomado conciencia del equívoco de Colón: no son las tierras del Gran Khan, sino un continente nuevo que la Providencia descubre a quienes sean capaces de ponerlo al servicio del hombre (hombre, aquí, es el que se ha lanzado a la aventura de la conquista y la colonización). El continente bautizado como América por su cartógrafo será, a su vez, enclave para la conquista del resto de la Tierra, más al occidente, hasta Asia y África.

Por los mares se hará realidad lo que en vano habían intentado los cruzados: la conquista y colonización no sólo de la Tierra Santa, sino de las lejanas tierras del Gran Khan y la totalidad del continente africano. El *Mare Nostrum* de la vieja Roma es trascendido en un gigantesco mar de mares que baña todas las costas de la Tierra. Pero, ¿qué hacer con los habitantes de estas tierras? ¿Hacer lo que Roma para levantar un imperio en el que tuvieron lugar todas las razas y culturas encontradas?

De esta forma, el 12 de octubre de 1492, las historias regionales de la Tierra que incluye al nuevo continente, se transforman en historia universal; historia universal para la acción de la conquista y la colonización; historia universal que será expresada por las interpretaciones que de sí misma hace Europa respecto a la ecumene que ha originado con tal acción. Interpretaciones que encuentran su máxima expresión en la filosofía de la historia de Hegel, una filosofía de la historia eurocentrista, en la cual Europa es meta final. En ella, Asia es lo que fue y no podrá seguir siendo; en cuanto a la América, es lo que aún no es y de lo cual no se puede hablar; la razón no hace profecías. En cuanto al África queda en las aún más lejanas sombras del primitivismo. Marx, por su parte, afirma que el socialismo es la meta de la historia y que dialécticamente lo alcanzarán, por su desarrollo, los países del mundo occidental; en cuanto al resto del mundo, los pueblos de otras regiones

llegarán al socialismo pasando bajo las horcas caudinas del capitalismo, incluyendo el coloniaje.

Pero volvamos a nuestro interrogante: ¿La gigantesca ecumene que ha originado Europa al expandirse sobre el resto del mundo, está a la altura de la romana en la antigüedad? ¿La ecumene que ha de dar sentido al gigantesco imperio del mundo occidental, está animada por el mismo espíritu que permitió a Roma conciliar las múltiples razas y culturas de los pueblos bajo su dominio? En las universidades que siguieron a lo que Europa ha considerado "alma mater", Bolonia, se planteará el problema respecto a la relación que han de guardar entre sí Europa y el resto de los pueblos del mundo. En Salamanca, España, se discutirá sobre la naturaleza de los entes que habitan la América descubierta, conquistada y colonizada después del 12 de octubre de 1492. ¿Son hombres o bestias? De su definición dependerá su lugar en la ecumene creada por la conquista y colonización. Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda discuten, el primero afirmando la humanidad de los indígenas, su ser como entes racionales; el segundo negando tal humanidad, reduciéndola a un proyecto de humanidad, homúnculos y naturalmente subordinados a sus colonizadores.

La ecumene paternalista se impone, y se acepta la humanidad de los indígenas, pero subordinados a quienes supuestamente pueden sacar a flote su todavía incipiente humanidad. Son hombres de razón, pero de acuerdo con la filosofía aristotélica, que hacía de las mujeres y los esclavos entes limitadamente racionales. El colonizador debe, por ello, cuidar porque sus encomendados alcancen, con sus enseñanzas y ejemplo, la regateada humanidad. Los colonizadores hacen de esa encomienda una explotación de hombres que deben pagar, con el sudor de su rostro y su trabajo, la posibilidad de incorporarse a la ecumene cristiana en una relación ya no de encomendados, sino de siervos, que por tal condición ven cada vez más lejano el reconocimiento de su plena humanidad. Esta situación valdrá no sólo para los indígenas, sino para todo individuo nacido en las tierras de América: los indios, que comprenden también a criollos y mestizos de las múltiples castas que se originan en las colonias.

La metrópoli mantendrá una relación hegemónica sobre sus dominios a partir de la supuesta infrahumanidad de los habitantes de las colonias. Los reclamos de igualdad, hechos por los habitantes de las colonias, son rechazados en 1811, en las Cortes de Cádiz, por los mismos liberales españoles que luchan contra la invasión napoleónica. Vano es que en los movimientos iniciados en las colonias españolas se escuche el grito de "¡Viva Fernando VII!" Este es un problema considerado en la metrópoli como exclusivo de españoles y no de indios. El mexicano Servando Teresa de Mier denuncia, en Cádiz, las discriminaciones a las que se somete a los colonos en América. Allí se sostiene que "los

habitantes de América son como los orangutanes, incapaces de regeneración"; "los indios son tan brutos como al principio"; "las castas son aún peores, flojos, perezosos e indignos de compasión"; "los criollos son irreligiosos, hipócritas, una nación enervada y holgazana". Por ello estos hombres no tienen siquiera el derecho a enfrentar a los invasores de su metrópoli. Es por esto que la demanda para enfrentar, junto con los españoles, a la invasión napoleónica se transforma en demanda de emancipación frente al autoritarismo español.

Al norte, al otro lado de la frontera de las colonias españolas en América, otro pueblo ha reclamado, pocos años antes, en 1776, su emancipación frente al coloniaje británico: los Estados Unidos. Surge allí un extraordinario modelo de nación libre y democrática, pero que tampoco parece estar al alcance de los colonos bajo dominio ibero. La democracia de Estados Unidos, que tanto maravillará a Tocqueville, tiene un carácter singular, y por eso mismo no está al alcance de cualquier pueblo. Democracia insular, desde sus ya lejanos orígenes en la Gran Bretaña. La democracia que se ha ido perfilando a partir de la presencia de los normandos expulsados del continente europeo después de larga lucha contra Francia. Guillermo el Conquistador da origen a la dinastía, frente a la que se plantean conflictos de poder semejantes a los del continente, en los cuales serán víctimas Tomás Becket y Tomás Moro, y que culmina con la ruptura de Enrique VIII con la Iglesia de Roma. Democracia insular que surge de las luchas en Inglaterra y en el continente contra el absolutismo político y religioso. En Inglaterra se origina otra expresión del protestantismo que, unido al puritanismo, se vuelve excluyente de otros hombres y pueblos que no estuviesen predestinados a salvar sus almas y al dominio de la naturaleza. Predestinación expresa en el éxito de sus empresas, en una lucha en la que los mejores individuos se imponen sobre los que no lo son, lo cual culmina en el pragmatismo y el darwinismo donde triunfan los más aptos. Un sistema extraordinario, dentro de una nueva ecumene en la que sólo tendrán cabida los mejores entre los hombres y los mejores entre los pueblos.

Dentro de la ecumene impuesta por el colonizador ibero, el colonizado no tiene otro lugar que el de siervo, tal como lo denunciara Simón Bolívar. El otro modelo de ecumene, el que ha originado el dominio británico de la América del Norte, sólo está al alcance de hombres y pueblos predestinados al triunfo por su capacidad para imponerse a la naturaleza, ponerla a su servicio y cuidar de que sus intereses no choquen con los de aquéllos a quienes considera sus iguales. Dentro de esta ecumene, propia de la expansión sajona, los naturales de otras regiones de la Tierra son sólo parte de la flora y fauna por explotar, como sostuviera Arnold Toynbee. Bolívar sabe y expresa que los habitantes de la América ibérica no tienen tampoco lugar en la ecumene creada

en la América Sajona. Sólo se puede ser siervo en una o parte de la naturaleza en otra.

¿Existe otra alternativa? Bolívar escribe en la *Carta de Jamaica*:

Yo considero el estado actual de la América, como cuando desplomado el Imperio Romano cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones; con esta notable diferencia, que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos; mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado.

La ecumene ibera, al desaparecer, deja naciones divididas que lucharán entre sí para ocupar el vacío de poder, no para afianzar la libertad alcanzada. La ecumene romana, por el contrario, se prolongó gracias a que había sabido incorporar la diversidad de razas y culturas que formaban el Imperio.

Bolívar se refiere en diversas ocasiones, en sus discursos, proclamas y escritos al Imperio romano y al derecho por el que éste originó una ecumene en la que tuviesen cabida las diversas razas de hombres, sus culturas y sus dioses, lo cual permitió la formación de naciones una vez terminado el vínculo imperial. ¿Sería posible que en esta conflictiva región del mundo que es la América libre del dominio ibero, se crease, no ya un nuevo imperio, sino una comunidad en la que todas sus partes, todas sus expresiones, tengan lugar?

Es una idea grandiosa –sigue Bolívar– pretender formar de todo el mundo nuevo una sola Nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América.

Bolívar culmina su sueño ecuménico de una nación de naciones, de una raza de razas, de una cultura de culturas diciendo: “En la marcha de los siglos, podría encontrarse, quizá, una sola nación cubriendo el universo”. El universo ensanchado por la hazaña colombina.

Para su logro habría que enfrentar, por un lado, a la discriminadora ecumene del coloniaje ibero y, por el otro, a la ecumene excluyente y manipuladora de la América Sajona. La exclusión y manipulación que hace esta ecumene de aquellos a quienes no considera sus iguales se hará pronto patente en el despojo a México, en 1847, de más de la mitad de su territorio, así como en la presencia de piratas como William Walker, en 1856, en Centroamérica, para hacer de la región lo que se haría de Panamá en 1903, en defensa de la gran ínsula estadounidense en la que sólo tiene lugar una peculiar expresión de humanidad: la blanca, anglosajona y puritana.

Roma, y el espíritu que dio sentido a su ecumene, el latino, y el derecho que garantizó este espíritu servirán de inspiración a los hombres de la región que se bautizará a sí misma como Latinoamérica. La latinidad, que nada tiene que ver con la latinidad de Napoleón III para justificar su expansión, será el ideal de otra ecumene americana en las antípodas de la ibera y la sajona. Frente al sajón avasallador, lo latino, y a través de lo latino la incorporación de lo español y lo ibero, formará parte de la nueva ecumene. José Vasconcelos se refiere a esta adopción y recreación de lo latino diciendo: Frente a España "subsistía la huella de la sangre vertida, huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular". ¿Cuál peligro? El que ya representa la América Sajona, por lo que la otra América adoptará el calificativo de latina; por lo latino se recuperará a la España que mestizó a pesar de su arrogancia, y que no exterminó a otras razas; esto la diferencia de la colonización sajona en América. Lo latino expresa la capacidad para la fusión de estirpes y culturas.

Los llamados latinos –sigue Vasconcelos–, tal vez porque desde el principio no son propiamente tales latinos, sino un conglomerado de tipos y de razas que persisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico [...] Y es en esta fusión de estirpes donde debemos buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana.

Frente a la América Sajona que mutila a México e invade Centroamérica, se alza la voz del colombiano José María Torres Caicedo y la del chileno Francisco Bilbao. De latino y latinidad hablarán el cubano José Martí y el uruguayo José Enrique Rodó. Es el espíritu que hizo de Roma madre de naciones, que supo conciliar etnias y culturas, por encima de la natural rudeza imperial. Habrá que recrear la ecumene romana, pensar en una nueva Roma, en una nueva romanidad que concilie en el nivel universal lo que Roma concilió como señora del Mediterráneo.

Una forma de esta integración de la América que se ha bautizado como Latina será la lengua latina común a sus pueblos y naciones, sobre

la cual filólogos italianos y franceses venían insistiendo. Se habla de las lenguas románicas, las lenguas que descienden del latín, llamadas por ello neolatinas. La filología románica, dice Arturo Ardao, en la primera mitad del siglo XIX permitirá la exhumación del término romanía. Romanía y romanidad, que surgen en el siglo IV, dentro de los confusos tiempos de la Edad Media, hasta llegar al siglo XIX en que los latinoamericanos hablarán de nueva romanía, como expresión de una lengua por la que diversos pueblos, de etnias y culturas no menos diversas, se encuentran unidos. El dominicano Pedro Henríquez Ureña escribía en 1926:

Pertenece a la Romanía, la familia románica, que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad [...] Pertenece a la Romanía, a la familia latina, o como dice la manoseada y discutida fórmula, a la raza latina; otra imagen de raza, no real sino ideal.

¿Nueva Romanía? ¿Nueva Roma? La Romanía y el espíritu latino que dio sentido a la ecumene de la antigua Roma, vistos como instrumento para conciliar la multitud de razas y culturas que originó con su expansión Europa sobre el resto del mundo.

Hace 900 años Bolonia hizo al mundo volver los ojos hacia Roma, al crear la primera universidad; en tal nombre llevaba una vocación de universalidad que abarcara sin discriminación razas y culturas; universalidad que conciliase los problemas de poder entre el Estado y la Iglesia, los conflictos raciales y de culturas de Europa con las razas y culturas al Este y al otro lado del Mediterráneo. En la América Latina, la urgencia de conciliar iguales y encontradas expresiones de cultura, poder y religión, originó igualmente la vuelta hacia el pasado de la Roma Latina que podía inspirar formas más amplias de conciliación de hombres, pueblos y culturas. La Universidad de Bolonia, como después Latinoamérica, surgió preocupada, ya desde sus orígenes, por el diálogo entre “naciones”, por conciliar las diversas expresiones de humanidad que se han venido dando a lo largo de la historia.

Las expresiones de universalidad que se originaron después de la caída de Roma, no cumplieron con sus pretensiones ecuménicas. Menos aun cuando el mundo que había de ser conciliado se agrandó y se expresó en una historia que hizo de las historias regionales historia universal. Filosofías como las de Hegel y Marx, por el contrario, hicieron de la marcha de la historia justificación de la hegemonía europea sobre el resto del mundo. En nuestros días esta visión eurocentrista de la historia ha entrado en bancarrota. Ya al término de la Primera Guerra Mundial, Oswald Spengler escribió su *Decadencia de Occidente*, en la cual la cultura de Occidente es sólo una cultura entre culturas, y por ello

destinada a morir como todas las culturas. Ya preocupado, Spengler advierte contra los peligros que esta muerte implica; señala la aparición de otras culturas a las que, como lo hizo Roma, califica de bárbaras. De la tierra están emergiendo hombres de diversas razas y culturas frente a los cuales el Occidente parece estar sólo destinado a desaparecer.

Al terminar la Segunda Gran Guerra, otro filósofo de la historia se hace presente con su *Estudio de la Historia*, Arnold Toynbee. Esta es ya la historia universal y por universal plural; historia hecha por los diversos pueblos que forman la humanidad. El eurocentrismo es parte ya de la historia regional, pues se ha hecho patente otra expresión de la historia, la auténtica historia universal. Será dentro de esta interpretación universalista de la filosofía de la historia que se inscriban ahora las filosofías de quienes en América Latina hablan de una historia que rebasa la historia regional, limitada al Occidente, a sus intereses. Una filosofía de la historia que trata de abarcar la pluralidad de lo humano; expresión de la universalidad que concilia lo uno con lo diverso. Una filosofía que proclama la igualdad entre los hombres y entre sus pueblos a partir de esta misma e ineludible diversidad y concreción. Todos los hombres iguales entre sí, a partir de lo que tienen en común, pero sin renunciar a su identidad, a su concreta expresión de humanidad más allá de cualquier abstracción. Iguales todos, precisamente, por ser entre sí distintos.

La América Latina y la Europa expresada en las preocupaciones de universalidad de la Universidad de Bolonia, no sólo coincidieron en la búsqueda del pluralismo que garantiza el respeto a todos los hombres y pueblos, sino que se encontraron físicamente en los momentos en que el mundo daba signos de esa misma relación, en que se enarbolaban banderas de libertad y de igualdad. El decreto mediante el cual Carlos III de España expulsara a la Compañía de Jesús, en 1776, atrajo hacia esta universidad a destacados humanistas como Francisco Javier Clavijero, Diego José Abad, Manuel Iturriaga, Rafael Landívar, José Mariano Vallarta y muchos otros más de diversas partes de las colonias españolas en América. En la Universidad de Bolonia encontraron refugio y estímulo.

Estos hombres completaron su labor en defensa de la pluralidad e integridad de los individuos y del derecho de los pueblos a constituirse en naciones escribiendo obras como la *Historia Antigua de México* (del mexicano Francisco Javier Clavijero). Las semillas que había sembrado Clavijero en mentes como las del joven Miguel Hidalgo, padre de la patria mexicana, encontraron la mejor justificación para realizar la utópica romanía, las naciones latinas, en las que los derechos concretos de los individuos se transformaban en universales.

Bolonia, Italia, 1988

IV. LA CULTURA LATINOAMERICANA Y SU SENTIDO LIBERTARIO

La cultura de un pueblo, o grupo de pueblos, es lo que da sentido a sus múltiples expresiones, a su historia y a los proyectos que se derivan de esa historia. Cultura viene de cultivo, de cultivar, esto es, dar sentido al pasado y en el presente preparar el futuro de los hombres y los pueblos. Los pueblos a través de la educación y la cultura cultivan sus anhelos, esperanzas y proyectos. La historia de la cultura nos muestra lo que han sido los pueblos a partir de lo que han querido ser, enfrentando la realidad que ha de ser sometida a tales proyectos. La cultura es por esencia liberadora de los obstáculos que impiden a los hombres y pueblos realizar sus proyectos. La cultura en América Latina tiene más marcado este carácter libertario, por ello posee características peculiares que la distinguen de otros proyectos culturales.

Dentro de cinco años, el mundo iberoamericano, pero también otras regiones del mundo, recordarán una gesta de la historia del hombre, la del llamado Descubrimiento de América, sucedida en un 12 de octubre de 1492. Digo llamado, porque se viene discutiendo con ardor la calificación de esta gesta. Se habla de Encuentro, pero con graves reticencias de quienes consideran que tal calificativo resta valor a la extraordinaria hazaña y en concreto a España. En esa fecha, se dice, se inició el encuentro de dos mundos y será a partir de este encuentro que se forme una región de la Tierra conocida en general como América y dentro de América, en concreto Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica o Indoamérica. Encuentro de dos mundos, dos culturas, dos concepciones del mundo.

Considero que más que hablar de descubrimiento, se debe hablar de encubrimiento. Encubrimiento originado precisamente de las diversas concepciones del mundo de los hombres y pueblos que se encuentran. Encubrimiento no es un calificativo peyorativo que aminore la hazaña que hizo posible tal encuentro. El encubrimiento es natural en hombres y pueblos que se encuentran o se tropiezan, como tropezó Colón con esta región. Se encontró con algo extraño y que por ello no encaja en el horizonte de sus concepciones del mundo y de la vida, de sus ideas e ideologías, de su peculiar historia y sus no menos peculiares proyectos. Colón, al tropezarse con este nuestro mundo en las Antillas, sólo vio lo

que quería ver y encontrar: las tierras del Gran Khan de los mongoles y el Japón, las tierras de las que había hablado Marco Polo. Serán otros exploradores quienes se den cuenta, poco a poco, de que lo encontrado es algo distinto de lo que esperaban hallar. Colón mismo, en sus cartas, se va percatando de que se ha topado con algo que no encaja en su propia concepción de lo encontrado. Los indígenas con los que tropieza no son los aguerridos mongoles, ni los no menos aguerridos habitantes de Cipango que han derrotado a los primeros. Lo que encuentra es gente sencilla, desnuda, tímida, sin las ideas que sobre lo bueno y lo malo tienen sus descubridores. Los descubiertos, a su vez, encubrirán a sus descubridores con su propia y peculiar concepción del mundo: son los dioses de sus profecías, representan la realización de sus presagios.

En este encuentro de mundos y culturas, quienes lo hacen posible con su hazaña son los menos dispuestos a comprender a otra cultura que no encaje con la propia. Son los menos dispuestos a entender otra concepción del mundo y de la vida que no sea la de su propio mundo y vida. La cultura así encontrada estará, por ello, condenada a la destrucción, la manipulación y con ella a su encubrimiento. En este sentido se orientan la conquista y la colonización, se orienta el encubrimiento de los así descubiertos, conquistados y colonizados. Pero no pudiendo borrar ni anular grandes culturas como las que se encontraron en el Perú y en México, les sobrepusieron la suya. Sobre los teocallis levantaron iglesias, sobre las piedras del imperio inca, los palacios de los conquistadores y colonizadores. Los misioneros pusieron cruces de piedra en los lugares donde se suponía se adoraba al diablo; trajeron vírgenes como la de Guadalupe para sobreponerla a la sangrienta Coatlicue. Se encubrió así lo que no se podía comprender, aunque debajo de lo encubierto seguiría latente el mundo encubierto que pugnaría a lo largo de esta nuestra historia por hacerse presente, esto es, por liberarse. A la cultura de dominación encubridora se enfrentará una cultura de liberación descubridora.

Las culturas suelen ser por naturaleza excluyentes, es humana la incompreensión de algo que no sea lo peculiar y propio. El Gran Khan de los mongoles y emperador de la China enviaba cartas al Papa y a los reyes de Europa para que se sometiesen a su dominio y cultura y formasen parte de su gran imperio. Los europeos no han sido, a su vez, menos excluyentes. Excluyente y violento fue el encuentro de cristianos y musulmanes, pese a que Cristo y Mahoma se mostraban abiertos a todos los hombres. Apertura que fue interpretada como sometimiento. Para ser parte del mundo y la cultura del otro, había que renunciar a los propios. Los descubridores de América no fueron, en este sentido, menos excluyentes. Por ello, cuando no pudieron anular, dominaron; incorporaron a los indígenas a su mundo, cultura y concepciones, y les dieron el lugar que les correspondía dentro de esta concepción; un mundo en

el que eran admitidos graciosamente. La condición para entrar en ese mundo era que aceptasen su carácter servil. Siglos antes, Grecia lo hizo con los que no eran griegos, a los que llamó bárbaros por balbucear el *logos* griego.

Pero hay una excepción: la cultura latina, la de los hombres que desde Roma hicieron del Mediterráneo su imperio. Un imperio sobre mares que bañaban las costas de pueblos que los griegos habían calificado de bárbaros, tanto al sur, en África, como al oriente, donde principiaba el Asia; en cuanto al norte, saltando los Alpes, otros pueblos, igualmente distintos en sus hábitos, costumbres y concepciones del mundo. La cultura latina, quizá por ser bárbara en relación con la griega, en lugar de excluir, incluyó. No rechazó culturas sino las asimiló e hizo de esta asimilación la fuerza de un imperio que iría más allá del propiamente romano. Se alimentó de otra cultura y al mismo tiempo dio textura a las culturas con las cuales se encontró. En el panteón romano todos los dioses fueron bienvenidos y encontraron su lugar en el templo. No fue así con el cristianismo, precisamente por ser excluyente.

El Sacro Imperio Romano, a diferencia del romano, formado por bárbaros cristianizados, hizo de la exclusión la fuerza de su dominio material y cultural. Fue esta misma cultura excluyente la que se impuso en América. Lo latino, sin embargo, se puso de manifiesto en los ibéricos que conquistaron y colonizaron nuestra región, al haber hecho posible el mestizaje, la asimilación de razas y culturas a pesar de ser culturalmente excluyentes. Más excluyentes que los ibéricos lo serán los herederos del Sacro Imperio Romano, los creadores del llamado mundo occidental, que ha encarnado en los Estados Unidos de Norteamérica. Exclusión más brutal, pues es racial y cultural; somete, y al hacerlo se niega no sólo a comprender a otras culturas, sino las descarta como tales; ve en ellas una expresión natural de entes que no son sino parte de la flora y fauna de la región dominada, que no ha de ser cultivada, sino civilizada. Niega el carácter humano de esas expresiones.

El carácter dominante y excluyente de la cultura europea y occidental se hace explícito en la concepción que sobre la historia expone Hegel. La historia, y con la historia la cultura, se expresa en la conquista; hombres históricos son los conquistadores. Es cultura dominante y expansiva y, por ello, excluyente. Es cultura de dominación. Los héroes de esta cultura, que por dominante se manifiesta como civilización, son los conquistadores. Alejandro, César y Napoleón son los héroes máximos de esta historia de dominación excluyente. Hombres que tienen como misión expandir el espíritu y quienes, una vez concluida tal misión, son arrojados como cáscaras vacías. Por ello estos héroes no son dichosos. "Quizá les ha resultado amargo —dice Hegel— el llevar a cabo su fin; en el momento en que lo han conseguido, o han muerto jóvenes como

Alejandro, o han sido asesinados como César, o deportados, como Napoleón”. Logran su fin, pero “ni ganancia alguna, ni tranquilo goce [...] Por ello mismo los hombres históricos no han sido lo que se llama felices”.

Como de Hegel son las palabras de Simón Bolívar, otro hombre histórico, otro héroe. Pero un héroe cuyo fin no es la expansión del espíritu por la conquista, sino la emancipación del espíritu, por su libertad. En Bolívar, el espíritu, lo que da sentido al hombre y su historia, no se expresa como expansión dominadora sino como libertad frente a la dominación sufrida. Escribe Bolívar: “Según esos señores, nadie puede ser grande, sino a la manera de Alejandro, César y Napoleón”. Bolívar tampoco es feliz, pero no lo es porque su meta es la contraria de la de los conquistadores: emancipar lo que ha sido conquistado y dominado. Es el antihéroe hegeliano. Bolívar no es ni quiere ser Alejandro, César o Napoleón, él quiere superarlos como Libertador de lo conquistado. “Yo quiero –dice Bolívar– superarlos a todos en desprendimiento, ya que no puedo igualarlos en hazañas”. “Libertador o muerto” es su divisa.

Ni Colombia es Francia ni yo Napoleón [...] Napoleón era grande y único y además de ello sumamente ambicioso [...] Yo no soy Napoleón ni quiero serlo, tampoco quiero imitar a César [...] Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, es imposible degradarlo.

Hay otra expresión del espíritu que no es el de la conquista, sino el de la libertad. Tal es lo propio de esta América dominada. La gloria no la da la conquista, sino la liberación de pueblos y hombres. La cultura es cultura de liberación.

Cultura de liberación frente a otra dominante y excluyente. Tal es la peculiar cultura que preocupa a los hombres de la región que trataron de completar la hazaña de la emancipación política con la de la libertad por la cultura; de emancipación mental hablarán los hombres que han de completar las hazañas de los libertadores. Frente al encubrimiento, el descubrimiento; esto es, sacar a flote lo que ha sido encubierto. Por ello la búsqueda de la identidad encubierta será la preocupación propia de la cultura en América Latina. Romper con todo lo impuesto, con toda la cobertura establecida. Romper con el pasado colonial que aún queda en la mente de los americanos. Y para poder romper, liberar lo que ha sido encubierto.

Realizada la independencia política del coloniaje ibero, la preocupación central de la inteligencia de la región se enfrentó al problema de la cultura. ¿Existe o es posible una cultura propia de nuestros pueblos?

¿Existe una literatura propia de los mismos? ¿Nuestros pueblos tienen su propia y peculiar expresión? Posteriormente se planteará el interrogante sobre la existencia o posibilidad de una filosofía de estos mismos pueblos. Interrogante que surge porque no se consideran propias la cultura, la literatura y la filosofía recibidas en tres siglos de coloniaje. Debe existir algo debajo de lo recibido, que puede ser considerado como propio. De lo recibido hasta ahora sólo se ha hecho remedo, imitación y mala copia. Lo propio de estos pueblos está aún inédito, oculto, y es por ello que habrá que liberarlo. Preocupación que conduce a las preguntas sobre la propia y peculiar identidad. ¿Qué somos? ¿Indios? ¿Españoles? ¿Americanos? ¿Europeos? Simón Bolívar se plantea este problema en los inicios de su hazaña libertadora. Domingo Faustino Sarmiento al buscar el sentido de un mundo, sus hombres y su cultura, que han alcanzado su emancipación política. En estos interrogantes el pasado es visto como algo extraño a esta identidad y, con él, la cultura recibida. Por ello la generación que sigue a la de los libertadores, la de los civilizadores y positivistas, habla de “emancipación mental”. No basta romper políticamente con el pasado impuesto, habrá también que romper con una mentalidad hecha para la servidumbre.

Este primer interrogante se da como respuesta a una aberración: el tratar de ser otro distinto del que se es. Renunciar a todo lo que se es para poder ser otro. ¡Seamos Europa! ¡Seamos los Estados Unidos de la América del Sur! Aberración que condujo a tratar de negar las ineludibles expresiones de lo propio al ineludible pasado indígena, ibero y mestizo de razas que se han encontrado en este continente. Para poder ser como Europa y los Estados Unidos habría que negar el propio pasado y la cultura que le da sentido. Un pasado considerado servil, pero que sólo podía ser plenamente anulado si era asimilado. De esta forma, a la yuxtaposición que el coloniaje impuso a las culturas propias de esta América se agregará la superposición de otras culturas igualmente ajenas para supuestamente borrar el pasado impuesto. Todavía en nuestros días se discute la existencia de una cultura y la filosofía que le dé sentido y se arguye que esto no será posible si previamente no se alcanza el desarrollo material de las naciones que han impuesto su hegemonía política y cultural al resto de los pueblos de la Tierra. Nuestros pueblos, dicen, no tendrán cultura y filosofía propias y auténticas, sino hasta cuando hayan vencido el subdesarrollo. La historia, sin embargo, nos muestra que es del enfrentamiento contra el subdesarrollo y la miseria que han surgido las culturas que luego se han convertido en predominantes. La cultura y la filosofía que dan sentido surgen, precisamente, de la toma de conciencia de los obstáculos que han de ser vencidos. La cultura es la expresión del hombre enfrentando y venciendo los obstáculos que le impiden desarrollarse y alcanzar su máxima expresión humana. La cultura es liberación, como expresión de domi-

nio de lo que impide el desarrollo. Lo grave se plantea cuando se hace de otras experiencias y hombres, pueblos y culturas, modelo del propio desarrollo y liberación. La cultura ha de ser, como lo manifestaba Bolívar, desprendimiento de lo que ya no es propio, respeto de otras expresiones y búsqueda de solidaridad en el logro de metas comunes a todos los hombres y pueblos.

Nuestra América, que entra en una historia ajena bajo el signo de la dependencia, no puede originar una cultura de dominación, sino de liberación. Si algo ha de aportar nuestra cultura a la universal, es precisamente su carácter liberador. Cultura de liberación, de filosofía e, inclusive, teología, son las aportaciones propias de una región que una y otra vez ha de luchar por anular dominios, vencer encubrimientos. Una cultura que, por la misma razón, no puede ser excluyente sino abierta y capaz de asimilar otras expresiones de lo humano, viéndolas como propias. Dentro de tal concepción no cabe la intolerancia. Intolerantes son los que hacen de sus propios puntos de vista sobre el hombre y sus expresiones la única posibilidad de los mismos. Esta es la intolerancia del conquistador pero que no tiene sentido en hombres y pueblos que han de vencer la intolerancia impuesta.

El interrogante sobre la existencia de una cultura propiamente latinoamericana de la región no tiene ya sentido en nuestros días. La pregunta por la identidad resulta igualmente anacrónica. Este interrogante ha partido del cuestionamiento a que ha sido sometida esta región por quienes vieron en ella simple instrumento de su propia y exclusiva identidad; de su propia y exclusiva cultura. La identidad, como la cultura que le da sentido, es algo propio de lo humano, por ello su cuestionamiento sólo se refiere a lo humano. Esto significa suponer que existen hombres más hombres que otros y culturas más auténticas que otras. Identidad, querámoslo o no, la tenemos, como el cuerpo tiene su sombra. El problema está en la capacidad para reconocer lo propio y aceptarlo, y no pretender ser otro distinto del que se es. Nuestra humanidad, como nuestra cultura, son la expresión de un ente que lejos de ser excluyente, asimila, suma, mestiza. Somos todo eso que se planteaba como ineludible opción a nuestros libertadores y civilizadores. Para ser europeos habría que dejar de ser americanos; para ser españoles, dejar de ser indios, y viceversa. Nuestra humanidad y expresión cultural se ha venido haciendo a partir de opciones. Nuestro problema estriba en nuestra capacidad de aceptar lo propio, recibir lo ajeno y afirmar su unidad. Nuestra identidad no es algo por realizar, sino simplemente algo cuya existencia debemos reconocer y aceptar frente a todos los prejuicios. Prejuicios impuestos por quienes hacían de esta nuestra peculiar identidad justificación para imponer la propia. ¿Hispanoamérica? ¿Iberoamérica? ¿Latinoamérica? Simplemente, como diría José Martí, Nuestra América.

En esta Nuestra América lo que debe afirmarse es el tipo de humanidad que la caracteriza, capacitada para asimilar las diversas expresiones de lo humano que aquí se han dado dolorosa cita. Un mexicano que tanta relación tiene con la historia del Perú, José Vasconcelos, habló ya de Raza Cósmica. Raza de razas, cultura de culturas. Razas y culturas que lejos de yuxtaponerse se van asimilando sin perder por ello su peculiar identidad. Identidad de identidades, resultado de un extraordinario esfuerzo liberador, el que ha implicado e implica anular la sobreposición, descubrir lo encubierto. El descubrimiento que se viene realizando, paso a paso, está mostrando un singular modo de humanidad de la región, el género humano del que ya habló Bolívar.

En la América española —decía Vasconcelos— ya no repetirá la naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que en esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal.

¿Cómo llamar a esta América, a este crisol de razas? ¿Cómo llamarla frente a la otra América que excluye razas y culturas? Vasconcelos hizo suyo el calificativo utilizado por el chileno Francisco Bilbao, el colombiano José María Torres Caicedo y el cubano José Martí para denominar a esta región: América Latina. Latina a la manera que lo fue la antigua Roma como asimiladora de razas y culturas. No como lo entendió Napoleón III para justificar su imperialismo. Latina en contraposición con la América Sajona opuesta a todo posible mestizaje. No se hablaba de española, porque aún estaba vivo el rescoldo de las guerras de independencia. Latina frente a la América Sajona, la de las agresiones a México, en 1847, a Centroamérica, con el pirata Walker, en 1856, y a España, para ocupar sus últimas colonias, en 1898. “Háblese al más exaltado indianista —dice Vasconcelos— de la conveniencia de adaptarnos a la latinidad y no opondrá el menor reparo; dígasele que nuestra cultura es española y enseguida formulará objeciones. Subsiste la huella de la sangre vertida, huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular. Y no hay otro recurso. Los mismos indios puros están españolizados, están latinizados, como latinizado es el ambiente”. Lo latino no hace referencia a una raza concreta, tampoco es una cultura determinada, sino la expresión de su capacidad para abrirse a las múltiples razas y culturas que han existido y existen en la Tierra y en la historia. Es por la latinidad que se recupera a España, al mundo ibérico. No al de la conquista, la colonización, sino al pueblo

que supo mezclarse con las razas con las que se encontró en América, como había aprendido a mezclarse con la raza y cultura del África, cuya religión combatía en nombre de la cruz. En este aspecto los godos heredaron de Roma el espíritu latino de sus relaciones con otros pueblos.

Los llamados latinos —dice Vasconcelos— tal vez porque desde un principio no son propiamente latinos, sino un conglomerado de tipos y razas, persisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico para sus relaciones sexuales. Sean cuales fueren las opiniones que a este respecto se emitan, lo cierto es que se ha producido y se sigue consumando la mezcla de sangre. Y es en esta fusión de estirpes donde debemos buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana.

Un joven peruano conoció de cerca al maestro que sostenía tales ideas e hizo suyo el espíritu de su filosofía. Este joven fue Víctor Raúl Haya de la Torre, quien funda en México el partido que debía unir a toda la región, el APRA, en el Anfiteatro Simón Bolívar, construido por el mismo maestro mexicano para honrar a Bolívar. Haya de la Torre creó el calificativo de Indoamérica, reivindicando con este nombre a la raza que ha hecho posible la raza de razas de que habla Vasconcelos. Raza crisol, raza madre, de la cual aún se avergonzaban esos a quienes José Martí llamó bribones. “Estos hijos de nuestra América, que han de salvarse con sus indios”. Raza, crisol de razas.

Nuestra cultura es una cultura que va rompiendo los encubrimientos a que ha sido sometida, que debe poner fin a las yuxtaposiciones impuestas libremente o adaptadas; es una cultura de liberación y lo es por incluir y no excluir. Vasconcelos ve también en esta cultura el punto de partida de la anhelada integración de la región. La integración de pueblos unidos en la lucha contra los encubrimientos impuestos y que de esta forma los separaba de otros pueblos animados por la misma preocupación cultural. José Vasconcelos consideró ineludible la lucha de esta nuestra cultura contra quienes sustentan una cultura que excluye y al mismo tiempo divide lo que debería estar unido. “Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo, nuestra época”, dice Vasconcelos en 1925. “Atravesamos épocas de desaliento, seguimos perdiendo no sólo en soberanía geográfica sino también en poderío moral”. Nos han derrotado en el combate y también ideológicamente.

Se perdió la mayor de las batallas el día en que cada una de las repúblicas ibéricas se lanzó a hacer vida propia, vida desligada de sus hermanas, concretando tratos y recibiendo beneficios falsos sin atender los intereses comunes de la raza. Los creadores de nuestro nacionalismo fueron, sin saberlo, los mejores aliados del sajón, nuestro rival.

Por ello disputamos entre nosotros ante nuestro poderoso rival.

Nos mantenemos celosamente independientes respecto de nosotros mismos, pero de una u otra manera nos sometemos y nos aliamos con la Unión Sajona. Ni siquiera se ha podido lograr la unidad nacional de los cinco pueblos centroamericanos, porque no ha querido darnos su venia un extraño y porque nos falta el patriotismo verdadero que sacrifique el presente al porvenir.

Cultura indoamericana o latinoamericana, ambas expresiones provienen de una preocupación libertaria de los pueblos que la hacen posible. Afirmación de una identidad abierta a otras identidades. Capaz de asimilar y ser asimilada como contrapartida a culturas que hacen de su propia y peculiar identidad la cultura por excelencia y la imponen a otras culturas. Es esta incapacidad para comprender y hacerse comprender lo que ha originado los encubrimientos y, como natural contrapartida, la lucha por liberarse de ellos. Siendo esta cultura nuestra asuntiva, esto es, capaz de hacer suyas otras expresiones del hombre, no deben plantearse opciones ni buscar enfrentamientos. No se trata de enfrentar latinoamericanismo o indoamericanismo al sajonismo. Se trata de luchar porque este último acepte la existencia de otras expresiones del hombre. Que reconozca y acepte la diferencia de los otros como pretende se acepte la propia. Que no se haga de la propia y peculiar cultura la medida de toda posible cultura. En este sentido y, una vez rotos los amarres de todo dominio, liberadas las propias expresiones de otras que les son ajenas, buscar una relación de solidaridad que haga posible la colaboración de iguales entre iguales, de pares entre pares. No ya más relaciones verticales de dependencia, sino horizontales de solidaridad. Relaciones de solidaridad en las que cada hombre, cada pueblo, cada cultura sea reconocida como igual, como semejante, a partir precisamente de su ineludible diferencia.

Lima, Perú, 1987

V. LA IDENTIDAD EN EL PENSAMIENTO IBEROAMERICANO

La identidad en el pensamiento iberoamericano ha sido y sigue siendo ineludible problema en los pueblos que forman la Península Ibérica y en los pueblos a los que éstos dieron origen al expandirse en el continente americano. Problemas de identidad que plantea en la Iberia la peculiar historia de sus pueblos, distinta de la de los pueblos que formaron la Europa al otro lado de los Pirineos, y a los cuales se sumarán los propios del encuentro de Hispania con los nativos de América, a los que se agregan los de su no menos peculiar desarrollo en la región, que la llevan a incorporar en su raza y cultura a otras como la africana. Problemas de identidad que se plantean en la Península Ibérica al pasar de la hegemonía que mantuvo sobre Europa el imperio español en el siglo XVI a la decadencia de esa hegemonía a partir del XVII. Problemas que igualmente se proyectan en las colonias del otro lado del Atlántico, en una relación cada vez más conflictiva con la América formada por la colonización sajona que dio origen a los Estados Unidos. Problemas de identidad en Iberia frente a la Europa líder de la modernidad, y en América frente a la poderosa nación anglosajona que se va forjando. Problemas que nacen del sentimiento de frustración, en uno y otro campo, ligado a la propia y peculiar identidad de los pueblos que lo sufren. Los pueblos iberos, que se consideran fuera de una historia cuya marcha encabezan los pueblos al otro lado de los Pirineos. En América, los pueblos de origen ibero, que perciben su peculiar identidad como una identidad que les ha sido impuesta por un dominio ya al margen de la marcha de la historia. Identidad considerada impuesta y que ahora les margina en relación con la historia del poderoso pueblo que va creciendo al norte de sus fronteras.

Alfonso Reyes, al referirse a la América española, enumera con cierto humor negro la serie de fatalidades en relación con las cuales los pueblos de la región plantean los problemas de su identidad. Fatalidades que parecen dibujar la frustrada identidad de los pueblos latinoamericanos. "La inmediata generación que nos precede —dice Reyes— todavía se creía nacida dentro de la cárcel de varias fatalidades concéntricas". En "primer lugar, la primera gran fatalidad, que consistía, desde

luego en ser humanos". La segunda "que consistía en haber llegado muy tarde a un viejo mundo". En tercer lugar, "encima de las desgracias del ser humano y ser moderno, la muy específica de ser americano; es decir, nacido y arraigado en el suelo que no era el foco actual de civilización, sino una sucursal del mundo". En cuarto lugar, "era el ser latino o, en suma, de formación cultural latina". En quinto lugar, "ya que se pertenecía al orbe latino, la nueva fatalidad dentro de él pertenecer al orbe hispánico". Sexta fatalidad, el que "dentro del mundo hispánico, todavía veníamos a ser dialecto, derivación, cosa secundaria, sucursal otra vez: lo hispano-americano, nombre que se ata con guioncito como cadena con cadena". Y como séptima fatalidad que "dentro de lo hispanoamericano, los que me quedan cerca todavía se lamentaban de haber nacido en la zona cargada de indio". Para los mexicanos existía una octava fatalidad, la de "haber nacido en la temerosa vecindad de una nación pujante y pletórica", los Estados Unidos.

Fatalidades que se asemejan a las que origina la preocupación que los pueblos de la Península Ibérica sienten respecto a su propia identidad. El sentido de marginación respecto a la Europa del otro lado de los Pirineos, la llamada Europa occidental, esto es: franca, germana y sajona. Marginación que fuera resultado de la batalla en la que se enfrascaron los pueblos iberos en defensa de los valores de la vieja cristiandad frente a los valores de la Europa que haría posible la modernidad. Sentido de marginación que se agranda en América entre los pueblos marginados del mismo dominio ibero, a su vez marginado de la modernidad. Los iberos marginados de Europa; los iberoamericanos como marginados de marginados. Y en uno y otro caso la preocupación común por superar las fatalidades que determinaban una identidad impuesta por las circunstancias históricas. Será a partir del siglo XVII –y culminará en el siglo XIX, tanto en la Península Ibérica como en la Iberia al otro lado del Atlántico– que la preocupación de sus pensadores se oriente a definir una identidad que pudiera ser considerada legítimamente como propia. Definición de la que habrá de depender, nada más y nada menos, el futuro de los pueblos en uno y en otro lado del océano.

Se toma, en primer lugar, conciencia de la peculiar identidad, aceptada o no, como propia de los pueblos de Iberia e Iberoamérica. Peculiar aunque inaceptable identidad por ser vista en relación con la identidad de los pueblos que no eran víctimas de las fatalidades que sufrían los pueblos iberos de una y otra regiones. La propia e ineludible identidad era vista en relación con la identidad de otros pueblos, con la de los pueblos que encabezaban la modernidad, que marchaban hacia la civilización y el progreso. La identidad propia vista como barbarie en Europa y América. Bárbaras ambas por la supuesta incapacidad para articular el lenguaje que parecía propio de los pueblos que en la Europa

del otro lado de los Pirineos y la América del Norte marcaban los nuevos derroteros de la humanidad. Racionalismo o irracionalismo, dilema que significaba la capacidad o incapacidad para articular el lenguaje propio de la ciencia que permitía poner a la naturaleza al servicio del hombre. José Ortega y Gasset, resumiendo la peculiar historia de las preocupaciones del pensamiento español, escribía: “Ciencia bárbara, mística y errabunda ha sido siempre y presumo que lo será, la ciencia española”. Irracionalismo y no razón, balbuceo y no definición clara y distinta propia de la ciencia europea, la de los pueblos francos, germanos y sajones. En América, el argentino Domingo Sarmiento planteaba como disyuntiva “civilización frente a la barbarie”. Había que dejar de ser el bárbaro que se era, para ser el civilizado que se debía ser. Lo cual implicaba la ineludible necesidad de anular y, en lo posible, suplir la bárbara identidad impuesta por las circunstancias históricas, por una identidad más acorde con la marcha de los tiempos. El pensamiento español sostenía la necesidad de la europeización de España y el hispanoamericano la sajonización de Hispanoamérica. ¡Seamos como Europa! ¡Seamos como los Estados Unidos!

Pero, ¿qué es lo bárbaro? ¿Cuál es el meollo de la barbarie que habrá que anular frente a la civilización europea y la estadounidense en la Península y en América? ¿Qué caracteriza el peculiar modo de ser de la humanidad en Iberia y en la América por ella colonizada? De este peculiar modo de ser habla Simón Bolívar en el *Discurso de Angostura*.

Tengamos presente –decía– que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América que una emanación de Europa; pues hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y el africano y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un relato de la mayor trascendencia.

El problema está en el mestizaje, resultado del encuentro racial y cultural de etnias y culturas que por su índole parecen oponerse. Polarizado mestizaje de razas y culturas. Polarización que impide que estos pueblos puedan estar a la altura de razas y culturas uniformes; uniformidad que tiene su origen en la resistencia de estos pueblos a cualquier forma de mestizaje que sólo implique rebajamiento y corrupción. El propio Bolívar, al final de sus días, alcanzada la emancipación de esos pueblos, se muestra decepcionado por su incapacidad para organizarse en la libertad, pueblos ingobernables, propios de un mestizaje para el

que no ve otra salida que su exterminio. Razas que lejos de unirse se enfrentan entre sí. Bolívar había insistido vanamente diciendo: "La sangre de nuestros ciudadanos es diferente, mezclémosla para unirla". ¡Unidad! ¡Unidad! Si no la logramos "la esclavitud será el término de nuestra transformación". Habrá otros amos, otros señores.

Son estos pueblos, más bien que los gobiernos, los que arrastran tras de sí la tiranía. El hábito de la dominación les hace insensibles a los encantos del honor y de la prosperidad nacional y miran con indolencia la gloria de vivir en el movimiento de la libertad, bajo tutelas de leyes dictadas por su propia voluntad.

Aquí cada grupo racial entra en conflicto y provoca la anarquía. Lleno de amargura concluía Bolívar al final de su propia vida:

La situación de América es tan singular y tan horrible, que no es posible que ningún hombre se lisonjee de conservar el orden largo tiempo [...] la Europa entera no podría hacer este milagro sino después de haber extinguido la raza de los americanos, o por lo menos la parte agente del pueblo, sin quedarse más que con los seres pasivos [...] La posteridad no vio jamás un cuadro tan espantoso como el que ofrece la América. Porque, ¿dónde nadie se ha imaginado que un mundo entero cayera en frenesí y devorase su propia raza como antropófagos?

Esta peculiar raza americana, formada por encontradas razas siempre en conflicto, lejos de unirse ha provocado la anarquía. La dispersión ante otras razas que han mostrado su superioridad y se van imponiendo a las que sólo pueden devorarse entre sí.

Domingo Faustino Sarmiento, miembro de la generación que en Latinoamérica se empeña en hacer de los pueblos emancipados naciones modernas, formula como Bolívar los problemas de la identidad de los pueblos emancipados del dominio ibero.

¿Somos europeos? –pregunta– ¡Tantas caras cobrizas nos desmienten!
¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta. ¿Mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. ¿Somos Nación? Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimientos.

¿Conflicto de razas? Sí, conflicto que se origina por la incapacidad de estos pueblos para incorporarse al progreso, como parte activa y no pasiva de la civilización. Conflicto que es el resultado del mestizaje, del encuentro de razas y culturas incapaces de amalgamarse. De este mestizaje es responsable la colonización ibera que lejos de evitar el mestizaje

con las razas primitivas, como lo evitó el sajón en Norteamérica, se confundió con ellas. Es esta herencia la que hay que enfrentar y anular.

¿Qué hemos heredado? ¿Cuál es la identidad heredada? En América, dice Sarmiento, existen, sin coexistir, tres grupos raciales: el español, el indio y el negro. Razas que por su propia índole son contrarias al espíritu que ha hecho posible la civilización. Razas que al mestizarse han dado origen a una raza a la que se han sumado los defectos de las tres. En América, dice Sarmiento, iba "a verse lo que producía una mezcla de españoles puros, por elemento europeo, con una fuerte aspersión de raza negra, diluido en todo con una enorme masa de indígenas, hombres prehistóricos, de corta inteligencia y casi los tres elementos sin práctica de las libertades políticas que constituyen el gobierno moderno". Por un lado, la raza de un pueblo cuyo cerebro había sido comprimido por la Inquisición, por el otro, razas serviles como la africana o salvajes como las indígenas. Una raza cerril mezclada con una raza servil y una raza salvaje, lo cual sólo podía dar origen a pueblos de cacumen limitado e incapaces para actuar en sociedades como las que han hecho posible la civilización. ¿Qué hacer? Sólo borrar esta identidad impuesta por la Colonia para ser otro, diferente del que se es. Ser como los americanos del norte y como los europeos del otro lado de los Pirineos. Sajonizarse, ser como los Estados Unidos o como la Europa que ha hecho posible la ciencia, que surge de la razón y realiza el progreso. Hacer esto mediante un gran lavado de cerebro y de sangre. Educar para formar en esta región hombres prácticos, yanquis del sur, dirán Justo Sierra y Juan Bautista Alberdi. Lavado de sangre mediante una gran emigración europea, de preferencia sajona, que haga por la región lo que ya han hecho por los Estados Unidos de Norteamérica. ¡Seamos como los Estados Unidos!, será la consigna sarmientiana que bajo diversas formas se repite en otras regiones de Iberoamérica adoptando la filosofía positivista y utilitarista, atrayendo emigrantes en regiones que se asemejan a las fértiles llanuras de los Estados Unidos.

La guerra entre España y los Estados Unidos en el Caribe, extendida al Pacífico en 1898, en la que la Unión Americana en acción relámpago expulsó a España de sus últimas posesiones en América y de las Filipinas, golpeó tanto a la inteligencia española como a la hispanoamericana. Expresión de estas reacciones ante la agresión estadounidense lo serán, en la Península, la Generación del 98 y en Hispanoamérica el movimiento asuntivo que iniciaron dos destacados pensadores, el cubano José Martí y el uruguayo José Enrique Rodó. Ante un mismo hecho, se reacciona de diversa forma. En la Península Ibérica se cancela el viejo sueño de recuperación de la España del siglo XVI, en la que nunca se ponía el sol; de la España que había impuesto su hegemonía a la Europa del otro lado de los Pirineos; aquella España dueña de grandes riquezas en América puestas al servicio de su hegemonía sobre Europa. En Hispanoamérica la reacción será de defensa, de resistencia frente a los

Estados Unidos y el espíritu que le había permitido expandirse e imponerse. Resistencia que implicará el abandono del proyecto civilizador que había pretendido hacer de esta región una copia de la América Sajona. Esta América no podía negarse a sí misma, pretendiendo ser diferente de lo que era. Tal negación sólo hubiera implicado la imposición de nuevos grilletes, de nuevas formas de dominación en pueblos que se habían libertado del dominio ibero.

Sin embargo, los problemas de identidad que se planteaban al mundo ibero, en concreto a España, se asemejan a los de la América conquistada y colonizada por ella. Estaban implicados también los problemas respecto al mestizaje de etnias y culturas que consideraron opuestas godos y moros, cristianos y musulmanes, Europa y África. Preocupación que se hace patente en el pensamiento español antes de la guerra de 1898. Este pensamiento trataba de explicarse el fracaso y una especie de acorralamiento de España en relación con Europa, como resultado de la pérdida de su hegemonía en el Continente. Dentro de esta corriente de pensamiento está el de Ángel Ganivet, quien hace un análisis de esta peculiar identidad española que parecía desgarrarse entre sus componentes. España, un pueblo tratando de ser nación, sometida a dos tensiones. España es una península, decía Ángel Ganivet, separada de Europa por los Pirineos y de África por el Estrecho de Gibraltar. “Somos una isla colocada en la conjunción de dos continentes [...] Somos una casa con dos puertas” y por ello difíciles de guardar. Puertas abiertas a Europa y África y expuestas a diversas invasiones y a no menos diversos movimientos de independencia. Por ello España no tiene una cultura propia; su cultura, así como sus leyes, son tomadas de uno u otro extremo de estas ineludibles presencias. España tenía que enfrentar o conciliar las fuentes de sus dos tensiones: Europa y África. Aún no resolvía estas tensiones cuando agregó una tercera: América. A los problemas de conciliación de lo europeo y lo africano agrega lo americano. En América da origen a un más amplio mestizaje, el cual, coincidiendo con Sarmiento, degenera aun más lo que estaba degenerándose. “Las virtudes de la raza española –dice Ganivet– han degenerado en América y se han convertido en pecados capitales: el valor guerrero ha venido a dar en militarismo de la peor especie”. Ganivet coincide en este sentido con la problemática hispanoamericana frente a la América Sajona. Anticipándose a los problemas que se planteará la inteligencia ante la derrota de España frente a Estados Unidos, Ángel Ganivet escribe en 1896:

Una restauración de la vida entera de España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio. Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España hasta derramarse por

los cuatro puntos del horizonte, y por donde espera que ha de venir la salvación.

El viejo sueño de reconquista imperial debe terminar. Tendrá que unirse a los pueblos que la misma España originó con su acción, pero ya no por la vía hegemónica, sino mediante "la unión familiar de todos los pueblos hispánicos e infundir en ellos el culto de unos mismos ideales". Son otros los pueblos capaces de imponer su dominio material, España no tiene esta capacidad pero sí puede hacerlo con ideas depuradas. Por ello, "al renacer, hallaremos una inmensidad de pueblos hermanos a quienes marcar con el sello de nuestro espíritu.

La derrota del 98 llevará al español a volverse sobre sí mismo y a clausurar el viejo pasado imperial, y para regenerar esa su peculiar identidad, abrir las puertas de los Pirineos. Si España no puede ya hispanizar a Europa, entonces España habrá de europeizarse. La europeización vista como instrumento de regeneración de un pueblo que ha sido acorralado por Europa y vencido por el más poderoso hijo de ésta: los Estados Unidos de Norteamérica. Europeizar a España tendrá que ser la consigna para transformar una identidad puesta en entredicho. ¿Godos o moros? La opción tendrá que ser hecha. Aceptar el ineludible mestizaje pero dentro del espíritu de unidad de Europa. Descubrir a España pero a través de Europa. España ha de tener sentido dentro de Europa, como una nación europea. Para eso sale ya sobrando el pasado imperial y lo que él significó como expansión de un espíritu diverso del europeo.

Hemos purgado el error de haber descubierto a América —decía Pío Baroja—, de haberla civilizado más generosamente de lo que cuentan los historiadores extranjeros con un criterio imbécil. España ha sido durante siglos un árbol frondoso, de ramas tan fuertes, tan lozanas, que quitaban toda la savia del tronco... Se han perdido las colonias; se han podado las últimas ramas, y España queda como el tronco negruzco de un árbol desmochado.

Europeizar a España no quiere decir copiar a Europa, sino ser como son los pueblos que forman Europa, mantener su peculiar identidad sin que por ello dejen de ser europeos. España había dejado de ser Europa al desperdigarse por horizontes que iban más allá de Europa. ¿Cómo pueden entonces ser europeos los españoles? Considerando a España como Europa. Miguel de Unamuno escribe: "España está por descubrir y sólo la descubrirán españoles europeizados".

Herederó de la Generación del 98, José Ortega y Gasset insistirá en la europeización de España; en la recuperación de lo que España tenía de europeo, recuperar al germano, al godo. Lo germano, nervio y

músculo de Europa. La identidad ibera, que se potenciaría haciéndose parte de la identidad europea.

Se vio claro –escribía Ortega– que España era el problema y Europa la solución [...] No solicitemos más que esto: clávese sobre España el punto de vista europeo. La sórdida realidad ibérica se ensanchará hasta el infinito: nuestras realidades, sin valor, cobrarán un sentido denso de símbolos humanos. Y las palabras españolas que durante tres siglos hemos callado surgirán de una vez, cristalizando en un canto [...] ¡Sólo mirarla desde Europa es posible España!

Desde la Europa que España ve en la lejanía, al otro lado de los Pirineos, la Europa franca, sajona y germana. La Europa que lleva dentro de sí el español por su herencia goda. Desde este ángulo no sólo España es Europa, sino también es su posibilidad. La posibilidad de una Europa cansada por la historia. En las *Meditaciones del Quijote*, Ortega analiza la peculiar identidad española, identidad bifronte, situada entre los mundos que forman sus fronteras, en el norte por los Pirineos y al sur por el Estrecho. Pero ¿qué es Europa? Europa es luz, luminosa racionalidad. España, a su vez, no es sólo lo ibero, esa peculiar identidad cuyas puertas –decía Ganivet– se habían abierto por sus dos extremos. España es África pero también Europa. España no es sólo la Iberia en la que se han mestizado razas y culturas diversas. España es también parte de la Europa del otro lado de los Pirineos. Habrá que conjugar lo que unido debía estar. Conjugar la vieja herencia latina impuesta por la conquista romana que permitió el mestizaje con la herencia europeo-germana; conjugar la Roma mediterránea con el Sacro Imperio Romano.

Mi pensamiento –sigue Ortega– ¡y no sólo mi pensamiento!, tiende a recoger en una fuerte integración toda la herencia familiar. Mi alma es oriunda de padres conocidos: yo no soy sólo mediterráneo. No estoy dispuesto a confinarme en el rincón ibero de mí mismo. Necesito toda la herencia para que mi corazón no se sienta miserable [...] ¿Por qué el español –preguntase olvida de su herencia germánica? Sin ella, sin duda padecería un destino equívoco.

¿Qué significa ese pasado mediterráneo y latino? Ortega habla de él en términos que recuerdan lo expresado por el argentino Domingo Sarmiento. “Detrás de las facciones mediterráneas –dice– parece escondarse el gesto asiático o africano, y en éste –en los ojos, en los labios asiáticos o africanos– yace como sólo adormecida la bestia infrahumana, presta a invadir la entera fisonomía”. Hay que reaccionar haciendo de la otra herencia germana instrumento de contención de

la bestia, de la barbarie y el salvajismo. “Y hay en mí una substancial, cósmica aspiración a levantarme de la fiera como de un lecho sangriento. No me obliguéis a ser sólo español, si español sólo significa para vosotros hombres de la costa reverberante”. ¿Qué es lo español? Lo que era para Sarmiento era el hispanoamericano.

No metáis en mis entrañas guerras civiles –dice Ortega–; no azucéis al ibero que va en mí con sus ásperas, hirsutas pasiones contra el blondo germano, meditativo y sentimental, que alienta la zona crepuscular de mi alma. Yo aspiro a poner paz entre mis hombres interiores y los empujo hacia una colaboración.

Pero es necesaria la jerarquización y entre dos claridades será menester que hagamos una eminente. Y está la europeización, concretamente la germanización de España, del mundo ibero.

El mismo hecho de la guerra Hispano-Americana de 1898 originará en la inteligencia de la América española otra reacción. Será de acuerdo con ella que Iberoamérica haga definitivamente suyo el calificativo de latina. La América Latina vista en relación con la América Sajona que había sido modelo a seguir por la generación de civilizados y positivistas. El triunfo de los Estados Unidos sobre España en el Caribe será visto como una agresión más a toda la América de origen hispano. La agresión sajona del 98 era sólo parte de la expansión estadounidense sobre esta América Latina. Frente a la posible expansión había ya alertado Simón Bolívar pidiendo a los pueblos de la región afirmarse en su propia e ineludible identidad. Era la misma América Sajona que había arrancado a México, en 1847, más de la mitad de su territorio. La América que con el pirata William Walker había tratado, en 1855, de hacerse de Centroamérica. Frente a esta agresiva América Sajona estaba la otra América, la Latina, de cuya latinidad era expresión la misma España. De esta forma, vivos aún los rescoldos de la guerra emancipadora, se recuperaba el espíritu de España que, independientemente de su arrogancia, había hecho posible este mundo mestizo americano que en vano habían tratado de anular los civilizadores. “Subsiste la huella de la sangre vertida, huella maldita –dice José Vasconcelos– que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular”. Y este peligro era la América Sajona. La misma América que había despojado a México, invadido Nicaragua y agredido con un fútil pretexto a España. Así, a través de los latinos se recupera a España y con España ese mundo mestizo que ella hizo posible y que en vano se quiso anular para semejarse al sajón.

De América Latina se empezó a hablar desde mediados del siglo XIX, ante la agresión estadounidense a México y Centroamérica. De América Latina hablaron el chileno Francisco Bilbao y el colombiano

José María Torres Caicedo. La América que habían defendido Bolívar y Bello. La América de diversas etnias y culturas que no tenían por qué estar enfrentadas. José Martí y José Enrique Rodó reivindican para esta región el calificativo de Latina y con ese calificativo recuperan a la España que habían condenado los civilizadores que trataron de sajonizar a Hispanoamérica.

Lo latino es para esta América capacidad de fusión de estirpes y culturas. Dice Vasconcelos:

Los llamados latinos, tal vez porque desde un principio no son propiamente tales latinos, sino un conglomerado de tipos y de razas, persisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico [...] Y es en esta fusión de estirpes donde debemos buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana.

José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Manuel González Prada, César Zumeta, Manuel Ugarte, Pedro Henríquez Ureña y otros muchos latinoamericanos en el inicio del siglo XX hacen suyo este calificativo de latinidad que suma razas y culturas y no resta ni atomiza. Se busca asumir la propia y peculiar identidad que la “nordomanía” de los civilizadores trató de anular. La latinidad es el punto de partida para la formación de un mundo más amplio, más generoso, en el que todo lo humano tenga cabida. Vasconcelos habló así de *Raza Cósmica*, la raza por la que habla el espíritu. La sajonización había sido un proyecto extraño a la idiosincrasia de los pueblos de la región. Un proyecto que había tendido, simplemente, a destruir la propia idiosincrasia en beneficio de los autores del modelo que se había pretendido adoptar. José Martí, previendo lo que sería el resultado de la guerra emancipadora por él iniciada frente a España, pedía a los latinoamericanos volvieran sobre sí mismos, sobre su propia y peculiar identidad para afirmarla y defenderla; en esta identidad estaba la misma España. José Enrique Rodó, conociendo el resultado de la guerra de 1898, en la que las posesiones de España en el Caribe simplemente habían cambiado de dueños, y caído sus hombres bajo nueva dependencia, decía, hablando del proyecto sajonizante, al que calificó de “nordomanía”: “Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites de la razón”. Por ella los Estados Unidos fueron “realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes”. De la admiración se pasa a la imitación y de la imitación a la subordinación. Se ha roto con la subordinación respecto de España, pero se va aceptando, aunque libremente, una nueva subordinación. Deslatinizarse implica subordinarse a los creadores del modelo sajón. “Es así como la visión de una América *deslatinizada* por

su propia voluntad –agrega–, sin la extorsión de la conquista [...] flota ya sobre los sueños de muchos interesados en nuestro porvenir.”

Habrà, por el contrario, que asumir la peculiar identidad de los pueblos que forman la América Latina. Latina por el espíritu que a través de España originó a esta región, permitiendo que conviviesen en ella hombres de diversas estirpes y culturas. Es el mismo espíritu que en la Península hizo convivir al godo con el moro y al cristiano con el musulmán y el judío. El mismo espíritu que permitió a Roma crear un imperio en el Mediterráneo, haciendo de sus aguas puente de encuentro europeo, africano y asiático. Lo latino es la capacidad para comprender y hacerse comprender. Lo latino como crisol de razas y culturas sin anulación de sus diversas peculiaridades; unidad en la diversidad. La ineludible desigualdad de hombres y pueblos es la garantía de su igualdad, que ha de expresarse en sus también ineludibles relaciones. Peculiares, distintos, pero no tan distintos que unos puedan ser más o menos hombres que otros. Por lo latino esta América recupera a España, al mundo ibero y afirma su americanidad y africanidad, junto con otros elementos de su identidad. Jorge Luis Borges, desgarrado entre América y Europa, que se decía a sí mismo desterrado europeo en América, encontraba en la latinidad la conciliación de este doloroso desgarramiento. “La latinidad –decía– no tiene ningún sentido desde el punto de vista étnico. Allí están los españoles que eran iberos, celtas, fenicios, romanos, visigodos, vándalos, moros y judíos”. Es un término que vale también para toda Europa. La latinidad no va contra nadie, sino está a favor; cultiva las afinidades y trata de comprender las diferencias.

Fue este espíritu el que hizo posible a Roma ser madre de naciones y culturas. Su espíritu conciliador, por encima de la rudeza imperial, hizo posibles las diversas naciones que forman la Europa actual. Es el mismo espíritu que por España se extendió en América y se extiende por el planeta por encima de la arrogancia, la codicia y la agresión de los imperios empeñados en imponer su propia y peculiar identidad sobre la de otros pueblos. Tal es lo que la inteligencia latinoamericana hace suyo y lo reivindica como expresión de su peculiar identidad sin arrollar a otras expresiones de identidad. La mestización de estirpes y culturas, vista ayer como degradación, se extiende ahora como raza de razas y cultura de culturas por las más remotas regiones de la Tierra. Se extiende sobre la América Sajona, que va dejando de ser sajona y se latiniza al asumir las diversas expresiones raciales y culturales que allí se van dando cita. La Europa del otro lado de los Pirineos se va igualmente mestizando con hombres y culturas de otras regiones de la Tierra. Se va así formando a lo largo de la tierra ese peculiar género humano del que hablara Bolívar: “Nosotros –escribía– somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados ma-

res, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil". Pero no tan pequeño ahora al asumir, cada vez más como propias, las diversas expresiones de lo humano, que aquí se van dando cita.

Sevilla, España, 1986

VI. IDENTIDAD E INTEGRACIÓN

Los días que estamos viviendo son difíciles para el mundo; en especial para la región que en América se ha autodenominado Latina. Sus pueblos, de origen e historia común, siguen sometidos a presiones internas y externas que amenazan anular su relativa estabilidad. Las presiones propias de su difícil desarrollo y las de intereses externos que los manipulan a su servicio. Conflictos internos que una y otra vez desembocan en sangrientas guerras civiles y en tiranías al servicio de intereses extraños; descomposición social, corrupción, que anula la resistencia interna a las interferencias extranjeras. Males propios que no han sido superados en siglo y medio de independencia; y males provocados por coloniajes que simplemente se van revelando en la región. Y como resultado de esta situación, la vieja e insistente preocupación de los pueblos de la región por identificarse y, en consecuencia, afianzarse en lo interior para resistir externamente. Identidad cuyos problemas tienen su punto de partida el 12 de octubre de 1492, del cual habremos de tomar plena conciencia para perfilar esa identidad y poder actuar en el mundo sin complejo alguno de inferioridad o de culpa, desde una historia que no es común con otros pueblos, y que es parte ineludible de esta región.

En América no sólo se dio el brutal encuentro de los pueblos ibéricos con los pueblos nativos; de viejas expresiones de la cultura europea pagana y cristiana con las desconocidas culturas indígenas, las que ni imaginaban siquiera quienes buscaban Catay y Cipango. En América también se han encontrado expresiones aparentemente opuestas de la misma cultura europea: las viejas expresiones de la cultura griega, latina y cristiana con la que crearon las utopías que les rebasaban a las primeras y que el continente descubierto parecía posibilitar. Conflicto expreso en la lucha por la hegemonía sobre Europa entre España y la Gran Bretaña, entre Felipe II e Isabel I, el cual se proyectó en América dando origen a dos concepciones del mundo, propias de dos regiones que aún se enfrentan en nuestros días. Concepciones de las que una parte de América ha hecho partir justificaciones para ejercer su hegemonía. Concepciones a través de las cuales se han expresado y delimitado las que parecen identidades opuestas de una y otra América, las designadas como latina y como sajona. La reflexión sobre esas encon-

tradas expresiones de identidad acaso nos permita precisar la búsqueda identidad latinoamericana.

Simón Bolívar, padre de patrias de esta región a la que llamó Martí Nuestra América, conoció, descubrió y sufrió las expresiones de esa identidad que se ha autodenominado latina. “Nosotros –escribía en la *Carta de Jamaica*, en 1815– somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil”.¹ La región es vista como una gigantesca ínsula, apartada del Viejo Mundo en su parte oriental y occidental. Thomas Jefferson, uno de los padres de esa patria formada al Norte de esta América: los Estados Unidos, al tomar posesión como presidente de esa nación en 1800, diría algo parecido a lo que expresara Bolívar: “Bondadosamente apartados por la naturaleza y un ancho océano, del exterminador caos de una cuarta parte del globo; de espíritu demasiado elevado para soportar la degradación de los demás”.² Se habla de un mundo, igualmente apartado del Viejo Mundo, un mundo peculiar y al parecer único. Dos expresiones de identidad en una y otra América, separadas por anchos mares del resto de la Tierra.

El singular género humano del que habla Bolívar lleva consigo los problemas de su origen. En el *Discurso de Angostura* dice Bolívar:

Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de Europa; pues hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un relato de la mayor transcendencia”.³ Esta diversidad de origen será la que se plantee en problemas de integración de la región; al igual que las dificultades para definir la polarizada identidad del peculiar género humano. Tales problemas tienen su origen en la misma España, la cual tendrá también que conciliar la encontrada identidad de sus orígenes europeos y africanos, cristianos y musulmanes.

¹ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, México, UNAM, 1978 (Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 1).

² *Documentos básicos de la Historia de los Estados Unidos de América*, Washington, Servicio de Información de los Estados Unidos, s. f.

³ Simón Bolívar, *Discurso de Angostura*, México, UNAM, 1978 (Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 30).

Thomas Jefferson, al contrario de Bolívar, lejos de mostrar preocupación por la peculiar sociedad que se ha formado en Norteamérica, dice con satisfacción:

[Somos] poseedores de un país elegido, con espacio suficiente para nuestros descendientes durante mil generaciones y más; con el sentido de nuestra igualdad de derechos para valernos de nuestras propias facultades, de las obras de nuestro propio esfuerzo, para gozar del honor y la confianza de nuestros conciudadanos, no por privilegios de nacimiento, sino por nuestros actos y la opinión que ellos les merecen; ilustrados por una religión benigna, practicada de hecho y de diversas formas, mas inculcando en todas ellas honradez y sinceridad, templanza, gratitud y amor al prójimo; reconociendo y adorando una Providencia superior que con todas sus bendiciones demuestra que le satisface la felicidad del hombre en esta vida y su mayor bienaventuranza en la otra; contando con todas estas bendiciones, ¿qué más necesitamos para ser un pueblo feliz y próspero? ⁴

Bolívar habla de una ínsula, que es todo un continente; en la que se han dado cita razas y culturas que parecen contrapuestas. Un peculiar género del que son herederos los americanos meridionales. El peculiar lugar de una peculiar identidad como herencia con la cual han de contar para crear naciones. Se tendrá que conciliar lo que parece inconciliable. No es como para Jefferson "un país elegido". Un país elegido que, como en las utopías del Renacimiento, ha de ser creado en un lugar apartado, rodeado de anchos mares que faciliten la renuncia a un pasado del que se quisiera escapar. Los Estados Unidos no se consideran herederos de raza o cultura alguna, y se consideran ajenos a los conflictos de las tierras de las que son originarios en Europa. ¿Cómo ha de ser entonces esta nación insular, ajena a todo pasado y a sus compromisos? Jorge Washington, padre mayor de la nueva patria, al despedirse como presidente de los Estados Unidos el 17 de septiembre de 1796, habló con el mismo entusiasmo que Jefferson de la relación de esta nación con otras naciones: "Será digna de una nación libre, ilustrada y que no está muy distante de la época en que será grande, dar al género humano el ejemplo magnánimo y muy nuevo de un pueblo siempre guiado por un sentido elevado de a justicia y la benevolencia",⁵ un pueblo, fundador de una nación bendita, como se sigue repitiendo en nuestros días. Pero una nación que para ser supremo arquetipo de humanidad está cerrada a toda influencia extraña a tal propósito, cerrada a toda raza, cultura y religión que, de alguna forma sean contrarias a

⁴ *Documentos básicos...*, op. cit

⁵ *Ibid.*

este extraordinario proyecto. Washington dice, hablando de esta Patria de patrias:

Contra las artes insidiosas de la influencia extraña, debe estar *constante-mente* alerta el celo de un pueblo libre, puesto que la historia y la experiencia demuestran que la influencia extraña es uno de los enemigos más funestos del gobierno republicano [...] ¿Por qué –se pregunta– hemos de enredar nuestra paz y prosperidad en las redes de la ambición, la rivalidad, el interés o el capricho europeos, entreverando nuestros destinos con los de cualquier parte de Europa? [...] Nuestra verdadera política es apartarnos de alianzas permanentes con cualquier parte del mundo extranjero.

Ninguna alianza que no garantice la seguridad y los intereses de la que será la poderosa nación insular. Será en nombre de esta seguridad y sus intereses que el presidente James Monroe en el Mensaje al Congreso del 2 de diciembre de 1823 anuncie la Doctrina que llevará su nombre y que se ha resumido en: “América para los americanos”, que abarca todo el Continente en contra de toda interferencia extraña, conocidamente europea, en una región que los Estados Unidos ya consideran bajo su exclusiva hegemonía. La singular nación americana asegura la insularidad de su territorio, apartada del resto del mundo por grandes océanos, viendo el sur como gigantesca tierra virgen que irá incorporando en la medida que lo reclamen sus cada vez mayores necesidades.

Muy al sur, más allá de las llanuras pobladas por búfalos y naturales extraños a lo que es la civilizada sociedad estadounidense, mucho más allá se encuentran los extraños pueblos a los que se refiere Simón Bolívar. De acuerdo con “la grandeza de su destino”, se expanden sobre el Far West cada vez más hacia el oeste y más hacia el sur. Como justificación a esta expansión surge la doctrina del *Destino Manifesto*, un destino expreso en el éxito ya alcanzado, con la seguridad de que se trata de un nación bendita, creada por un pueblo bendito. Se arrebató a México, en 1847, grandes extensiones de territorio que la colonización española no alcanzó a incorporar poblándolo. Marchan hacia el sur, pero no tanto que se tengan que enredar con pueblos extraños y opuestos a tan exclusivos proyectos de grandeza. Más allá de las fronteras de la insular nación, tierra virgen e inculta y, dentro de ella, los naturales, como diría Arnold Toynbee, son tan sólo parte de la flora y fauna por utilizar o eliminar. Utilizaron a los esclavos como animales de carga y, posteriormente, obligados por sus propias necesidades lo han seguido haciendo con latinos hispanos o chicanos que provienen del otro lado de una frontera, la cual debía permanecer inalterable para evitar contaminaciones. Más allá de esta frontera se puede intentar la regeneración de esta clase de gente, pero siempre y cuando tal regeneración no co-

rrompa a sus regeneradores. Se puede arrancar a los mexicanos tierras que han mantenido ociosas, pero no mezclarse con ellos. Esto discuten los miembros del Congreso de los Estados Unidos cuando se habla del destino de la totalidad de México, después del triunfo en 1847. No otra cosa sino ocupar tierras vírgenes, sin cultivar, vacías. En un documento del Departamento de Estado de esos días, se dice: "No contemplaría ni por un instante... la posibilidad de una ocupación permanente de México, ni de una parte cualquiera del mismo. Una actitud semejante sería, en mi opinión, equivalente a insertar un cáncer en un cuerpo humano".⁶ La misma actitud tomada en el Caribe cuando se habla de incorporar las Antillas arrancadas a España por los Estados Unidos. Nada de mezclarse con tal gente. Esas Islas, tan solo han de servir de enclaves, bases, para la seguridad de los Estados Unidos. Que sean los propios pueblos degenerados por sus raíces hispanas, africanas e indígenas y la mezcla de todo esto, los que se encarguen de su propia regeneración y, de no lograrlo, peor para ellos. Más allá de sus fronteras, los Estados Unidos sólo verá en esos pueblos riquezas para su crecimiento y enclaves para la seguridad de la singular nación. La identidad de la cada vez más poderosa nación debe mantenerse incontaminada. Nada con pueblos de raza inferior e incivilizados.

Esta es la América de la que habla Simón Bolívar, la América mestiza que por serlo parece difícil de conciliar entre sí. Pero es esa la única y posible realidad con la que hay que contar y la que debe de ser asumida y potenciada. Esta América, plenamente consciente de la peculiaridad de su humanidad, va abriendo sus entrañas al romper su insularidad. No hacer de esta insularidad, como la otra América, justificación de aislamiento, sino punto de partida para formar una nación de naciones que ha de poder abarcar, nada más y nada menos, que al universo entero. Raza de razas, raza cósmica, la llama José Vasconcelos, surgida de una cultura de culturas. Bolívar, en la *Carta de Jamaica*, avisora sobre la atalaya de su multifacética identidad un extraordinario ideal:

Es una idea grandiosa —dice— pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse.⁷

Esta encontrada y múltiple identidad tiene como vínculos que le dan sentido, la cultura heredada y el extraordinario mestizaje. Iden-

⁶Cf. Albert K. Weinberg, *Destino Manifiesto*, Paidós, Buenos Aires, 1968.

⁷Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, cit.

tividad abierta a las múltiples expresiones de lo humano. Al partir esta identidad en una nación igualmente abierta a todas las naciones, puede posibilitar una nación de naciones que puede abarcar la totalidad del Universo. Dice Bolívar: "En la marcha de los siglos, podrá encontrarse una sola nación cubriendo el universo".⁸

Esta nación formada por el peculiar género humano del que habla Bolívar, tiene también que mantener su propia seguridad, mas no la seguridad insular reclamada por los próceres de los Estados Unidos, sino la seguridad que permita mantener la pluralidad que debe caracterizar a una auténtica nación de naciones. Estados Unidos se opone a alianzas que puedan amenazar su insularidad. La América de Bolívar se niega a toda alianza que implique subordinación y límites a su anhelada libertad, al anular la posibilidad de esa nación de naciones como pluralidad. Latinoamérica reclama, como Estados Unidos, el derecho a la autodeterminación, pero al contrario de esa nación, reclama el mismo derecho para los otros pueblos. No hace de la seguridad instrumento para justificar la anulación de la seguridad de otros pueblos. Pide respeto al derecho de autodeterminación de los pueblos, al pluralismo; un derecho que implica el respeto al propio derecho. Y de acuerdo con él, el rechazo a toda forma de intervención en los asuntos que sólo competen a otros pueblos por diversos que éstos sean.

Extraña y complicada identidad, propia de la región que en América se ha denominado a sí misma latina. Identidad difícil de conciliar, tan difícil que llevará al propio Bolívar, en la amargura de sus últimos días, a considerarla ingobernable, sin regeneración, y por ello condenada a desaparecer o a ser plenamente dominada por fuerzas extrañas. Dificultad que llevará a toda una generación de esta región, la de los liberales, positivistas y civilizadores a pretender lo imposible, la anulación de la propia identidad para crear otra, mediante un extraordinario lavado de sangre y de cerebro; incorporando razas de origen sajón que hiciesen por esta América lo que ya habían hecho por la otra; estableciendo sistemas educativos para formar en la región a los "yanquis del sur" y hacer de sus naciones otro Estados Unidos.

Al terminar el siglo XIX e iniciarse el siglo XX, los Estados Unidos inician nuevas expansiones sobre el Caribe y el Pacífico, expulsando en primer lugar a España de sus últimos enclaves coloniales y convirtiéndolos en propios. Frente a esta agresión, que los latinoamericanos consideraron como hecha a ellos, se replantea el problema de la identidad a partir de los planteamientos hechos por Simón Bolívar. José Martí reclamará la vuelta a los orígenes de esta identidad, mientras José Enrique Rodó condena la "nordomanía", esto es, el afán por ser otros que

⁸ Simón Bolívar, "Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá", en *Obras Completas*, La Habana, Cuba, t. II.

sí mismos. Generación autodenominada latina en oposición a la expansiva América Sajona. Por lo latino recuperan a la España que les diera cultura, lengua, religión y costumbres y rechazan a la España de la conquista y colonización. Se recupera a la Iberia latina heredera de Roma, reconciliadora de razas y culturas, la Roma, fuente de latinidad que supo conciliar las expresiones de los pueblos que bañaban el Mediterráneo.

Es esta peculiar identidad la que tienen que aceptar, no ya descubrir los latinoamericanos. Al renunciar de una vez y para siempre a proyectos que tiendan a anularlos, al afán por ser otros que ellos mismos, a la imitación y a ser eco y sombra de vida ajena; lo cual no implica la renuncia a asimilar otras expresiones del hombre. Peculiar identidad que lleva, como algo natural y propio, a la integración entre los hombres y pueblos de la región como punto de partida para una integración que ha de ser universal, y abarque a todas las expresiones de lo humano. Integración plural, abierta a todos los hombres y pueblos en una relación horizontal de solidaridad y no ya vertical de dependencia. Peculiar género humano formado en esta América que reclama para sí lo que está dispuesto a reclamar para otros como garantía de su propio reclamo. Identidad que no tiene por qué subordinarse a modelos que no le son propios. Identidad que se reconoce en otros pueblos y hombres haciendo del respeto a los mismos, garantía de la propia.

La inevitable relación que la América de Bolívar y la América de Washington y Jefferson han mantenido a lo largo de ciento cincuenta años, es ahora espejo de las relaciones que guardan los Estados Unidos con el resto del mundo. Los Estados Unidos mantienen su misma preocupación insular. La ínsula de la democracia y la libertad por excelencia. Fuera sólo existen expresiones negativas de la humanidad de las que tiene que defenderse esa nación. Por ello está rodeada de grandes muros de contención, con enclaves o bases que garanticen su seguridad. Así ha sido y así es vista Europa, de donde son originarios los creadores de esa nación. Con la Doctrina Monroe se hizo expresa la voluntad de los Estados Unidos de impedir que la ínsula de libertad fuese objeto de alguna agresión europea. Al finalizar el siglo XIX se proyectó expulsar de América a los europeos que aún mantenían enclaves en la región, empezando por los españoles.

Los Estados Unidos han estado presentes en las dos grandes guerras libradas en Europa y sus colonias, para así poder garantizar que la ínsula no fuera agredida. En los últimos años, Europa se ha transformado en un gran enclave estadounidense frente al supuesto peligro que para su seguridad implica la Unión Soviética. En él habrá de librarse una Tercera Guerra, para la cual se dota a Europa de los más sofisticados armamentos de disuasión frente a la URSS. Los Estados Unidos continúan considerándose la máxima expresión de la libertad y la demo-

cracia del mundo y que éste debe garantizar con su propia existencia. El presidente Ronald Reagan, al inaugurar los festejos del centenario de la Estatua de la Libertad, en Nueva York, volvió a hablar de los Estados Unidos como una nación alejada de la conflictiva Europa. Para mantener la existencia de la libertad hecha estatua, tanto Europa como el resto del mundo deberán sacrificar sangre y riquezas.

Con el propósito de garantizar esta seguridad se ha convertido a la Gran Bretaña en gigantesco "portaviones"; asimismo se establecen otras bases en Europa; y el Mediterráneo es ya un gran lago estadounidense para tal fin. Al terminar la Segunda Guerra, buscando la misma seguridad se apoyó al coloniaje europeo en el Tercer Mundo. Y cuando tuvieron que abandonar sus colonias, como en Indochina, los Estados Unidos ocuparon su lugar y justificaron el relevo, hablando de la necesidad de ocupar "vacíos de poder". Así se enredaron los Estados Unidos en Vietnam, donde sufrieron una derrota y obtuvieron "el complejo de Vietnam" que ahora les aqueja. Desde entonces buscan otras formas de defensa de su seguridad que no signifiquen gastar la propia sangre ni sacrificar el propio bienestar económico y social. Que sean otros los que paguen por la seguridad de la nación que encarna las máximas expresiones de libertad y democracia.

En relación con esta misma seguridad, decíamos, las fronteras de contención se extienden a todos los puntos de la Tierra, y se niegan a otros pueblos los mismos derechos que los Estados Unidos han reclamado para sí. En su Declaración de Independencia, en 1776, esta nación afirmaba el derecho de autodeterminación de los pueblos, el cual hoy es negado a los pueblos que puedan afectar éste su exclusivo derecho. Derecho de derechos que trasgreden y con lo cual niegan la autoridad de la Corte de Justicia de la Haya cuando los condena por violaciones en otros pueblos. Vetan en las Naciones Unidas los reclamos de tal derecho si afecta la seguridad de sus intereses. Hablan de los derechos humanos pero vetan toda resolución concreta en defensa de los mismos como la de la supresión del Apartheid en Sudáfrica. Abandonan la UNESCO porque allí, al no haber veto, su palabra no es ley. El mundo entero debe ser gigantesco cinturón de seguridad que garantice la insularidad de un pueblo que se considera instrumento de Dios.

Pero, ¿contra qué defiende este mundo su insularidad? Contra el comunismo, se afirma, salvo que el comunismo es sólo el calificativo que ahora se da a viejos reclamos de los pueblos al otro lado de las fronteras de contención estadounidense. Pueblos como los de la América Latina, Asia, África y Oceanía vistos como parte de la flora y fauna del territorio ocupado que hay que domesticar o destruir. Pueblos que por supuesto se resisten a ser objeto de manipulación o destrucción y por resistirse son condenados. Estos mismos reclamos son ahora calificados de comunistas, con lo que se acrecienta la fuerza de esta ideología.

Así se llevó a la Revolución cubana a buscar la protección de la Unión Soviética; y se insiste en hacer lo mismo con Nicaragua. Lo mismo se hace con cualquier pueblo o persona que insiste en viejos reclamos de libertad y autodeterminación, involucrándolos en la lucha Este-Oeste. Las viejas luchas anticolonialistas son ahora calificadas de comunistas, justificando represalias en nombre de la seguridad de Estados Unidos y del mundo entero.

En 1856, el chileno Francisco Bilbao, al condenar la agresión de 1847 a México, y la de 1856 a Nicaragua, por el filibustero William Walker, habló de la prodigiosa nación que en América había aportado a la humanidad un extraordinario sistema democrático de libertad y de seguridad material:

Allí todo creció: riqueza, población, poder y libertad. Derribaron las selvas, poblaron los desiertos, recorrieron todos los mares. Despreciando tradiciones y sistemas, y creando un espíritu devorador del tiempo y espacio, han llegado a formar una nación, un genio particular. Volviendo sobre sí mismos y contemplándose tan grandes, han caído en la tentación de los titanes, creyéndose ser los árbitros de la tierra y aún los competidores del Olimpo.⁹

Es frente a esta monolítica y poderosa nación, atenta sólo a defender sus propias y exclusivas libertades e intereses, y frente a otros esfuerzos extraños por dominarla, que los pueblos que forman la América Latina tienen que luchar insistentemente para alcanzar su propia democracia. Pueblos que han entrado a la historia bajo el signo de la dependencia y, por ello, ajenos a las experiencias de la libertad. Pueblos que no fueron preparados para satisfacer sus necesidades, obligados como estaban a satisfacer necesidades ajenas. Pueblos formados por diversas razas y culturas, y por ello con mayores dificultades para conciliar voluntades que expresasen la voluntad general del pueblo. Pese a ello estos pueblos luchan por alcanzar la democracia. La democracia como gobierno que exprese la pluralidad de voluntades. La propia y singular democracia, no la democracia surgida de las experiencias de otros pueblos. No la democracia europea o estadounidense, ajena a las experiencias y posibilidades de los pueblos de esta región. Pero democracia siempre en la que se haga expresa su voluntad. Sí, de acuerdo con la *Declaración de Independencia* de Estados Unidos, "todos los hombres son creados iguales e instituyen gobiernos que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados". Ninguna otra nación tiene derecho a imponer a otra sus propios derechos ni menos aún a juzgar la legitimidad de decisiones que deben ser soberanas.

⁹Francisco Bilbao, *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de Repúblicas*, México, UNAM, México, 1978 (Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 3).

Contraria a la democracia es toda pretensión de imponer criterios ajenos a la voluntad del pueblo que la origina. No se debe ni puede juzgar o condenar a un pueblo porque las expresiones de su voluntad no coincidan con las expresiones de la voluntad de otros. No se puede exigir y presionar, como se hace en nuestros días a Nicaragua o México, para que cambien su sistema de gobierno, producto de una larga experiencia histórica. Se trata, obviamente, de democracias imperfectas, comparadas con modelos ajenos a sus experiencias, pero de todas maneras democracias que han sido hechas y tendrán que hacerse a partir de sus propias y peculiares experiencias. Pese a todo, se les califica de tiránicos y corruptos, aunque se guarde silencio frente a sistemas que brutalmente han violado y violan los derechos del hombre, como en Chile. Intelectuales de esta América Latina se lanzan ahora a cruzadas para supuestamente democratizar a sus pueblos, apoyando y pidiendo mayor presión contra sistemas calificados de tiránicos como el de Nicaragua; gente que antes guardó silencio frente a la tiranía de los Somoza, los Videla, los Pinochet y los Stroessner. La Iglesia que condena ahora la expulsión de un prelado en Nicaragua, antes calló en el asesinato de otro en El Salvador.

No se puede condenar a los pueblos de la América Latina pretextando que su democracia no sigue el arquetipo de la democracia del mundo occidental. Los pueblos de la América Latina no pueden ser otro Estados Unidos ni otra Europa, como lo pretendieron sus civilizadores. Pero sí pueden hacer lo que Estados Unidos y Europa sin tener que negarse y anularse a sí mismos. Por ello consideran propias las Declaraciones de los Derechos del Hombre sostenidas por Estados Unidos en 1776 y por Europa en 1789. Nada quieren estos pueblos que esos pueblos no hayan reclamado para sí. Por tal motivo se resisten y buscan su propia integración, aquélla con la que soñó Bolívar. Acuciados por la deuda externa, deuda impagable porque es fuente de riqueza para sus acreedores y arma de presión para imponerles criterios, los pueblos de la América Latina exigen el respeto a su soberanía. Es por eso que insisten en integrarse en defensa de este indiscutible derecho en grupos como el actual de Contadora. Contadora es ahora la fuente de mayores presiones contra los pueblos que tratan de desestabilizarlos moral, económica y políticamente. La raza que se forma en la América Latina no es raza inferior por ser suma de razas y culturas. Estados Unidos en su afán por extender fronteras de contención se ha ido mestizando a pesar suyo, incorporando a su sangre y cultura la de los pueblos africanos, asiáticos y latinos o hispanos.

Al hablar de la identidad de los pueblos de la región calificada de latina, se ha tenido que hablar también de la identidad del pueblo que forma a los Estados Unidos como ineludible contraparte. Dos expresiones de lo humano, iguales entre sí, por lo que han de guardarse mutuo

respeto. No es lo expuesto aquí un memorial de quejas contra el poderoso vecino. No se le culpa de los males de América Latina, los males de esta América, como los de Estados Unidos, están dentro de sus propias entrañas. Lo único que piden los latinoamericanos es que se les deje solos, para que solucionen sus problemas ellos mismos, que sean sus pueblos, los que decidan sobre su propio futuro sin menoscabo del futuro de otros pueblos. Hablando de memoriales, que no son de queja sino de súplica por un respeto que debe ser mutuo, bueno es recordar aquí el *Memorial* que en el año de 1835, los cheroquis, indios pieles rojas, enviaron al Congreso de Estados Unidos para impedir que, una vez más, fuesen expulsados del territorio de sus mayores.

En verdad –dice el acorralado pueblo– nuestra causa es la misma vuestra. Es la causa de la libertad y la justicia. Se basa en vuestros propios principios, los cuales hemos aprendido de vosotros mismos; porque nosotros nos gloriamos con considerar a vuestro Washington y a vuestro Jefferson como nuestros grandes maestros... [Por ellos] nosotros hablamos a los representantes de una nación cristiana; a los amigos de la justicia, a los protectores de los oprimidos.¹⁰

Esperamos que ahora se tenga más suerte y sea atendido por el bien de América en su totalidad y del mundo del que es parte.

La Rábida, España, 1986

¹⁰Cf. Juan A. Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

VII. LATINOAMÉRICA ENTRE LA DEPENDENCIA Y LA EMANCIPACIÓN

1. Emancipación y busca de modelo

Puesta en marcha la emancipación de los pueblos americanos bajo el dominio español, se planteaba de inmediato el problema del futuro de los mismos. ¿Roto el orden colonial, cuál deberá ser el orden que lo sustituya? ¿El viejo orden colonial sin España o un nuevo orden? El modelo para instaurar un orden distinto lo ofrecía la nación al norte del Continente aquella que, en 1776, había roto con el dominio británico que, como el Ibero, le imponía su dependencia. Por ello las primeras constituciones que surgen en la América ibera se empeñarán en hacer suyos los frutos de la Revolución estadounidense, más que sus experiencias. Se adoptará el orden constitucional a partir del cual los Estados Unidos habían formado una nación que ya se hacía presente en el orden internacional. De ese modo, las naciones que rompían con el yugo colonial ibero esperaban alcanzar, dentro de la libertad, un desarrollo semejante al de los Estados Unidos. La realidad, sin embargo, mostraría las dificultades de tal proyecto, que resultó ser sólo una endeble utopía.

Simón Bolívar, en las palabras que pronunciara al inaugurar el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, ante los padres de la nación que se estaba formando en esa región: la Gran Colombia, reflexionaba y exponía sus dudas respecto a la eficacia de la adopción de un modelo constitucional que no tuviera su origen en las experiencias mismas de los pueblos que lo adoptaban. Experiencias anteriores, decía el Libertador, han mostrado que la adopción de un sistema como el de los Estados Unidos no basta para hacer de nuestros pueblos naciones semejantes a tal modelo. Nuestros legisladores, agregaba, “cedieron seducidos por el deslumbrante brillo de la felicidad alcanzada por el Pueblo Americano, pensando que las bendiciones de que goza eran debidas exclusivamente a la forma de su gobierno y no al carácter y costumbres de los ciudadanos”. Era sólo un ejemplo lisonjero que atraía a pueblos que no sabían nada de libertades. El “ejemplo de los Estados Unidos, por su peregrina prosperidad, era demasiado lisonjero para que

no fuese seguido. ¿Quién puede resistir el atractivo victorioso del goce pleno y absoluto de la soberanía, de la independencia, de la libertad”¹ ¿Quién puede resistir la admiración que inspira un gobierno capaz de hacer coincidir los derechos generales con la voluntad individual?

La admiración era natural e ineludible, pero no bastaba la misma para que su aplicación en pueblos que nunca habían sabido de libertades, que no tenían experiencia en el uso de las mismas, cambiase la relación que guardaban entre sí los individuos que formaban tales pueblos. La Constitución que regía el orden de los Estados Unidos era fruto de una larga experiencia política que tenía sus raíces en la historia misma del pueblo de la Gran Bretaña, que había colonizado esta parte de América y cuyos colonizadores reclamarían ahora para sí derechos que la madre patria había forjado para sí misma. En cambio, la región de la América Meridional, regida por un orden distinto del que privaba en la propia madre patria, poco o nada tenían que ver sus experiencias de derechos que pretendiese reclamar. Bolívar había escrito pocos años antes: “Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más el de simples consumidores”.² ¿Cómo era posible salir de esta situación partiendo simplemente de la imitación de los frutos de las experiencias de otros pueblos? “¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la espera de la libertad sin que, como Ícaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo?” Habría que partir de la propia y peculiar experiencia y, con base en ella, construir lo que aún no se poseía. Bolívar, recordando a Montesquieu, decía a los legisladores reunidos en Angostura:

¿No dice el *Espíritu de las Leyes* que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen; que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra; que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos; referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!³

¹ Simón Bolívar, *Discurso de Angostura*, 15 de febrero de 1819, México, UNAM, 1978 (Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 30).

² Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, 6 de septiembre de 1815, México, UNAM, 1978 (Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 1).

³ Simón Bolívar, *Discurso de Angostura*.

La Constitución de los Estados Unidos era, desde luego, un prodigio inconcebible en otras circunstancias. Pero los pueblos de la América Meridional debían, por lo tanto, hacer lo mismo que esa nación, esto es, partir de su propia realidad, de sus propias e ineludibles experiencias, y no imitar frutos de experiencias extrañas.

“En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del norte –dice Bolívar–, los sistemas enteramente populares lejos de sernos favorables, temo que vengan a ser nuestra ruina”. Sin estos talentos, sin poseer los hábitos naturales al pueblo de los Estados Unidos, los pueblos de la América bajo el dominio ibero sólo entrarían en la anarquía y a partir de ella en nuevas formas de dependencia. Nueva dependencia prevista por Bolívar, en relación con los autores del extraordinario modelo liberal.

Se quiere imitar –dice en otro lugar– a los Estados Unidos, sin considerar la diferencia de elementos, de hombres y de cosas. Crea usted, general, que nuestra constitución es muy diferente a la de aquélla cuya existencia puede contarse entre las maravillas que de siglo produce la política. Nosotros no podemos vivir sino de la unión.⁴

Y con mayor énfasis expresaba: “Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo”.⁵ Los iberoamericanos admiran a los Estados Unidos y quisieran hacer de sus pueblos naciones semejantes a la nación del norte, pero ¿acaso a los Estados Unidos les interesa que al sur de sus fronteras surjan naciones que se le asemejen? A los Estados Unidos nunca les han interesado las luchas de los pueblos de la América Meridional por su independencia, siempre se han mostrado ajenos a ellas. Nuestros “hermanos del norte –escribe Bolívar– se han mantenido como inmóviles espectadores de esta contienda que por su esencia es la más justa”.⁶ Pero hay más, Bolívar teme que la preocupación que empiezan a mostrar los Estados Unidos por la América recién liberada, lejos de serle propicia, podrá serle fatal. Por ello alerta a sus compatriotas frente a alianzas con pueblos que sólo actuarán en relación con sus especiales intereses. Bolívar, en su propuesta para un Congreso Anfictiónico –que considera deberá congregarse en Panamá–, hace patente su oposición a la presencia de los Estados Unidos. “Porque una

⁴ Simón Bolívar, “Carta al general Antonio Gutiérrez de la Fuente”, Caracas, 16 de enero de 1827, en *Obras Completas*, La Habana, 1947, t. II.

⁵ Simón Bolívar, “Carta al general Daniel F. O’Leary”, Guayaquil, 13 de septiembre de 1829, *op. cit.*, t. II.

⁶ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*.

vez el pacto con el fuerte –decía– ya es eterna la obligación del débil. Todo bien considerado tendremos tutores en la juventud, amos en la madurez”.⁷ Sólo se pasará de un colonialismo a otro, como de un amo a otro. Los esfuerzos de la América, emancipada del yugo ibero, por formar un conjunto unido de naciones libres, lo sabe Bolívar, encontrará muchas oposiciones, entre ellas la de los propios Estados Unidos, modelo de libertad, pero que vería afectados sus intereses si dicha libertad se extiende a otros pueblos. “Muchos pueblos –dice– se opondrán al afán de unidad libertaria de los pueblos de la América Meridional, entre ellos los Estados Unidos que parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias en nombre de la Libertad”.⁸ ¿Quién puede entonces ayudar a los nuevos pueblos a salir del estado de esclavitud en que los sumieron tres siglos de dominio colonial? Nadie sino los propios pueblos de la región. Los pueblos vecinos lucharán, por el contrario, por imponerles nuevas formas de dependencia. “Los Estados Unidos son el peor y aun son el más fuerte al mismo tiempo”.⁹

Otro de los próceres de la independencia latinoamericana, el mexicano Servando Teresa de Mier, habla con admiración del orden que en el norte ha creado el pueblo de los Estados Unidos; admira lo que llama la forma republicana de ese orden y la constitución que la garantiza. Pero, como Bolívar, considera que si bien el republicanismo era bueno para nuestra región, no lo es la forma de garantizarlo, esto es, el federalismo. Los Estados Unidos, para ser republicanos, tienen que ser federalistas; los pueblos de nuestra región, para ser republicanos, tendrán que ser centralistas. Los Estados Unidos surgieron de una federación de individuos y grupos que se unieron para enfrentarse al colonialismo inglés; los hispanoamericanos han surgido integrados bajo la dominación ibera, por ello, unidos han de actuar para cambiar la integración impuesta por una integración aceptada libremente. El federalismo se presenta a la América ibera como un modelo que puede garantizar el republicanismo, pero esto es falso, la América, ayer bajo dominio impuesto, tiene ahora que hacer su futuro, unida por lazos que han de ser inversión de los impuestos por el coloniaje.

La prosperidad de esta vecina república –escribe Servando Teresa de Mier– ha sido y está siendo el disparador de nuestras Américas, porque no se ha ponderado bastante la inmensa distancia que media entre *ellos* y *nosotros*.

⁷ Simón Bolívar, “Carta a Bernardo Monteagudo”, Guayaquil, 5 de febrero de 1823, en *Obras Completas*, t. I.

⁸ Simón Bolívar, “Carta al coronel Patricio Campbell”, Guayaquil, 5 de agosto de 1829, en *ibid.*, t. II,

⁹ Simón Bolívar, “Carta al doctor Estanislao Vergara”, Guayaquil, 20 de septiembre de 1829, en *ibid.*, t. II.

Ellos eran ya estados separados e independientes unos de otros, y se federaron para unirse contra la oposición de Inglaterra; federarnos nosotros estando unidos, es dividirnos y atraernos los males que ellos procuraron remediar con esa federación.¹⁰

Los Estados Unidos se federaron para unirse en el futuro; los pueblos de la América Meridional estaban unidos por la dependencia impuesta y esa unidad no debe ahora ser rota, habrá que cambiar su signo, el de unidad en la libertad; meta semejante a la que se han propuesto los Estados Unidos.

La unidad, el republicanismo como resultado de la unión, no de la dispersión de lo que estaba unido, se hará cada vez más necesaria, precisamente en relación con la nación que se alza al norte como faro de libertades; pero esa misma nación tratará de impedirlo. El pueblo, que en nada se había preocupado por las luchas libertarias de la América Meridional, se preocupará, al terminar éstas, por proponer una extraña unión que más pudiera favorecer a sus intereses que a los de los pueblos de la América ibera. Los mismos temores tiene el chileno Diego Portales quien se refiere a la Doctrina Monroe como expresión de la unidad que propugna la nación estadounidense de acuerdo con sus intereses.

Los periódicos traen agradables noticias para la marcha de la revolución de toda América —escribe Portales—; parece confirmado que los Estados Unidos reconocen la independencia americana [...]. El presidente de la Federación de Norte América ha dicho: *Se reconoce que la América es de éstos*, de los americanos [...]. ¡Cuidado —agrega Portales— con dar a esto otra interpretación! ¡Cuidado de salir de una dominación para caer en otra! Hay que desconfiar de esos señores que nada han hecho por la libertad de esta región y ahora aparecen aprobando lo hecho por nuestros libertadores. ¿Por qué ese afán de los Estados Unidos por acreditar representantes en nuestros pueblos y en nuestras reuniones? Yo creo que todo eso obedece a un plan combinado de antemano; y ése sería así: hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la influencia en toda la esfera. Esto sucederá, tal vez hoy no; pero mañana sí. No conviene dejarse halagar por estos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de su envenenamiento.¹¹

Esta influencia era como de un Caballo de Troya, que podía conducir a una nueva forma de dominación, tal como lo advirtiera Bolívar. Ser como los Estados Unidos, hacer propias las libertades y el orden

¹⁰ Servando Teresa de Mier, *Memorias*, 1797, Editorial América. Madrid, 1924.

¹¹ Diego Portales, *Epistolario*, "Carta a José M. Cea", Lima, marzo de 1922, Santiago de Chile, 1937, t. I.

de esa gran nación, era un noble proyecto; pero un proyecto cuyo resultado sería la anulación de las propias posibilidades de los pueblos de la América Meridional, que acabarían cayendo bajo la dependencia de los creadores del modelo. Empeñarse en realizar modelos ajenos a las experiencias de la región, había sido y seguía siendo un error. El pretender hacer de esta América una república semejante a la que se alzaba al norte del Continente implicaba caer en una trampa cuyos efectos se conocerían en un futuro inmediato. Andrés Bello decía:

No existen elementos republicanos; la España no había podido crearlos; sus leyes daban sin duda a las almas una dirección enteramente contraria [...] Para la emancipación política estaban mucho mejor preparados los americanos, que para la libertad del hogar doméstico. Se efectuaban dos movimientos a un tiempo: el uno espontáneo, el otro imitativo; embarzándose a menudo el uno al otro en vez de auxiliarse.¹²

Y agrega: “la obra de los guerreros está consumada, la de los legisladores no lo estará mientras no se efectúe una penetración más íntima de la idea imitada, de la idea advenediza, en los duros y tenaces materiales ibéricos”. Pero, ¿quiere esto decir que las ideas republicanas, liberales y democráticas son ajenas a los pueblos de la América ibera? Por supuesto que no, pero éstas tendrán que ser el resultado de la penetración de lo extraño en lo propio, esto es, de la capacidad de los pueblos de esta región para asimilar ideas sobre las que carecen de experiencia.

Bello insiste: “los principios representativos que tan feliz aplicación han tenido en los Estados Unidos y que han hecho de los establecimientos ingleses una gran nación, no podrán producir los mismos resultados en esta América del Sur”. Nuestra América tendrá que tomar sus propios caminos, partir de su propia experiencia para alcanzar formas de gobierno que no tendrán porqué envidiar a las creadas en los Estados Unidos.

¿Acaso la libertad es plena en esa nación? ¿No existe allí la esclavitud que en nuestros pueblos ha sido abolida? —pregunta Bello—. En nuestra América, y a partir de experiencias de libertad como las que hicieron posible su revolución de independencia y la abolición de la esclavitud, llegará el día en que la misma se alce como un conjunto de naciones libres e independientes. Esa libertad llegará para esta América, pero antes tendrá que superar muchos obstáculos. Pero estos obstáculos tendrán término y América desempeñará en el mundo el papel distinguido a que llaman la gran extensión

¹² Andrés Bello, *Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, septiembre de 1844, en *Obras Completas*, Caracas, 1957, Vol. XIX.

de su territorio, las preciosas y variadas producciones de su suelo y tantos elementos y prosperidad que encierra.

Los obstáculos no son exclusivos de nuestros pueblos, como tampoco las soluciones surgidas en los otros.

Los Estados Unidos pudieron federarse, asociarse entre sí, sin renunciar a las diversas peculiaridades de los estados que los forman. En cambio, las naciones que integran la América Meridional sólo veían la unidad en función de sus relativos y limitados intereses, los cuales, al no ser satisfechos, impedían cualquier forma de asociación que no les conviniese desde esa perspectiva. Lo que buscaban los estadounidenses era ocupar el vacío de poder dejado por la metrópoli imperial, imponer sus intereses a los vecinos o, en caso contrario, abstenerse de toda colaboración. El centralismo impuesto por el dominio ibero buscaba su encarnación en cada una de las naciones liberadas. Por ello, frente a este centralismo que conducía a la atomización de la región, sólo cabía otra forma de unidad que no podía ser la federativa, la asociación, sino la comunidad. Buscar, a partir de la comunidad de sangre y cultura de los pueblos que forman la región, metas comunes, sin que ello significara renunciar a los ineludibles y peculiares intereses de cada uno. Tal fue la unidad que Bolívar reclamó una y otra vez, la misma forma de integración, pero en la libertad, que había sido impuesta por la dominación colonial. Pueblos ayer unidos por la fuerza, bajo dependencia, deberían unirse ahora voluntariamente en la libertad. Se intentó, entonces, partir de la propia experiencia de unidad impuesta, o de modelos de organización como el que presentaba los Estados Unidos en el norte del Continente. En ambos casos sería la unidad impuesta por la fuerza, como antes lo había sido la del dominio colonial. Dictaduras liberales o conservadoras. Y en este empeño, la terrible división y guerra fratricida que abarcaría a la América al sur de los Estados Unidos. Guerras fratricidas que lejos de fortalecer a estos pueblos los debilitan, y provocan así el apetito de otros pueblos, entre ellos el que fue tomado como modelo: Estados Unidos. Bello resumía esta situación y paradoja diciendo: "Nadie amó más sinceramente la libertad que el general Bolívar; pero la naturaleza de las cosas lo avasalló como a todos; para la libertad era necesaria la independencia, y el campeón de la independencia fue y debió ser dictador". El sistema político y social de los Estados Unidos resultaba, de esta forma, no sólo ajeno, sino imposible para la América Latina. El sistema de libertades de esta región tendría que partir de las propias y peculiares experiencias, de la misma realidad que había que transformar. Paradójicamente, en la Argentina los liberales se llamarán a sí mismos unitarios y los conservadores federalistas. Y así, a lo largo de toda esta América, se buscarán formas de unidad

que sustituyan a las impuestas por el coloniaje ibero. Una España sin España o unos Estados Unidos extraños a sus propias experiencias.

El mexicano Lucas Alamán, testigo de esta situación y de sus consecuencias en la nación que había surgido después de la lucha de independencia en México, hablaba de estas experiencias diciendo:

En países que carecen de homogeneidad en la masa de su población y que por esto, más bien que una nación, son una reunión de naciones de diferente origen, y que pretenden tener diversos derechos, si esta diversidad no se funda sólo en leyes, sino que procede de la naturaleza; las varias castas abandonadas a sus esfuerzos, no habiendo una de ellas que domine legalmente como en los Estados Unidos, más tarde o más temprano acaban chocando entre sí, si un poder superior a todas, sostenido por un prestigio por todas igualmente reconocido, no conserva entre ellas el equilibrio, protegiéndolas sin distinción y sin oprimir a ninguna. De otra manera, los elementos de discordia se manifiestan en cualquier ocasión, y a veces en los momentos en que la unión sería más necesaria, como cuando se trata de repeler una agresión extranjera, pues entonces el invasor fomenta en su provecho esas rivalidades, haciendo imposible un esfuerzo nacional, como entre nosotros sucedió en la invasión del ejército norteamericano en 1847.¹³

México, y con México el resto de los países de la región, lejos de unir los esfuerzos de sus diversas castas y clases para la libertad —como que habían estado unidos por el dominio colonial para beneficio de la metrópoli—, se enfrentaron buscando soluciones incompatibles sin renunciar a las fuerzas liberales y conservadoras, trataron de imponerse entre sí.

Hablando de la Constitución liberal mexicana de 1824, Lucas Alamán decía:

...al hacer aquella Constitución y todas las que han seguido, se supuso, harto gratuitamente por cierto, que todo este orden de cosas, formado y considerado en 300 años, había desaparecido como por encanto; que la nación mexicana se componía de individuos que acababan de salir de manos de la naturaleza, sin recursos, sin pretensiones, sin derechos anteriores [...] Hízose pues, una constitución sobre una base imaginaria y todas las revueltas, todas las conmociones que desde entonces se han sucedido, una a otra, no han sido otra cosa que el choque necesario entre los elementos ficticios de nuestra Constitución y los elementos que realmente componen nuestra sociedad política.

¹³Lucas Alamán, *Semblanza e ideario*, México, UNAM, 1939.

¿Cuál fue el resultado de esta incapacidad para unirse a partir de las propias experiencias? La pérdida de más de la mitad del territorio mexicano y la amenaza de perder el resto. La simple imitación de la Constitución que se suponía había hecho de los Estados Unidos una fuerte nación, sólo originó en México divisiones que le llevarían a su perdición.

México —dice Lucas Alamán— necesita un gobierno fuerte que pueda mantener el orden y la paz en el interior y que en el exterior se haga respetar [...] La política de los Estados Unidos de Norteamérica hace que de todas nuestras necesidades ésta sea la mayor; nuestro rico y hermoso suelo es su presa más codiciada y saben que si en sus ambiciosos avances tropiezan con un gobierno fuerte, compacto y unido, allí se detendrán sus esperanzas de engrandecimiento. ¿Qué extraño es que nos quieran fatigados, desunidos y débiles como hasta aquí?

La idea de unidad mediante un gobierno fuerte no fue exclusiva del conservadurismo, también lo fue del liberalismo consciente en Latinoamérica, consciente también de la inutilidad de constituciones extrañas a la propia realidad. Pese a ello surgió el liberalismo conservador, positivista, como el que se origina en México con el Porfiriato. Unitarismo argentino y el de sus herederos, los civilizadores, tratando de hacer de su pueblo una nación semejante a los Estados Unidos; de civilizarla utilizando la fuerza que antes tuviera al servicio de la colonización. Dictaduras en uno y en otro caso, y en este afán dictatorial, luchas fratricidas que estimularán el apetito del gran modelo en América, los Estados Unidos. Y a partir de esta relación una nueva forma de dependencia; el neocolonialismo, aunque en esta ocasión aceptado libremente por los pueblos de la región, por considerar esta aceptación como el paso necesario para convertirse en naciones semejantes al gran modelo.

2. América para los americanos

Los creadores del modelo liberal para la América ibera, los Estados Unidos, estarán poco o nada dispuestos a ser imitados, a permitir que surgieran en el continente naciones semejantes a ese país, que limitaran su propio crecimiento. De esto darían pronto testimonio los Estados Unidos. Éstos, pese a la oposición del libertador, fueron invitados por el general Santander al Congreso Anfictiónico, convocado por Bolívar al término de la guerra de emancipación. El presidente John Quincy Adams, sucesor de James Monroe, decidió enviar dos representantes. Uno de éstos murió en el camino y el otro llegó tarde a la reunión, iniciada el 21 de junio de 1826. El secretario de Estado Henry

Clay había dado instrucciones amplias a sus representantes respecto a la actitud que habrían de tomar en la reunión. Instrucciones encaminadas, en general, a impedir que la unidad propuesta por Bolívar a los recién emancipados pueblos de la región prosperase. Una América Meridional unida, fuerte y compacta, sería un freno para los proyectos de expansión de los Estados Unidos. Estos proponían ya otra forma de unidad de esta región, pero bajo su dependencia: Es la unidad expresada por el presidente Monroe en la doctrina resumida como “América para los americanos”. Propuesta que había puesto en guardia a Bolívar, a Portales y a quienes en la América recién liberada tomaban conciencia de los peligros que para el futuro de estas naciones ya independientes implicaba tal doctrina. Los representantes estadounidenses Richard C. Anderson y John Sergeant deberían impedir que el proyecto bolivariano fuese aceptado y preparar, por el contrario, el apoyo a la doctrina expuesta por el presidente James Monroe.

Ante todo, evitar cualquier compromiso de los Estados Unidos con los pueblos de la región, salvo los que se pactaran en un nivel bilateral.

El presidente opina—instruye Henry Clay—que el referido congreso se debe considerar como un cuerpo diplomático, y no como uno revestido de poderes de una legislación ordinaria; es decir, que un solo Estado de los que tengan representación, no se debe considerar comprometido por cualquier pacto o hecho, al cual no suscribe y conviene su representante.

Recomendaciones que se mantendrán hasta nuestros días en Naciones Unidas para evitar la supuesta tiranía de las mayorías. “De este modo—agrega—se destruye la tentativa de obligar a la minoría a convenios opuestos a su opinión por la mera circunstancia de la concurrencia de la mayoría”.¹⁴ De esta forma, cada Estado gozará “su libre albedrío y voluntad, y se gobernará por sus propios intereses”. Sobre los intereses de cualquier nación, estarán siempre los de Estados Unidos. Se enfrenta abiertamente el proyecto anfictiónico propuesto por Bolívar desde su destierro en Jamaica, en 1815. El secretario de Estado Henry Clay dice: “se desecha la idea de un Consejo Anfictiónico revestido de poderes para decidir las controversias que se susciten entre los Estados Americanos, o por arreglar, de cualquier manera su conducta”. En un contexto internacional proyectado por Estados Unidos, el proyecto de Bolívar sería un desatino. Éste podría ser válido para una reunión de los pueblos de la América de origen ibero, pero extraña en el nivel continental y más aun trascontinental. ¿Se puede hablar de un Consejo Anfictiónico? Por supuesto que no—expone Clay—; un consejo de esta

¹⁴Henry Clay, *Instrucciones*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985.

naturaleza sólo podría ser válido para pequeñas comunidades a las que no pueden subordinarse otras comunidades peculiares y diversas.

Un consejo de esta naturaleza quizá convendría a un número de Estados pequeños y reducidos, cuyo territorio unido no excedería al de la más pequeña de las potencias americanas. Tan absurdo sería confiar los intereses diversos y complicados de las naciones de este vasto continente a una sola autoridad legislativa como establecer un Consejo Anfictiónico que arreglase los negocios de todo el orbe.

Recomendación que tenderá no sólo a preservar los intereses de los Estados Unidos —extraños a los intereses de la comunidad en que pensaba Bolívar—, sino a destruir el proyecto anfictiónico de la misma comunidad iberoamericana a la que estaba dirigido. Esto sería válido tan sólo para una comunidad que no excediera a la más pequeña de las potencias americanas. Válido para Colombia y su genio titular Bolívar, pero no para otros muchos pueblos de la misma América ibérea. Esto que sería inaceptable para los Estados Unidos, ya que ello implicaría “una infracción de su actual constitución”, lo sería también para otras naciones dentro del mismo continente, celosas también de su autonomía. “Aunque muchos periódicos han querido dar este carácter al Congreso de Panamá, no podemos creer que las partes interesadas, quieran establecerlo”. Detrás del proyecto anfictiónico —se dice de mala fe— está no sólo la ambición de una de las potencias de la América del Sur, sino la de un hombre, Simón Bolívar. En recomendaciones posteriores, hechas a los representantes estadounidenses que, en esta ocasión, irían a la reunión de Tacubaya en México, en 1827, después de la fracasada reunión de Panamá, Henry Clay atacará abiertamente al Libertador, presentándolo como un ambicioso que sólo proyecta la unión del Continente en relación con su insaciable ambición de poder:

Las noticias que nos han llegado de varios puntos en cuanto a los proyectos y miras ambiciosas de Bolívar, han disminuido en extremo las bien fundadas esperanzas que tuvimos de los resultados favorables del Congreso de las Naciones Americanas. [Allí vuelve a insistir:] En todas sus conversaciones y tratos con los demás ministros, procurarán ustedes confirmar su fe en instituciones liberales y prevenirle contra las maquinaciones ambiciosas y planes, vengan de donde vinieren, que tiendan a la destrucción de sistemas liberales.

Frente a las supuestas ambiciones de un hombre como Bolívar, habrá que ir sosteniendo la concepción de una forma de unidad continental que van perfilando los Estados Unidos, presentándose como exclusivos defensores de las libertades en el Continente. Bolívar había

profetizado, hablando de los Estados Unidos: “parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias en nombre de la libertad”.

La gesta bolivariana quedaba reducida a las ambiciones de su realizador. Los Estados Unidos harán suyas las calumnias contra el líder de la Libertad que circulaban a lo largo de la América por él mismo liberada, difamaciones a las que con entereza replicase su maestro Simón Rodríguez.¹⁵ Los Estados Unidos propagaban dichas calumnias a nivel internacional, para impedir de esta forma la unidad de la región, la cual podía amenazar sus propias y exclusivas ambiciones. Una América Meridional fuerte, unida, anularía la vocación imperial de los Estados Unidos y su exclusiva expresión como democracia liberal. Habrá no sólo que frenar las expectativas de éxito del proyecto anfictionico de Bolívar, sino, ante todo, los proyectos de éste para extender la liberación de los pueblos bajo dependencia hispana a la región que aún faltaba por emancipar en el Caribe. Allí estaban Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, que ya los mismos padres de la Independencia estadounidense miran codiciosamente, considerándolas destinadas a contribuir a la grandeza de los Estados Unidos. Esta nación debería crecer hacia el oeste y hacia el sur del Continente, pero también hacia el Caribe, en ese entonces todavía bajo el dominio imperial de varias potencias europeas, entre ellas la decadente España ya expulsada del Continente. Los intereses de los Estados Unidos apuntaban hacia territorios que consideraban destinados a posibilitar su grandeza. Oregon, Luisiana, California, Texas y el Caribe. Respecto al Caribe, John Quincy Adams, secretario de Estado, decía en 1823: “Debido a la posición local, estas islas son apéndices naturales del continente norteamericano y una de ellas, Cuba, situada a la vista de nuestras costas”. Siempre he creído –decía Alexander Everett, ministro plenipotenciario de Estados Unidos ante España, hablando de Cuba– y entiendo que es también la opinión general en los Estados Unidos, que esta isla constituye en realidad un apéndice de la Florida. John Quincy Adams, como Presidente, seguiría manteniendo este criterio. Y en tal sentido se expresa su secretario de Estado, Henry Clay, el cual, en un comentario formulado en 1825, conociendo los planes mexicanos y colombianos para liberar las antillas españolas del dominio español, escribía, hablando de Cuba: “...si esa isla ha de convertirse en dependencia de uno cualquiera de los estados americanos, es imposible no advertir que la ley de su posición proclama la necesidad de anexarla a Estados Unidos”.¹⁶

¹⁵ Simón Rodríguez, *Defensa de Bolívar*, México, UNAM, 1979 (Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 36).

¹⁶ Cit. en Albert K. Weinberg, *Destino Manifiesto*, Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1968.

Cuba, como el resto del Caribe, debería permanecer, mientras tanto, bajo la protección de sus viejos dueños; en el caso de Cuba, de España. Por ello, Henry Clay previene a sus delegados en Panamá, que cualquier planteamiento de liberación de Cuba por parte de México y Colombia, en su opinión, sería sólo expresión de los proyectos que para satisfacer su ambición tenía Bolívar.

Alí declaramos que no deseamos mudanza alguna de posesión o condición política de la Isla y que no podemos ver con indiferencia que pasase de la España a otra potencia europea. Tampoco deseamos que se transfiera o anexe a alguno de los nuevos Estados americanos.¹⁷

La región debía ser protegida tanto de las ambiciones europeas como de las hispanoamericanas, concretamente de Bolívar. La doctrina del presidente Monroe tendía a evitar las presencias extrañas en el Continente, como la europea; pero también tendía a frenar las ambiciones expansionistas de las potencias en América, como las de Bolívar, porque éstas, a su vez, abrirían la entrada a las primeras. Ni México, ni Colombia, decía Clay, poseen la fuerza suficiente para mantener su dominio sobre islas como la de Cuba, lo cual permitiría que potencias fuera de América se hiciesen fácilmente cargo de esa isla y de la región; los Estados Unidos no pueden permitirlo y ellos son la única potencia en América capaz de evitar esta situación. Para ello, los mismos agentes estadounidenses, por instrucciones de Henry Clay, alertarán a la Santa Alianza en Europa, concretamente a su líder, el zar Alejandro I de Rusia, para que garanticen, a su vez, el estatus español en el Caribe. La Europa bajo la Santa Alianza y los Estados Unidos en América, deberían juntos desalentar toda pretensión hispanoamericana; más bien las de Bolívar, para llevar a cabo en nombre de la libertad de la región, las ambiciones del Libertador. Tendrá que mantenerse el estatus colonial del Caribe, mientras los Estados Unidos se expanden sobre el oeste y sobre el sur del Continente, más allá del río Grande. Terminada esta etapa, se daría el paso adecuado para libertar a Cuba y a las otras islas bajo dominio español y después al resto, pero esta vez abiertamente, de acuerdo con los intereses de los Estados Unidos, como se hará patente más tarde en la Guerra Hispanoamericana de 1898.

Los Estados Unidos estaban destinados a extender la libertad, su propia libertad, a todo lo largo del Continente. Un destino manifiesto en los éxitos que están alcanzando sus empresas. En las proyectadas expansiones era la propia y exclusiva libertad de los Estados Unidos la que se ampliaba. En la "América para los americanos" de James Mon-

¹⁷ *Op. cit.*

roe, John Quincy Adams había puesto en marcha tal proyecto mediante la elaboración de las justificaciones e instrumentos para el mismo. Expresión de esta doctrina lo será la guerra contra México, en 1847. En sus *Memorias*, escritas varios años después, resumía los resultados de esta política diciendo:

El mundo debe familiarizarse con la idea de que el continente americano es nuestro dominio propio. Desde el momento en que nos convertimos en pueblo independiente esta pretensión fue ley natural... España tenía posesiones en nuestra frontera meridional y Gran Bretaña ocupaba territorios en nuestra frontera septentrional. Era imposible que transcurrieran siglos antes de que dichos territorios fueran anexados a los Estados Unidos.

Territorios que no podían quedar ya bajo la hegemonía de soberanos que se encuentran a miles de millas allende los mares y para los cuales esto constituía una carga onerosa. Existían regiones como las españolas que se habían desprendido de su matriz colonial. Esto no podía ser mantenido estando al lado

...de una nación grande, poderosa, emprendedora y de veloz desarrollo. [Por ello] la mayor parte del territorio español que se extiende en la vecindad de nuestro país ya es nuestra... Este hecho hace aún más necesario que el resto del continente pase definitivamente a nuestras manos.¹⁸

Ya en 1786, diez años después de haber alcanzado su independencia los Estados Unidos, el juez Campbell de Franklin había planteado este interrogante: "¿Acaso el continente americano no ha de convertirse un día en dominio único y consolidado de los Estados Unidos?"¹⁹ En nombre de la libertad, la de los colonos estadounidenses en Texas, los Estados Unidos llevarán la guerra a México "liberando" una gran extensión de su territorio. En nombre de esa misma libertad, la de sus propios ciudadanos, se enviará al pirata William Walker a las costas del Pacífico mexicano y después a Centroamérica, en la faja que unía la América del Norte con la América del Sur y en donde podría construirse un canal que uniese los dos océanos, el Atlántico y el Pacífico.

En 1855, el filibustero estadounidense William Walker, con un grupo de mercenarios, invade Nicaragua. El pretexto, ayudar a un grupo liberal que luchaba por alcanzar el poder en ese país. El mismo aventurero había fracasado años antes al invadir Sonora y Sinaloa para arrancar un trozo más al territorio mexicano, mutilado en 1847. En

¹⁸ *Op. cit.*

¹⁹ *Op. cit.*

1857 el presidente de los Estados Unidos, James Buchanan, en mensaje enviado a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, justificaba la acción del pirata Walker diciendo:

Está en el destino de nuestra raza extenderse por todo el continente de la América del Norte, y esto sucederá antes de mucho tiempo, si se espera que los acontecimientos sigan su curso natural. La oleada de la emigración seguirá hasta el Sur, sin que nada se aparte a detener su curso, si se deja que esta emigración se extienda pacíficamente; la América Central contendrá en poco tiempo una población americana (es decir anglosajona) que labra el bien de los indígenas (es decir de los latinoamericanos), así como el de sus respectivos gobiernos. La libertad reglada por la ley, dará por resultado la paz, y en las diversas vías de tránsito a través del istmo, en las cuales tenemos tanto interés, se hallará protección y seguridad.²⁰

La acción de Walker servía así al destino manifiesto de los Estados Unidos: extender la libertad, su propia y exclusiva libertad sobre el resto del Continente americano.

En 1858, el senador G. Brown fue más terminante apoyando la determinación expansionista de los Estados Unidos en la Doctrina Monroe:

Nos interesa—dijo—poseer a Nicaragua: acaso se encontrará extraordinario que yo hable así y que manifieste la necesidad en que estamos de tomar posesión de la América Central; pero si tenemos necesidad de eso, lo mejor que podemos hacer es obrar como amos, ir a estas tierras como señores. Si sus habitantes quieren tener un buen gobierno, muy bien y tanto mejor; si no, que se marchen a otra parte. Acaso existen tratados; pero, ¿qué importa eso? Lo repito: si tenemos necesidad de la América Central, sepamos apoderarnos de ella, y si la Francia y la Inglaterra quieren intervenir, les leemos la Doctrina Monroe.²¹

América para los americanos del Norte, América para los Estados Unidos. Será la traducción literal de la Doctrina Monroe. La América ibera no representaba para esta doctrina y su política sino un “vacío de poder”, el dejado por la colonización ibera. Vacío destinado a ser ocupado por el poderoso país que surgía en el Norte, por los Estados Unidos. La Doctrina Monroe era sólo una advertencia a las potencias europeas para que frenaran sus ambiciones sobre un continente destinado por la Providencia a hacer la grandeza de los Estados Unidos. El

²⁰ José María Torres Caicedo, “En nombre de América Latina”, en Arturo Ardao, *Génesis de la Idea y el nombre de América Latina*, Caracas, 1980.

²¹ *Op. cit.*

vacío de poder debería ser llenado sólo por esa nación. Primero México, después Centroamérica, posteriormente el Caribe y a continuación el Continente entero. América entera para los Estados Unidos y, a partir de esta América, el resto del mundo, hasta las estrellas, como diría un cantor de la nueva grandeza.²²

3. *Latinoamericanismo versus sajonismo*

Son dos los pensadores hispanoamericanos que encabezan la reacción frente al expansionismo estadounidense sobre México y sobre Centroamérica: el chileno Francisco Bilbao y el colombiano José María Torres Caicedo. Ambos insisten en reclamar para la región la unidad que había intentado Simón Bolívar. Integración en la libertad, entonces más necesaria frente a la ya abierta agresión de Estados Unidos; frente a los intentos de esta nación por ocupar el “vacío de poder” dejado por los imperios español y portugués en América. Ambos pensadores dan a esta nueva región un nuevo calificativo: el de latina. Bilbao empieza a hablar de la América Latina, y Torres Caicedo lo hace más abierta y ampliamente. Lo latino visto como expresión de la identidad de los pueblos que forman la región, en oposición a la identidad de los pueblos que al norte de esta América forman los Estados Unidos. Frente a la América que quiere hacer valer su derecho a la posesión de la región, partiendo de la supuesta superioridad de su raza. La raza blanca, que cuidadosamente trata de no mezclarse con raza o cultura alguna, pues supone que esa mezcla anula la innata superioridad de la propia. Frente a lo sajón está lo latino. Frente a la supuesta superioridad de la raza sajona se afirmará la universalidad de la latina. La universalidad y, por ello, superioridad de una raza que no considera la mestización como contaminación que anula lo superior, sino como enriquecimiento que una raza y una cultura recibe de otras razas y culturas. Lo latino, más que un calificativo de carácter racial es un calificativo cultural. El sajón teme mestizarse porque considera que tal mestizaje rebaja su supuesta superioridad. El latino no teme al mestizaje porque es a través del mismo que enriquece su sangre y la cultura, expresión de esta sangre.

Es en este sentido que el latinoamericano reivindica para sí mismo el pasado ibero, español y lusitano que ha heredado, a su vez, la capacidad para el mestizaje racial y cultural de la madre de toda latinidad, Roma. El latinoamericano, que así empezará a ser llamado a partir de este enfoque, hace suyo el pasado ibero, que no temió al mestizaje y que, al mestizarse, dio origen a una América extraordinariamente rica

²²Lucas Alamán, en *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, México, UNAM, 1972.

y abierta a la más auténtica universalidad. Se rechaza el calificativo de español o ibero, por lo que éstos tienen de limitativo, por su alusión al dominio colonial impuesto por esa raza, pero hace suyo el espíritu que es propio del mundo latino, espíritu abierto a lo universal desde los lejanos días de Roma, abierto a todas las razas y culturas. Lo latino, lejos de ser inferior a lo sajón, le es extraordinariamente superior. Superior porque no resta sino suma, hace suyas las diversas expresiones de lo humano. Adopción de un calificativo que será, a su vez, presentado como opuesto al uso que de él hará, en esos días, la Francia de Napoleón III para justificar su propio expansionismo. Nada con Estados Unidos de la doctrina Monroe, pero tampoco con la latinidad en cuyo nombre Francia invadió a México, en 1862.

De la superioridad del espíritu latino hablará Francisco Bilbao al poner en la balanza de la historia los frutos de la América Latina al lado de los del sajónismo estadounidense.

Ustedes —dice, hablando a los estadounidenses— sois los hijos de los primeros hombres de la Europa moderna [...] Recibíais una educación viril, que era la idea y la práctica de la soberanía [...] Los hijos de Penn y Washington hicieron época, cuando reunidos en congreso proclamaron la más grande y bella de las constituciones existentes y aun antes de la revolución francesa [...] El libre pensamiento, el *self-government*, la franquicia moral y la tierra abierta al emigrante [...] Todo creció: riqueza, población, poder y libertad. Derribaron selvas, poblaron los desiertos y recorrieron los mares. Despreciando tradiciones y sistemas y creando un espíritu devorador de tiempo y espacio, han llegado a formar una nación, un genio particular. Volviendo sobre sí mismos y contemplándose tan grandes, han caído en la tentación de los titanes, creyendo ser los árbitros de la tierra y aun los competidos del Olimpo [...] No abolieron la esclavitud de sus estados, no conservaron las razas heroicas de sus indios, ni se han constituido en campeones de la causa universal, sino del interés americano, del individualismo sajón. Se precipitan sobre el sur, y esa nación que debía haber sido nuestra estrella, nuestro modelo, nuestra fuerza, se convierte cada día en una amenaza de la autonomía de la América del Sur.²³

La América sajona es la poderosa región del Continente que de sus extraordinarias virtudes ha hecho instrumento de poderío que aspira a la hegemonía universal. La América Latina, por el contrario, que ha entrado en la historia bajo el signo de esclavitud colonial, dominada por las fuerzas más negativas de la historia moderna, ha tenido que luchar contra el propio pasado impuesto. Contra fuerzas que extendieron

²³ Francisco Bilbao, *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*, México, UNAM, 1978 (Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 3).

una piedra funeral sobre el continente, y sobre ella pusieron el peso de dieciocho siglos de servidumbre y decadencia. A “pesar de ello hubo palabra, hubo luz en las entrañas del dolor, y rompimos la piedra sepulcral, y hundimos esos siglos en el sepulcro de los siglos que nos habían designado”. Nosotros hemos tenido que hacer todo desde el principio; sin experiencia de libertades, crear libertades; sin experiencia de soberanía, establecer la soberanía de los pueblos. Es en este sentido que el aporte de la América Latina es superior al aporte de los ricos herederos de la América Sajona.

Hemos tenido que despertar a las masas a riesgo de ser sofocados con la fatalidad de su peso, para iniciarlas en la vida nueva, dándoles la soberanía del sufragio. Hemos hecho desaparecer la esclavitud de todas las repúblicas del Sur, nosotros los pobres y vosotros los felices y los ricos no lo habéis hecho, hemos incorporado e incorporamos a las razas primitivas, formando en el Perú la casi totalidad de la nación, porque las creemos nuestra sangre y nuestra carne, y vosotros las extermináis jesuíticamente. Vive en nuestras regiones algo de esa antigua humanidad y hospitalidad divinas; en nuestros pechos hay espacio para el amor del género humano. No hemos perdido la tradición de la espiritualidad del destino del hombre. Creemos y amamos todo lo que une; preferimos lo social a lo individual, la belleza a la riqueza, la justicia al poder, el arte al comercio, la poesía a la industria [...] No vemos en la tierra, ni en los goces de la tierra, el fin definitivo del hombre; y en negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentra en nosotros el respeto que se debe al título y a la dignidad de ser humano.

En ninguna forma los hombres que se declaran latinos son inferiores a los hombres de raza sajona. Lo latino, más que una raza, es una actitud, es la expresión de la capacidad del hombre para reconocer la humanidad de otros hombres y hacer reconocer la propia. Es esta actitud la que ha hecho de esta región de la América, expresión de posibilidad de lo humano en su más alto sentido. Frente al egoísmo, la universalidad en que todo lo humano tiene cabida. Bilbao agrega: “He aquí lo que los republicanos de la América del Sur se atreven a colocar en la balanza, al lado del orgullo, de las riquezas y el poder de la América del Norte.” Es este espíritu el que debe ser fortalecido oponiéndose al egoísmo voraz que amenaza a la región.

Así, el latinismo es enfrentado al sajonismo, pero también al latinismo como expresión de un nuevo expansionismo, como lo entendía la Francia de Napoleón III. Esta América está contra todo imperialismo, venga de donde viniera. Bilbao, hombre de su tiempo, hace expreso este repudio. Repudio contra el viejo dominio hispano, contra el neoimperialismo sajón, el imperialismo ruso que ya se disputa el dominio de

Europa y contra el imperialismo francés que quiere su tajada en el reparto del mundo.

En París, en junio de 1856, Francisco Bilbao lanza la idea de una Confederación de Repúblicas de la América del Sur, de acuerdo con la vieja propuesta de Simón Bolívar, y para ello convoca a un Congreso. En esta iniciativa recoge ideas en boga en la Francia de ese tiempo, pero dándoles otra connotación: la adecuada realidad de esta nuestra región en América. También, como los franceses, ve a esta región amagada por dos imperialismos. Eliminado el imperialismo español, son dos los que se aprestan a ocupar el vacío que poder dejado por Iberia: Estados Unidos y Rusia.

Vemos —dice— imperios que pretenden renovar la vieja idea de la dominación del globo. El imperio Ruso y Estados Unidos, potencias ambas colocadas en las extremidades geográficas, así como lo están en las extremidades de la política, aspiran, el uno por extender la servidumbre rusa con la máscara del paneslavismo, y el otro la dominación del individualismo yankee.

Pero hace una distinción que será la clave de la adopción que hará del latinismo:

La Rusia está muy lejos, pero Estados Unidos está cerca. La Rusia retira sus garras para esperar en la acechanza; pero Estados Unidos las extienden cada día en esa partida de caza que han emprendido contra el sur. Ya vemos caer fragmentos de América en las mandíbulas sajonas del boa mannetizador [...] Ayer Texas, después del Norte de México y el Pacífico saludan a un nuevo amo. Hoy las guerrillas avanzadas despiertan el Istmo, y vemos a Panamá, esa futura Constantinopla de la América, vacilar, suspendida, mecer su destino en el abismo y preguntar: ¿seré del sur, seré del norte?²⁴

Es en este sentido que Bilbao califica a su región de latina, diciendo: “He ahí un peligro. El que no lo vea, renuncia al porvenir. ¿Habrá tan poca conciencia de nosotros mismos, tan poca fe en los destinos de la raza latinoamericana, que esperemos a la voluntad ajena y a un genio diferente para que organice y disponga nuestra suerte?” Bilbao cree que la América, de raza latina, puede dar una respuesta original al reto que representa la irresistible expansión de la América Sajona. Expresión de la misma, lo es la presencia del filibustero estadounidense William Walker; primero al norte de México, después en Centroamérica. “Walker es la invasión —dice Bilbao—, Walker son los Estados Unidos. ¿Esperaremos que el equilibrio de fuerza se incline de tal modo al otro lado, que la

²⁴ Francisco Bilbao, *La América en peligro*, Santiago de Chile, 1862.

vanguardia de aventureros y piratas de territorios, llegue a asentarse en Panamá, para pensar en nuestra unión?" La caída de Panamá habrá de ser el inicio del dominio del resto del continente que empieza a ser denominado latinoamericano. "Entonces veríamos cuál sería nuestro destino en vez de la gran unión del continente." El paneslavismo no es para Bilbao un peligro para esta América, como lo es para la Europa de esos días; más peligroso es el pansajonismo encabezado por Estados Unidos. "Sabemos –dice Bilbao– que Rusia es la barbarie absoluta, pero Estados Unidos olvidando la tradición de Washington y Jefferson son la barbarie demagógica." Bilbao tampoco hace suyo el panlatinismo de Napoleón III; la latinidad para Bilbao tiene otro sentido, el de unidad de la región para la resistencia al expansionismo imperial de Estados Unidos. Bilbao se enfrenta al panlatinismo de Napoleón III cuando invade México:

Si la Francia no es responsable de la agresión a México, entonces –pregunto– ¿qué pueblo es ese que permite a un bandido que tome su bandera para sembrar al mundo en la matanza? [...] Francia que tanto hemos amado, ¿qué has hecho... traicionar y bombardear a México? México había llegado, al fin, al momento supremo de su regeneración: lo sumerge de nuevo en los horrores de la guerra, en alianza de frailes y traidores y colocar sobre las ruinas de Puebla la farsa del imperio.²³

Nada de panlatinismo, sólo el calificativo de latina para esta región del Continente Americano para defenderse, unido frente a la agresión del nuevo imperialismo.

En 1857, el colombiano José María Torres Caicedo publica un gran poema que titula *Las dos Américas*. En una de sus partes escribe:

Más aislados se encuentran, desunidos,
Estos pueblos nacidos para aliarse:
La unión es su deber, su ley amarse:
Igual origen tienen y misión;
La raza de la América latina,
Al frente tiene la sajona raza,
Enemiga mortal que ya amenaza
Su libertad destruir y su pendón.

¡Unión! ¡unión! reclama el colombiano, frente a la presencia imperial del norte sajón. Violenta será también su protesta frente a la presencia del filibustero estadounidense William Walker en Cen-

²³Francisco Bilbao, *Op. cit.*

troamérica, concretamente en Nicaragua: por ello ha escrito en su poema:

¡El norte manda sin cesar auxilios
A Walker, el feroz aventurero,
Y se amenaza el continente entero,
Y se pretende darnos un señor!²⁶

En muchos otros trabajos, Torres Caicedo habla de la América Latina agredida por la América Sajona. Denuncia la agresión y pide la unión de esta América. En 1856, al denunciar la agresión estadounidense en Centroamérica, dice: “Ya es un hecho que el presidente Buchanan ha reconocido al gobierno de Walker: la raza española está en vísperas de ser absorbida en América por los anglosajones.” En otros lugares usa indistintamente América Española y América Latina. Sigue así a lo largo de múltiples escritos, pero insistiendo, cada vez más, en América Latina. En 1886:

Escribe para mí, colombiano, que amo con entusiasmo mi noble patria, existe una patria más grande: la América Latina [...] Hay hombres que califican de utopía el pensamiento fecundo de Bolívar de formar una confederación latinoamericana. Los que así hablan olvidan la historia de estos países. No sería trabajo perdido hacer la historia de las fases por las que ha pasado la idea concebida por el Libertador Bolívar, de reunir las Repúblicas de la América Latina.

Torres Caicedo es consciente de que el calificativo adoptado puede no ser correcto históricamente, pero encuentra que el mismo permite dar una denominación común a los pueblos de esta región. En 1875 escribe, “hoy vemos que nuestra práctica (la del nombre América Latina) se ha generalizado; tanto mejor”.²⁷ Es un término que se refiere a una actitud, a la de un conjunto de pueblos que han de enfrentarse a la expresión sajona. ¿Calificativo racial? No, aunque se hable de raza. En todo caso, se trata de una raza peculiar, capaz de asumir todas las expresiones, no sólo étnicas, sino también culturales de la humanidad.

4. América para la humanidad

Casi al término del pasado siglo XIX, los Estados Unidos, concluida la división entre los llamados Estados del norte y los del sur; asimila-

²⁶En Arturo Ardao, *Op. cit.*

²⁷*Op. cit.*

das igualmente las tierras que habían tomado a México en la guerra de 1847, alcanzada la última frontera en su marcha hacia el oeste, se preparaban a marchar hacia el sur, sobre el Pacífico, el Golfo de México, las Antillas y Centroamérica. El “América para los americanos” –esto es, para los estadounidenses–, de James Monroe resultaba la doctrina adecuada para justificar su nueva expansión. Nuevas fronteras eran señaladas como meta. Por un lado se empezó a hablar de la expulsión del imperialismo europeo de sus enclaves en América, en especial en el Caribe. ¡Fuera de las Américas las potencias no americanas! ¡Fuera de América los últimos baluartes del colonialismo español, inglés, francés y holandés! Estados Unidos sería líder de una América unida bajo y en torno a sus intereses. Cualquier otro tipo de unidad que no respondiese a estos intereses sería de inmediato desechado. Fue por ello que los delegados estadounidenses enviados al Congreso de Panamá, convocado por Bolívar, llevarían instrucciones para torpedear cualquier intento de integración latinoamericana que no fuese controlada en el futuro por Estados Unidos. Se trataba, también, de impedir cualquier intento por llevar la gesta bolivariana de liberación a las Antillas, como a Cuba. Cuba debería reservarse como futura presa estadounidense. En tal sentido se enfocarán los esfuerzos del expansionismo estadounidense al término del siglo XIX. Se enfrentan en primer lugar a España, para expulsarla de sus últimas posesiones en América, en el Caribe.

Pero antes de iniciarse esta nueva expansión del imperialismo estadounidense, se intenta poner en marcha el nuevo ideal de unidad americana bajo control de Estados Unidos: el Panamericanismo. Se consideró que ésta sería una empresa fácil en una Latinoamérica dividida, complejada, en vista de que muchos de sus conductores políticos soñaban con ser otros Estados Unidos, o, al menos, ser parte de los mismos, como la mejor forma de salir del error histórico que en su opinión había significado el colonialismo ibero. Pese a ello, el ideal bolivariano seguía siendo una preocupación latinoamericana, así se había expresado en la “Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas”, del chileno Francisco Bilbao, escrito en 1856, y en el “Estudio sobre la idea de una Liga Americana”, del panameño Justo Arosemena, en 1864. Preocupaciones que respondían a su vez a dos nuevos intentos de anfictionía bolivariana en el Primer Congreso de Lima, reunido entre 1847 y 48 y en el Segundo Congreso, también en la misma capital, en 1864. Pero la discordia reinante entre las naciones latinoamericanas había impedido el éxito de los nuevos esfuerzos, como la Guerra del Paraguay, entre 1865 y 1870, y la del Pacífico, entre 1879 y 1883. La unión de los pueblos latinoamericanos seguía siendo una lejana utopía. El desencanto y la búsqueda de nuevos modelos pareció favorecer el intento panamericano promovido por Estados Unidos.

En septiembre de 1889, Estados Unidos convocó, en la ciudad de Washington, a la Primera Reunión Panamericana. La convocaba el senador James G. Blaine, personaje corrupto de la política estadounidense, insistente aspirante a la presidencia de su país. Veía en esta reunión un buen instrumento para sus insistentes manipulaciones políticas en relación con sus aspiraciones. En la supuesta unión panamericana, la de Estados Unidos con los países al sur de sus fronteras, se podía encontrar un buen instrumento para esas manipulaciones. La política internacional vista en función de los negocios y para la manipulación dentro de la misma política de la nación que aspiraba a ser la metrópoli del llamado Mundo Occidental. A esta reunión asistirá el cubano José Martí, como cronista del diario *La Nación* de Buenos Aires. Al respecto, escribiría:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso que el convite que Estados Unidos, potentes, repletos de productos in vendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menor poder, ligados por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa y cerrar tratos con el resto del mundo.

Martí, como antes Bolívar, prevenía a esta Nuestra América de las acechanzas del joven y poderoso imperio que empezaba a imponerse. “De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia”.²⁸

Libre de la dependencia hispana, la América Ibera estaba ya cayendo en las garras de la nueva dependencia, de la cual había que salirse a tiempo.

De diversas partes de esta otra América llegaron varios representantes. “Unos venían de Europa a presentar sus credenciales al Congreso que llaman aquí de Pan-América, —escribe Martí— aunque ya no será de toda”, ya que algunos países que habían tenido trato con Estados Unidos, miraban con desconfianza la reunión. “Las entrañas del Congreso están como todas las entrañas donde no se las ve.” Martí relata y describe a varios de los asistentes que llegan con poderes para comprometerse si es necesario; entre ellos, destacados representantes de la lejana Argentina: don Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña. Blaine, en un banquete, brinda “¡A la amistad perpetua y la prosperidad de to-

²⁸ José Martí, *Congreso Internacional de Washington*, Buenos Aires, 1889, en *Obras Completas*, La Habana, 1947, t. II.

dos los Estados Americanos.” Pero ya en la misma inauguración surge la oposición: “Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana, de la Argentina y Varas y Alfonso, de Chile, capitanearon el ataque contra Blaine con la simpatía y ayuda de muchos otros delegados”, contra “el conato de poner de presidente a Blaine, en un Congreso del que Blaine no es miembro”. Toman conciencia de la manipulación sobre la América Ibero con el pretexto de unificar los intereses de las Américas en relación con los intereses de Estados Unidos y los concretos de Blaine. La prensa habla del Congreso de Blaine, algunos hablan de Destino Manifiesto y declaman sin empacho. “Ya es nuestro el Golfo”. Ahora bien, ¿cómo integrar los intereses de esta nuestra América con los de Estados Unidos?, se pregunta Martí. La América Latina

...frente a la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás y no se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar con la intimidación sus tratos con el resto del Universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no pueden vender, y confederarse para su dominio.

Martí sabe que pronto va a llegar el día de la expansión sobre Nuestra América, una vez que el Coloso acabe de digerir lo arrebatado a pieles rojas y a los mexicanos en su marcha hacia el sur y el *Far West*. La digestión ya estaba terminando, el Congreso en Washington tenía ahora que servir de justificación para alcanzar nuevas fronteras, ahora sobre la América Latina, sobre el Golfo y el Pacífico e, inclusive, como diría algún entusiasta publicista, en la marcha “hacia las estrellas”, que así aumentarían las de su estandarte. Se habló ya de la caduca Europa, cuyas posesiones debían pasar a esta “América para los americanos”, para los estadounidenses. Estados Unidos tendría ahora que tutorear el desarrollo de la otra América. “Tutores en la juventud, amos en la madurez”, había ya dicho Bolívar.

Chocaron los latinoamericanos con los astutos estadounidenses. En estos choques serán los argentinos los que pongan, en especial, los puntos sobre las fes. Martí relata la contienda que allí se desata por los ya alertados latinoamericanos que se han dado cuenta de la trampa. “¡Pues la delegación del Norte no ha de parecer burlada por esa gente del sur—dicen los defraudados estadounidenses—. Por arte, o por intimidación, hay que sacar los tratados de arbitraje”. Argentina se mantiene firme en lo que respecta al proyecto de arbitraje que se pretende imponer en las naciones de esta América. Se plantea allí una declaración contra la conquista.

En Nuestra América –dice comentando Martí– no puede haber Caínes. ¡Nuestra América es una! Pero la otra América se negó a firmar el proyecto que declara “eliminada para siempre la conquista del derecho público americano”. Estados Unidos, a regañadientes aceptaban que sólo sea por veinte años.

¿Por qué esta negativa? Los estadounidenses explicaron que de otra manera, México podía reclamar los territorios perdidos por la guerra de conquista realizada en 1847 por Estados Unidos. La Comisión, pese a Estados Unidos y sin ellos firmó la declaración contra la conquista. En la asamblea general todos los representantes latinoamericanos votan contra la conquista, salvo Estados Unidos, que insisten con un rotundo no. No se trata, dice un delegado argentino, queriéndolos convencer, de reabrir culpas pasadas, sino de impedir que los pueblos de América se manchen con nuevas culpas. Presionando a su vez Quintana por otros latinoamericanos, acepta sea sólo por veinte años y se vota así unánimemente. Latinoamérica empieza a ser manipulada. En otra discusión sobre arbitraje, el argentino Roque Sáenz Peña enfrentaría la tesis de Monroe, “América para los americanos”, con un “¡Sea América para la humanidad!”²⁹ Era una protesta contra el aislacionismo que en beneficio de sus intereses proponía Estados Unidos. La doctrina Monroe convertía a la América Latina en el traspatio de sus intereses, mientras los mejores hombres de esta misma América pugnarán por hacer de ella un crisol abierto a toda humanidad. Crisol, raza cósmica, como lo expresaría años después el mexicano José Vasconcelos. El primer encuentro había terminado. Pese a la desconfianza se había impuesto la creación de una pequeña oficina con sede en Washington, que sería años después la Unión Panamericana, y actualmente la Organización de Estados Americanos. Nada tenía que ver el panamericanismo con el ideal bolivariano que aspiraba a unir a esta América y, a partir de esta unidad, a la América con el resto de la humanidad.

“América para la humanidad”, sería la respuesta latinoamericana a la “América para los americanos” propuesta por la América Sajona. El pensamiento latinoamericano, que así ya debe calificarse, hace suyo este ideal latino de un mundo abierto a todas las expresiones de lo humano. Así lo expresa José Martí que en su ensayo *Nuestra América* ha descrito una América de múltiples expresiones raciales y culturales; dice también: “Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina.”³⁰ El uruguayo José En-

²⁹ José Martí, *Op. cit.*

³⁰ José Martí, *Nuestra América*, México, UNAM, 1978 (Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 7).

rique Rodó, que condena en la “nordomanía” la pretensión de una generación de pensadores y educadores de esta América para hacer de ella otros Estados Unidos, una servil imitación de la América Sajona, habló de América Latina y de “...la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte”. Una idea que flota ya sobre el sueño de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir. Pero es aceptando como superiores los valores de una determinada raza o pueblo que se acepta la subordinación a ellos y sus intereses. “Tenemos nuestra *nordomanía* –dice– es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consumo”.³¹

Lo latino es visto como expresión del genio de esta región, como expresión de una actitud que más que racial es cultural. El genio propio de algo que es más que una raza; la latinidad entendida como capacidad para unir las pluralidades propias del hombre en sus múltiples expresiones, que hacen posible la humanidad. En este sentido toman también el calificativo de latino los miembros de una generación que ya se llamará a sí misma latinoamericana, entre los que se destacan José Vasconcelos, Alfonso Reyes, José Ingenieros, Manuel Ugarte y otros muchos a lo largo de esta América. Lo latino, no como negación de lo español o ibero, sino como algo que les es común; pero sí como lo opuesto al sajonismo imperial. Lo latino como signo de un nacionalismo continental y antiimperialista.

México, D. F., 1988

³¹José Enrique Rodó, *Ariel*, Montevideo, 1900.

VIII. CONVERGENCIA Y ESPECIFICIDAD DE LOS VALORES CULTURALES

La UNESCO, a partir de la elaboración de diversos estudios regionales sobre la expresión cultural de los pueblos que forman las diversas áreas del planeta, Europa, Asia, África y América Latina, consideró necesaria una nueva investigación en la que se pudiesen de manifiesto las peculiaridades que dan sentido a la cultura de cada área y a partir de ello la convergencia de sus expresiones. Especificidad y convergencia, lo concreto y lo universal. Concreción a partir de la cual y en relación con las convergencias existentes, se podría realizar un análisis que hiciese patente la universalidad de la cultura. Pero no ya la universalidad como simple abstracción; no la abstracción que hace de una cultura dominante, signo de lo universal. Se trata, por el contrario, de partir de lo específico, de lo peculiar, de las diversas expresiones culturales de los hombres y pueblos que han habitado y habitan el planeta. Tanto de lo hecho por la historia, como de lo que está por hacerse: el proyecto. A partir de tales hechos, destacar la convergencia de sus peculiaridades. Convergencia de la que ha de abstraerse una más plena y auténtica universalidad. La universalidad que parte de lo particular, y que por serlo, iguala a hombres y pueblos entre sí. Todo hombre, como todo pueblo, es igual a otros hombres y otros pueblos por poseer, precisamente, una peculiaridad; la cual no implica el rechazo de otras peculiaridades, sino un esfuerzo para su comprensión que ha de ser mutua; iguales por ser distintos, divergentes, peculiares; pero no tan peculiares que no puedan comprenderse entre sí y elaborar, a partir de esta comprensión, proyectos que, sin menoscabo de lo propio, permitan un mayor enriquecimiento de la propia peculiaridad y su participación en tareas comunes.

La historia de la cultura, vista desde esta perspectiva, nos muestra la limitación de una supuesta universalidad que parte, no ya de la comprensión entre sus múltiples creadores, sino de la imposición o el dominio de unos sobre otros. La convergencia la impone la fuerza como expresión de desigualdad, lo que hace de unos hombres o pueblos, instrumento de los intereses, peculiaridades de otros. Esos otros hacen de lo propio, lo específico, arquetipo fuera del cual se está en la barbarie. La barbarie como la entendía la Grecia clásica, como el balbucear, el tartamudear la cultura por excelencia, la supuesta cultura universal. Cultura

universal y cultura marginal que es simple remedo de cultura por excelencia. Al partir de esta interpretación, la ineludible aceptación del dominio como paternalismo o dependencia de unos hombres en relación con otros. Relación que conduce a la dialéctica que Hegel captó en la historia, en la relación amo-esclavo, señor-siervo. Dialéctica que induce al dominado a romper con la dominación impuesta, para imponer la propia en una cadena sin fin, expresada en las guerras que han azotado a la humanidad, a través de su ya larga historia, a la que habrá que poner fin.

De allí la importancia de estudios como los aquí presentados. Estudios que hagan de lo específico, de la creación cultural de todos y cada uno de los pueblos que forman la humanidad, el punto de partida para captar los puntos de convergencia de los mismos y, a partir de esta convergencia, destacar lo que de universal tienen estas expresiones específicas. La universalidad a partir de la comprensión y respeto de las peculiaridades expresadas, la comprensión como punto de partida de proyectos que no descansen ya en relaciones verticales de dependencia, sino en relaciones horizontales de solidaridad. La UNESCO cumple con tareas como ésta, con la misión que le ha sido encargada, la búsqueda de la paz por la vía de la comprensión que han de guardar entre sí hombres y pueblos.

Tal es lo que se viene buscando en los estudios sobre la cultura en las diversas áreas de los pueblos que son parte de la UNESCO: África, América Latina, países árabes, Asia, la región del Pacífico y Europa. Estudios de los que habrá de derivarse lo que la noción "persona humana" significa en este contexto universal. Esto es, la persona humana como suma de lo peculiar, de las múltiples identidades de los hombres. Se proyecta, al término de estos trabajos, la elaboración de un documento síntesis en que se hagan expresas las convergencias y divergencias, lo universal como expresión de la obligada interrelación de hombres y pueblos y la peculiaridad de los mismos, que como expresión de su ineludible personalidad, tiene cada uno de ellos.

Bajo la coordinación del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (CCYDEL), bajo mi responsabilidad, se pusieron en marcha los estudios referentes a la América Latina, bajo la denominación "Convergencias y especificidades de los valores culturales en América Latina y el Caribe". Se encargaron seis estudios en que se realizan los análisis de las seis zonas en que se ha dividido la región: Países andinos, América Central, Brasil, Cuenca de la Plata, México y el Caribe. Estudios a cargo de seis expertos, uno en cada zona, conocedores de la región encomendada. En ellos se han tratado de identificar los valores culturales de los diferentes pueblos que se establecieron en cada región, junto con sus experiencias y su ineludible encuentro con otras culturas, así como el resultado de tales encuentros en el transcurso de

los siglos en cada zona estudiada. Pero buscando también situar toda la experiencia histórica en la realidad cultural contemporánea. Ya que ha sido, también, preocupación central de la UNESCO ver el pasado en relación con el presente y lo que de ello puede deducirse para el futuro. Un futuro que se quiere sea más justo como resultado de estos esfuerzos, a partir de la mutua comprensión entre hombres y pueblos. El criterio general para estos trabajos fue el establecido en la reunión de expertos, realizada en la ciudad de Lima, Perú, entre los días 27 de noviembre y 1o de diciembre de 1967, convocada por la UNESCO, y que será punto de partida de los trabajos sobre la cultura de la región denominada América Latina. Se trata –se estableció allí– de no realizar una nueva historia de la cultura, la literatura, el arte y la sociedad de Latinoamérica, sino de captar el sentido actual de sus expresiones en relación con la realidad que las ha originado. Por ello, a) Se entenderá que las diferentes expresiones de la cultura latinoamericana, son consecuencia de la sociedad que las expresa y, por lo tanto, aconsejan su estudio, vinculándolas interdisciplinariamente en el marco de una historia social de la cultura. b) Se pondrá énfasis en la expresión de la cultura contemporánea, entendiendo que la cultura implica lo social y que la sociedad es el resultado de la evolución histórica de ritmos muy variados. Por ello se recomienda buscar en cada caso específico, la perspectiva histórica adecuada que ayude a la explicación de determinadas maneras de presentarse las expresiones contemporáneas de la cultura. c) En virtud de las consideraciones anteriores, se recomienda especialmente no caer en una simple indagación de tipo histórico tradicional, que haga peligrar el estudio con el propósito desmedido de buscar los orígenes más remotos.

El trabajo que ahora se presenta será el punto de partida de otros trabajos que vayan estrechando la convergencia cultural buscada, sin sacrificio de lo específico, y ha sido realizado dentro de las recomendaciones establecidas. Los responsables de cada uno de los estudios, provienen de las diversas áreas de interpretación cultural: la filosofía, la historia, la antropología y la sociología. El enfoque en el área encargada, ha sido realizado dentro de esta especial perspectiva, sin menoscabo de la interpretación global que se deduzca de su totalidad. Se cumple así con la recomendación interdisciplinaria que permita realizar posteriores trabajos de conjunto de acuerdo con las metas propuestas.

Estos trabajos, pese a la diversidad de sus enfoques disciplinarios y regionales, hacen patente un problema central, el problema de la identidad local y regional; el problema de la identidad de grupo, nacional y latinoamericana. En el continente, incluyendo el Caribe de habla hispana, se parte ya de una cierta unidad cultural, la que a lo largo de tres siglos le impuso la dominación ibera, la dominación española y portuguesa. Pero en el Caribe se agregan otros dominios, los propios del im-

perialismo inglés, francés y holandés. Ambas regiones tienen en común la conciencia de su relación de dependencia con los diversos centros de poder. Y a partir de esta conciencia, la preocupación por la propia identidad. En la América ibérica la cultura recibida es vista como punto de partida para afianzar la propia identidad nacional y de toda la región, la latinoamericana. Simón Bolívar, en la *Carta de Jamaica* escribe el porqué: “Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse”. En el Caribe, decía, además de la presencia cultural ibérica, está la de Francia, Inglaterra y Holanda, lo cual no ha impedido que se haga consciente la común relación de dependencia y, como consecuencia, una obligada conciencia de solidaridad con la América ibérica, tal como ya se expresó en la colaboración que Haití ofreció al mismo Bolívar en su lucha por liberar el continente.

Por lo que respecta a la América Ibérica o Latina, el problema de la identidad es enfocado a partir de las peculiares experiencias de las regiones que han tomado conciencia del problema. Diverso es el enfoque que se hace en México, Centroamérica y la región andina. Región de población sedentaria creadora de extraordinarias culturas con las que se encontraron sus descubridores, conquistadores y colonizadores. Las culturas como la maya, la azteca y la inca. Culturas que la expansión colonial ibérica, a lo largo del siglo XVI, diversa de la expansión de la Europa occidental en el siglo XVII, trató de borrar, ya que su expansión estaba animada y justificada por un proyecto cultural, el de la cristianización mediante la evangelización de la región. Proyecto que era la continuación de la reconquista de la Península Ibérica bajo dominio del Islam. Se trataba de incorporar al cristianismo las vastas regiones descubiertas de la Tierra. Otro fue el sentido de la expansión de la Europa Occidental sobre la América del Norte y el Caribe, realizada sobre tierras de población nómada o de débil constitución étnica, como la del Caribe. Aquí la población era vista como parte de la flora y la fauna por explotar o destruir, según conviniese o no al proyecto económico de la misma.

La expansión colonial de la Europa Occidental, centralmente sajona, va a chocar con la que se originó en la llamada América Latina, llamada así como contraposición a la sajona, al plantearse el problema de su identidad. Problema que se planteó en México, Centroamérica y los Andes, así como en la gigantesca extensión brasileña y la llanura venezolana, pero con mayor fuerza en la región del Río de la Plata. En el Altiplano, el problema lo determina la relación que guardan las culturas y naciones indígenas, naciones sedentarias, conquistadas y cristianizadas, sometidas al dominio de los intereses y la cultura de sus conquistadores. Diversa de la relación con pueblos nómadas más semejante a

la colonización de la América del Norte bajo dominio francés e inglés. Diferencias y semejanzas que se expresarán en los enfoques respecto al problema de identidad. Distinto en el altiplano desde la región rioplatense, como se verá en los trabajos aquí presentados.

El problema de la identidad se hace ya expreso en el mismo momento del choque o encuentro de Europa y América; y se manifiesta en la literatura en que se hace patente la conciencia del conquistador que se sabe subordinado a la Corona y la Iglesia; más tarde en el criollo descendiente de los conquistadores y colonizadores. Pero más aún en el mestizo que resulta de la unión de diversas etnias, no sólo indígenas, sino también africanas y asiáticas, como se ve en el Brasil y en el Caribe. El problema de la identidad se agudiza hasta exigir una pronta solución con el inicio de la lucha de liberación de Latinoamérica frente a sus metrópolis en la Península Ibérica. Simón Bolívar expresa magistralmente este problema en el *Discurso de Angostura*:

no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado.

El problema se vuelve a plantear con la mayor agudeza al lograrse la independencia política, presentándose el problema de la creación de un orden que sustituya al impuesto por la Colonia. Problema de identidad planteado por el argentino Domingo Faustino Sarmiento en su libro *Conflicto y armonía de las razas en América*:

¿Qué somos? –pregunta– ¿Europeos? ¡¡tantas caras cobrizas nos desmienten! ¿Indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la respuesta. ¿Mestizos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. ¿Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimientto?

Bolívar y Sarmiento se enfrentan a un problema común, el de la dominación española, pero el problema tiene soluciones diversas. Soluciones que explican la problemática actual respecto a la identidad de los pueblos de la región, como punto de partida para situarse en el contexto de la historia universal de la humanidad.

El conquistador y colonizador ibérico fue extraordinariamente abierto al mestizaje étnico, pero opuesto abiertamente al mestizaje cultural. Traslada a la América la experiencia de la Península, por lo que no pone obstáculos al mestizaje racial, ayer con el moro, después con el indígena, pero no así al mestizaje cultural, aunque éste resulte inevi-

table, como en América, donde la resistencia a tal mestizaje será absoluta. Valores culturales irreconciliables tanto en la Península como en América. Mestizaje que lejos de enriquecer al que lo realiza, lo degrada; corrompiendo lo valioso por excelencia. El ibero está dispuesto a redimir al moro, como lo está a redimir al indígena en América. Pero redimir quiere decir rescatar de las garras del mal, del demonio, expreso no ya en la sangre y carne del que ha de ser redimido como en la cultura de éste. Debe ser incorporado a la nueva fe, y para ello deberá renunciar a la de sus mayores. Los evangelizadores hablaban de la redención total del continente, redención bajo el signo de la cruz con la espada del conquistador al servicio de la misma. El indígena, después de la conquista, quedará encomendado a los fieles representantes de la verdadera religión. El indígena, por su cultura, queda sometido bajo la dependencia de su conquistador y colonizador.

Pero dependencia que, a su vez, le marcará étnicamente al indígena en su relación con el dominador. La redención no se refiere a su carne y sangre, pero el hecho de que tenga que ser redimido de una cultura considerada demoníaca, hace patente su inferioridad tanto cultural como étnica. Por esta inferioridad, que ya es natural, haga lo que haga, aprenda lo que aprenda, nunca será semejante al señor al que ha sido encomendado para su salvación. El mestizaje racial no eleva la condición del mestizo, ya que la sangre y la cultura indígenas, mezcladas con las del dominador, rebajan la sangre y la cultura del mismo dominador. Rebajamiento que se extiende a todo nacido en la región. “Los americanos –dice Bolívar–, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo”. Frente a esta situación que afecta al americano de la región, cultural y étnicamente, surgirán los proyectos magistrales de Simón Bolívar y de Domingo Sarmiento.

Bolívar acepta la mestización como algo propio de los hombres de la región, mestización cultural y étnica, las cuales, lejos de ser negativas, están dando origen a un peculiar género humano distinto de sus matrices, americana, española o ibera. La América Meridional está formada por pueblos mestizos, cultural y étnicamente, como mestiza lo es la misma Iberia. En el *Discurso de Angostura* dice:

Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter.

De ahí la dificultad de definir la identidad de los pueblos de esta región.

Es imposible asignar con propiedad –agrega– a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia. [¿Qué somos entonces?] Nosotros somos un pequeño género humano –escribe en la *Carta*–; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo, viene en los usos de la sociedad civil.

Bolívar ve en la peculiar realidad de la región, el punto de partida para el surgimiento de un mundo, una expresión de humanidad, en la que el mestizaje, lejos de ser expresión degradatoria de ciertos valores, los enriquece, los universaliza, dando a lo humano una dimensión universal, desconocida.

Distinto será el proyecto de Sarmiento y de la generación de los llamados civilizadores y positivistas que alcanzan su mayor expresión en la región rioplatense, pero también presentes a lo largo de toda nuestra América. Para cambiar la región y pueda ser parte de la civilización cuya antorcha llevan la Europa de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, había que renunciar a esa peculiar identidad de que habla Bolívar, a ese peculiar género humano que se ha originado a lo largo de tres siglos de dominio ibero. Los componentes originales del mestizaje racial y cultural de la región, tanto el español como el indígena y el africano han dificultado y dificultan la incorporación de la región a la civilización. Son expresión de la barbarie por excelencia. Más bárbaro es aún el resultado de ese encuentro, el mestizaje. En la lucha entre el retroceso y el progreso que protagonizaron en la historia universal España e Inglaterra, la primera quedó vencida y puesta fuera de la historia, como está ya fuera de la civilización. Y con ella quedaron fuera los pueblos que heredaron su sangre y mezcolanza de culturas con sangre y cultura inferiores. En América, dice Sarmiento:

Iba a verse lo que produce una mezcla de españoles puros, por elemento europeo, con una fuerte aspersión de raza negra, diluido el todo en una enorme masa de indígenas, hombres prehistóricos, de corta inteligencia, y casi los tres elementos sin práctica de las libertades políticas que constituyen el gobierno moderno". [La inteligencia o cráneo del pueblo español, agrega,] fue atrofiada por una especie de mutilación, con cauterio de fuego [que le impuso la inquisición.] [...] Es de temer que el pueblo criollo americano en general lo tenga más reducido que los españoles peninsulares a causa de la mezcla con razas que lo tienen conocidamente más pequeño que las razas europeas. [...] Los indios no piensan porque no están preparados

para ello, y los blancos españoles habían perdido el hábito de ejercitar el cerebro.

La identidad de esta región no existe entonces, hay que crear una identidad. Sarmiento hacía suyas las corrientes de interpretación étnica y cultural de la Europa del progreso y civilización del siglo XIX, con las cuales justificarían los nuevos imperios su expansión sobre tierras vírgenes, tanto sobre África como sobre viejas culturas en Asia y viejos imperios como el español y el portugués.

De acuerdo con esta interpretación, la redención de que hablaba el coloniaje ibero resulta imposible. Y es imposible, porque ahora se pone el acento en lo étnico, la naturaleza, lo físico del hombre. Hombres y pueblos nacidos por naturaleza para mandar u obedecer; hombres y pueblos para ser utilizados como se utiliza el resto de la naturaleza, flora y fauna de las regiones conquistadas. Hombres y pueblos cuya barbarie no podrá ser superada dada su incapacidad natural para adueñarse y servirse de los instrumentos de la civilización. ¿Qué hacer? En América misma se dio el ejemplo de lo que debe hacerse en Estados Unidos. “El norteamericano —dice Sarmiento— es el anglosajón exento de toda mezcla con razas inferiores en energía, conservadas sus tradiciones políticas, sin que se degraden con la opción de las ineptitudes de raza para el gobierno, que son orgánicas del hombre prehistórico”. No se tiene, entonces, por qué conservar las expresiones de ese pequeño y peculiar género humano que ha surgido en la región. No se puede aceptar como expresión de legítima identidad lo que mantiene a los pueblos de la región en la barbarie, en la prehistoria. Por el contrario, habrá que cambiarla o, al menos, corregirla. ¿Qué debe hacer esta América para seguir los destinos prósperos y libres de la otra? “Nivelarse —contesta Sarmiento— y ya lo hace con las otras razas europeas, corrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la Edad Media”. Habrá que rechazar las expresiones de la colonización española. “Reconozcamos el árbol por sus frutos: son malos a veces, amargos, escasos siempre”. Hay que hacer en esta región lo que se hizo ya en la América del Norte. “Seamos los Estados Unidos de la América del Sur”. Había que crear una nueva identidad rechazando la que fuera impuesta a la región. Renunciando a lo que se ha sido para poder ser otra cosa, todo a través de un amplio proyecto que implica un lavado de sangre y de cerebro, mediante una fuerte emigración sajona y la adopción de los sistemas positivistas y pragmáticos que cambien la mentalidad de los americanos de esta parte del continente.

Dentro de este contexto histórico, en el que se plantea en nuestros días el problema referente a la convergencia y especificidad de los valores culturales en América Latina y el Caribe; la especificidad relativa a una identidad cuya búsqueda y definición ha sido preocupación central

en la definición cultural de la región. En ese contexto adquiere especial interés el Caribe en sus expresiones culturales. El Caribe, puerta de entrada de diversas razas y culturas que pasaron al continente. Lugar de encuentro multirracial y multicultural de diversas regiones de la Tierra. Españoles, ingleses, franceses, holandeses, daneses y alemanes junto con africanos unidos de las diversas regiones de ese gran continente; así como asiáticos, centralmente de la India y China. Gente de toda clase. “Estas islas, –nos dice Edna Brodber autora del trabajo presentado–, propenden a ser comunidades étnicas y culturalmente plurales. Diversidad que, sin embargo, converge en un gobierno central que reconoce sólo una tabla de valores y esos valores son los europeos”. Multiplicidad étnica y cultural, integrados en una tabla de valores culturales, administrativos y políticos impuestos por el centro de poder. Centro de poder también diverso, en relación con el diverso dominio que impusieron a la región del Caribe sus conquistadores y colonizadores: España, Inglaterra, Francia y Holanda. Ha sido en relación con los valores impuestos que el Caribe, sin renunciar a sus originales y peculiares valores culturales, que se ha planteado el problema de la identidad de la región, su definición en relación con el dominio impuesto.

Los valores culturales del dominador tomados como instrumento de liberación política y cultural del dominado. Como el Calibán de la *Tempestad* de William Shakespeare, al usar el lenguaje que le fuera impuesto por Próspero, como instrumento para maldecirlo y, al maldecirlo, poder liberarse de su dominio. Así, el pueblo de Haití, al hacer suyos los valores e ideales que enarbolan sus dominadores franceses en la Revolución de 1789, inicia las guerras de liberación o emancipación del Caribe y el continente bajo dependencia ibérica, y proclama su independencia frente a Francia en 1804. Es la Francia de Bonaparte que ha hecho de las banderas de la Revolución de 1789, instrumento justificativo de su expansión en Europa. Banderas que originan en Haití la respuesta libertaria contra su dominio. La respuesta del continente entero bajo dominio ibero, como reacción al dominio de Napoleón sobre España y Portugal. También en el continente bajo el dominio ibérico, es Francia la que ofrece el instrumental ideológico en la lucha por la emancipación de sus pueblos. Aquí se planteará el problema que implicó la renuncia a un pasado cultural impuesto y la adopción de un futuro que al no ser propio, ha de ser adoptado a partir de la experiencia de otros pueblos y asimilado.

Será también, en el Caribe, en Cuba en 1898, que se dé la última batalla contra la dominación española iniciada en 1810 y concluida en 1824 en el continente. En esta región del Caribe, Estados Unidos se apresuró a ocupar el “vacío de poder” dejado por España e inició su dominio sobre la región. Se habían anticipado en 1847 al mutilar a México y lo intentaron de nuevo en 1856 sobre Centroamérica. En

1898 se iniciaba ya, bajo hegemonía estadounidense, una nueva expansión colonial, el neocolonialismo, que desplazó no sólo al viejo colonialismo español e ibérico sino también al de la Europa Occidental. La doctrina del presidente de Estados Unidos, James Monroe, sostenida en 1893, había sido el anuncio de este desplazamiento. Estados Unidos, modelo del orden que trataban de adoptar las naciones emancipadas del dominio ibero, impondrían sus propias formas de dominio a la región emancipada. Pero será también en el Caribe, en la Habana, Cuba, en 1962, que se haga una declaración de independencia, y de la ideología marxista-leninista, instrumento del proyecto liberador de próceres, como José Martí, al enfrentarse al dominio colonial español en 1898. Para el proyecto de liberación de Martí se hará uso de otro instrumental cultural originado en Europa, como antes se habían servido de la Ilustración, el liberalismo, el positivismo y la constitución estadounidense para liberarse del dominio político y cultural impuesto por viejas y nuevas formas de dominación.

En el continente, a las etnias del indígena dominado y del conquistador, se agregará la africana del negro esclavizado, con lo que se acrecentaron los problemas respecto a la especificidad y convergencia de valores encontrados, mismos que plantearían los problemas de que nos hablan tanto Bolívar como Sarmiento. Los planteamientos serán diversos en relación con los lugares en que se originan, en el altiplano y la llanura; diverso es el encuentro europeo con poblaciones y culturas sedentarias que con el de poblaciones y culturas nómadas. México, la región andina, y en parte Centroamérica, expresan la primera situación como se hace patente en los trabajos referentes a esas zonas. Los españoles se sirven del orden ya establecido en la zona, adecuándolo a sus proyectos. Utilización que se deslinda de la cultura de la que son expresión las formas de orden practicadas. Mezclan su sangre y hacen propio el orden establecido por los indígenas. Pero en lo cultural, juxtaponen los propios valores culturales sobre los dominados. La mezcla cultural se realizará, pese a los esfuerzos hechos para borrar culturas que eran consideradas como contrarias al orden cristiano. Proyecto y experiencia semejante a la de la Península Ibérica como resultado del encuentro de la cultura cristiana con la islámica. Las discusiones en torno a la naturaleza de los indígenas, la humanidad de los mismos, tienden a justificar la manipulación del indígena y el orden por él establecido, como justo pago por su incorporación al orden cultural de sus conquistadores y colonizadores. Néstor Miranda nos dice: "Los españoles instrumentalizan la base económica del ayllu, explotan el oro y la plata con la técnica nativa, y en lo político el beneficiario, con un repartimiento entra a ocupar un puesto que no existe en la estructura social andina". Se busca legitimar el proyecto del conquistador dentro del orden del conquistado. Esta instrumentación que considera Sepúlveda, es sólo

el justo pago que el indígena debe hacer por la salvación de su alma dentro del orden cultural de su dominador. Por ello, “encomenderos o no, los españoles estaban obligados a vivir en los centros desarrollados en los antiguos núcleos precolombinos o en otros, con cierta relevancia económica”, dice Miranda. ¿Qué resulta de esta vergonzante mestización? “Se puede afirmar —sigue Miranda— que en este abigarrado medio social se inicia la quiebra de los valores culturales de ambas etnias. Necesariamente surgen nuevos patrones de comportamiento. Un nuevo principio de organización y por lo tanto, un nuevo sistema está en gestación”. En el campo cultural, el indígena cristianizado y obligado a construir templos cristianos sobre los templos de sus viejos dioses, deja que éstos asomen sus diabólicas caras en los tallados de santos y de ángeles. Expresión de este mestizaje o interpretación cultural del mundo que surgía del encuentro, lo será el magistral barroco latinoamericano, distinto del español y el europeo. Los dioses, y con ello la cultura indígena, supuestamente enterrada, surgían con pujanza rompiendo los obstáculos con que se le había pretendido reprimir. Emergen nuevos valores culturales. Emergencia que será el punto de partida del problema central de la cultura latinoamericana, el de su identidad. Una identidad que aparece dividida, buscándose deslindar lo que, pese a todo, estaba unido. “El sistema de valores de las dos etnias originales —sigue Miranda— ha sufrido profundas transformaciones que son resultado del proceso colonial y a su vez premisas del desarrollo posterior”. Dentro de esta inevitable asimilación de encontradas culturas, los resultados serán, a su vez, diversos, siempre en relación con los centros de su asimilación.

Tal vez —sigue diciendo Miranda— la pretendida unidad cultural no era tal. En Perú, Ecuador y Bolivia, por ejemplo, el número de Quechua o Aymara, hablantes en el siglo XIX predominaba. Su comprensión del catolicismo era muy diferente a la criolla, su cosmovisión otra y por lo tanto otra su cultura, una cultura superpuesta (cripto-formación) que nunca tuvo participación real en la formación de la nacionalidad de estos países.

Algo semejante sucedía en el altiplano mexicano y en Centroamérica con sus culturas superpuestas. En México, después de la Revolución de 1910, se ha tratado de cambiar esta situación incorporando al indígena al proceso nacional pero sin hacerle renunciar a sus propias y exclusivas peculiaridades.

Jorge Mario García Laguardia habla de la especial relación que guardará la dominación colonial dentro de los estratos de una cultura tan poderosa como la maya. Las mismas dificultades propias de la asimilación de lo indígena con lo español, con independencia de la inevitable mestización racial que se produjo en la región, la cual sólo dará ori-

gen a otros estratos étnicos y culturales, distintos del indígena y de su conquistador, el mestizo, el ladino. Centroamérica, pese a que una región de la misma está ligada al gran pasado cultural de los mayas, no tenía una estructura social y política que, como en el altiplano, serviría al conquistador para realizar sus exclusivos fines.

En Centroamérica –dice García Laguardia– la conquista será larga [...] porque a diferencia de México y Perú, no existían grandes centros poblacionales establecidos y regímenes políticos hegemónicos a los cuales vencer o con los cuales pactar y los europeos deberán utilizar todos los métodos, desde la excesiva crueldad militar característica del conquistador de Guatemala, Pedro de Alvarado, hasta las misiones pacíficas de conversión, como la de Bartolomé de las Casas.

Aquí no hay riqueza fácil como en el altiplano. Pero como en el resto de la América Ibérica “El choque de las dos culturas, la indígena y la mediterránea, produjo una relación histórica de enfrentamiento y yuxtaposición que existe hasta nuestros días”, dice García Laguardia. Allí los procesos “de ladinización, aculturación o integración, no han tenido la profundidad que se les ha vaticinado”. La resistencia ha sido muy activa, expresada en rebeliones persistentes, pero igualmente pasiva, mediante la aceptación de “fórmulas externas de la cultura europea, como por ejemplo los bautismos multitudinarios de los primeros tiempos, pero manteniendo los rasgos esenciales de la propia”. Chichicastenango será típico de la expresión del cristianismo asimilado por el indígena. El punto de vista del indígena consciente de su peculiar identidad, a partir de la cual ha de realizarse la asimilación de otras culturas, está expreso en la cita que hace Jorge Mario García Laguardia del guatemalteco Antonio Por Caal, que dice:

El infamante y equivocado término indio lo aceptamos y nos honra más que nos denigra [...] la población resiste, a pesar de la pobreza, porque tiene dignidad; ha rechazado la ladinización y ha alzado la barrera de la endogamia [...] nosotros no estamos dispuestos a ceder un ápice de nuestra identidad [...] actitud psicológica, estilo de vida, conservatismo de la tradición, descansan en una cultura formada en moldes inmutables [...] estamos convencidos de nuestro valer y de nuestro provenir.

García Laguardia concluye, “creemos que debe partirse de la constatación de la existencia de sociedades pluriétnicas y del reconocimiento del derecho a la diversidad cultural”. Lo que no significó apartar a estas etnias de los beneficios de la civilización como instrumento al servicio del hombre.

En el Caribe, Edna Brodber muestra un mundo más abigarrado, porque mayor ha sido allí el número de etnias y culturas encontradas, con independencia de la anulación de la indígena.

El grupo europeo, político y económicamente dominante, estaba seguro —nos dice— de que sus valores eran los justos. A través de iglesias, escuelas, medios de comunicación y leyes, trataron de inculcar los estilos de vida europeos y erradicar los otros. Pero la aculturación no se lleva a cabo solamente por el aprendizaje directo. Sin intención, los valores permanecen e incluso se asocian con otros con el fin de reforzarse o forman una nueva variedad. Los valores referentes a lo sobrenatural apoyan este punto. La Iglesia Católica Romana celebra la existencia de numerosos santos; las religiones africanas celebran la existencia de numerosos dioses al igual que la religión hindú. Las observancias religiosas africanas e hindúes han recibido ataques a través de la historia, aunque más sutiles. Las tres perduran y están entrelazadas. Las deidades africanas y las católicas romanas comparten nombres y características en Haití; sucede lo mismo con la religión católica romana. Con la hindú en Trinidad, y en Jamaica con los espíritus hindúes son evocados en las ceremonias de renovación de la fe. La visión del mundo espiritual poblado por varios seres es actualmente caribe.

La expresión de los encuentros culturales y de su asimilación en el gigantesco territorio que forma el Brasil y en la región platense será igualmente peculiar. La conquista y colonización de Brasil fue realizada por los portugueses que dejaron su impronta cultural en diversas expresiones, además de la lengua. Pero estarán igualmente presentes, en especial en el norte, la versión de colonizadores alemanes y holandeses. Las vastas tierras de Brasil están limitadas al oeste por la cordillera de los Andes, al otro lado de la cual se encuentran los territorios bajo dominio español. Igualmente está limitado por las grandes extensiones de selva, y centralmente por las selvas amazónicas en los márgenes del gran río que cruza la región. Llanura y selva dentro de una población primitiva que en la llanura no hace resistencia, pero que se mantiene casi intocada en las selvas amazónicas. La conquista y colonización del gran territorio ha sido vista como similar a la realizada por los pioneros que colonizaron el *Far West* en Estados Unidos. El historiador brasileño Vianna Moog ha hecho el paralelo de la conquista y colonización de Brasil con la de Estados Unidos en el libro titulado *Bandeirantes y pioneros*. Los bandeirantes desde el siglo XVI se lanzan a la conquista del vasto territorio invadiendo, inclusive, territorios que el Papa Alejandro VI había otorgado a España en el reparto que se hiciera de la zona. El bandeirante portugués como el conquistador y colonizador español de sangre ardiente se mestizará fácilmente. Escaso y difícil, en el encuentro con el indígena de la región se mestizará su

sangre con la africana que ha sido llevada a la región para que tome el papel de siervo o esclavo, que en las regiones bajo dominio español correspondía al indígena que le fuera encomendado. En cambio, el pionero estadounidense no se mezclará ni con los agrestes indígenas ni con los esclavos negros de sus fincas. Distinción que originará el relato de singular importancia de que nos habla Simón Bolívar, refiriéndose a Hispanoamérica.

Carlos Guilherme Mota hace el análisis e interpretación de la cultura que se origina en esa zona de América. La cultura, centralmente es europea, y es frente a ella que surge la común preocupación del resto del continente latinoamericano por identificar la identidad de esa cultura. Mota, en un análisis de los diversos intérpretes de la cultura brasileña, realizó un perfil de la buscada identidad. Centralmente es la preocupación por una cultura nacional que la distingue, a su vez, de la de las naciones vecinas fundadas por España. Y en este deslinde, la búsqueda de la relación que guarda tal cultura con la considerada su matriz, la europea. Sólo en los últimos tiempos, a través de estudios como los de Darcy Ribeiro, Antonio Cándido, Carlos Guilherme Mota y otros, surge la preocupación por relacionarlo con el resto de los pueblos latinoamericanos. Igualmente se analizan las expresiones del mestizaje que se origina en Brasil, así como su impronta cultural. Interpretaciones hechas a través del punto de vista ideológico de sus analistas. Intérpretes de la cultura brasileña que parte de una élite empeñada en orientar a la abigarrada masa criolla y mestiza por los senderos de lo que puede ser expresión de la peculiar o nacional cultura de Brasil. En este sentido, la misma preocupación expresa en toda Nuestra América por la buscada identidad nacional. Preocupación que parte de la conciencia de la dependencia actual con los centros de poder que han ocupado el vacío dejado por el colonialismo ibérico. Se elaboran análisis que permitan deslindar la identidad nacional de los modelos culturales de los que ha tenido que partir. "Conciencia nacional delimitada —dice Mota— de los modelos que habían inspirado la creación nacional." Entre ella el "Indianismo", tan importante para la formulación de la identidad nacional, pero que es sólo un ingrediente ideológico de gran peso que deja, sin embargo, fuera de la crítica, puntos neurálgicos de la dependencia económica y cultural, respecto a Inglaterra y Francia.

En este sentido, la crítica de Antonio Cándido respecto a que la literatura brasileña fuese sólo fruto del encuentro de tres grandes tradiciones culturales, la portuguesa, la indígena y la africana. Se trata, además, de una literatura ya existente, importada, que se transforma en Brasil, que se ve obligada a expresar nuevas circunstancias, las propias del Nuevo Mundo.

Tanto Brasil como la región del Río de la Plata, se encontrarán además sometidas a los retos de un nuevo y poderoso factor, el de la

emigración que a gran escala se produce a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Las expresiones culturales que a lo largo de tres siglos de colonización se dan en esa región, como en el resto de América Latina y el Caribe, sufren un nuevo y poderoso impacto con el arribo de numerosos emigrantes europeos, a los que siguen asiáticos como en el Brasil. Pero una emigración que en el Brasil es asimilada con mayor facilidad que la región del Río de la Plata. Emigrantes que en ambos lugares llegan a tomar el lugar que tenían los indígenas en el altiplano, y los africanos en el Caribe. Mano de obra barata cuando ya no puede ser esclava. Brasil decreta la abolición de la esclavitud en 1888, con vistas a un cambio de su estructura social y económica, para su incorporación plena al sistema capitalista. Algo ya hecho en el resto de América Latina. El emigrante europeo y el asiático, tomaron el lugar del indígena en el altiplano. La comparación con Estados Unidos, en la que se insistirá tanto en Brasil como en Argentina no resulta adecuada. Los emigrantes europeos que llegaron a América del Sur no podrán hacer por la región lo que hicieron los emigrantes que fueron a la América del Norte, a Estados Unidos. La emigración en Estados Unidos se desplaza hacia el oeste de la región sobre tierras sin dueño, habitadas por pueblos nómadas que viven de la caza y son violenta y fácilmente desplazados y acorralados para que no estorben la marcha de la civilización. El emigrante se adueña en América del Norte de las tierras sobre las que avanza. En América del Sur las tierras tienen ya dueños, encomiendas y latifundios marcan los límites de las vastas propiedades que sólo exigen mano de obra, trabajadores, como las exigieron sus equivalentes en el altiplano. En el altiplano la mano servil del indígena o esclava del africano se encarga de hacer producir las tierras conquistadas al servicio de sus colonizadores. Ahora se quiere repetir la hazaña del *Far West* sobre las llanuras al oeste argentino, habitado por indígenas agrestes. Tierras que también quedaron bajo el dominio de los dueños de esos territorios herederos de las conquistas de sus antecesores. Aquí, como en el resto, sólo hace falta mano de obra de trabajadores que hagan producir las tierras conquistadas al oeste, al servicio de sus escasos poseedores. El emigrante pasa así a jugar el papel que tuvo el indígena y el africano en el resto de América Latina y el Caribe al servicio de viejas oligarquías. No harán, por ello en esta región, como lo proyectaba Domingo F. Sarmiento, lo que otros emigrantes hicieron por Estados Unidos.

Así, a la vieja yuxtaposición que implicó la colonización ibera, se agrega en la vasta región de Brasil y La Plata la de los emigrantes importados a partir del siglo XIX. Yuxtaposición que originará nuevos problemas de identidad expresos en la cultura. Gente que se sentirá más enraizada con la aún recientemente cultura de origen, que con la agreste realidad de la no menos agreste cultura de la región a la que, por ineludibles necesidades, han tenido que emigrar. Pueblos trasplantados,

llama Darcy Ribeiro, a los que surgen en esta región. Pueblos que se sienten arrancados de sus orígenes, los de la tierra y cultura de sus padres y desarraigados de la que les es extraña. Desterrados y obligados a asimilarse al destierro. En obras como las del argentino Héctor Murena: *El pecado original de América* se hace patente este sentimiento de doble desarraigo. Y, con ello, expresiones como las de Horacio Cerutti: “Somos blancos, occidentales y cristianos” [nos dicen] “los países más europeos de la América”, “los menos latinoamericanos”, aunque sufriendo en sus relaciones con Europa y Estados Unidos, sus modelos, el mismo trato que tales centros de poder dan a pueblos que consideran marginales.

Pueblos trasplantados cuya preocupación es cubrir lo que ya ha sido descubierto y encubierto a partir del descubrimiento, conquista y colonización de la región por Iberia. Pueblos, nos dice Cerutti, cuyo deseo es desarrollar al otro lado del Atlántico “el estilo de vida de sus culturas matrices”. Trasplantados porque no ocupan un vacío, sino un mundo ya ocupado al que habrá que desplazar. Tal preocupación queda expresada con crudeza en Sarmiento y su generación, en dejar fuera de la historia que tendrá que ser reiniciada, mediante un poderoso lavado de sangre y de cerebro, al español, al indio, al africano y al fruto de su mestizaje, incluyendo el criollo. Se reclama gente que haga por la región lo que gente semejante había hecho ya por los Estados Unidos de la América del Norte. Sajonización, yanquización y europeización de esta América. En la literatura gauchesca, dice Cerutti, se hace expresa la lucha, también en la obra de Sarmiento: *Facundo, civilización y barbarie*. Un grupo de ladinos, producto del mestizaje ibero y americano, proyecta transformar su realidad en un mundo nuevo, ajeno a sus experiencias, pretende desrealizarse, desidentificarse para forjar una nueva identidad. De pueblos nuevos, como eran los de esta región fuera del altiplano, se transforman en pueblos trasplantados, “con todos los conflictos y angustias de identidad que ese tránsito comporta”, “este proceso de trasplante étnico, de sustitución del propio pueblo por gente “de mejor calidad”, supuso –dice Cerutti– una operación comparable sólo a la hazaña de la conquista”. Es una nueva conquista. Se trata de colonizar o recolonizar el mundo ya creado por la conquista y colonización ibera en América. Salvo que, en lugar de llegar “los españoles y deseados anglosajones rubios de ojos celestes dedicados a laborar la tierra con sus manos, llegaron millares de latinos (italianos y españoles), llegaron algunos polacos, rusos y alemanes”. Pero no a conquistar tierras para trabajarlas en provecho propio como en la América del Norte, sino para someterse a los señores ladinos que habían proyectado la nueva conquista de la región en su exclusivo interés. De ahí los nuevos y grandes conflictos sociales y culturales entre estos emigrantes y sus descen-

y sus descendientes y la vieja oligarquía que había resultado beneficiada con la gran operación civilizatoria.

La nueva emigración estaba formada por gente que había aceptado libremente, aunque obligada por la necesidad, realizar la labor servil en la que habían caído los indígenas y africanos en el resto de América, pero manteniendo incólume la cultura y las preocupaciones sociales del continente del que provenía, de Europa. No renunciaban a ser europeos, ni a la cultura, ni al mundo del que se sentían desterrados por culpa de la situación social que enfrentaba la misma Europa. A diferencia del indígena y del africano que tendrán que luchar a lo largo de varios siglos para hacer valer su propia identidad, el emigrante europeo mantendrá la propia, tratando de imponerla a la región hacia donde había sido desplazado. Las preocupaciones políticas, sociales y culturales de Europa, serán mantenidas vivas en América, proyectándolas sobre la nueva realidad e imponiéndolas. Anarquismo, socialismo, liberalismo a la europea serán los instrumentos de resistencia a la servidumbre aceptada y con esa resistencia la elaboración de nuevos proyectos políticos, sociales y culturales, pero también nuevos problemas de identidad. En el siglo XIX acabarán imponiendo sus propios proyectos, muchas veces en abierta pugna con la realidad política, social y cultural a la que fueron trasplantados. Así surge una élite intelectual disfrazada respecto de la historia nacional e incluso de la historia mundial –nos dice Cerutti. Pandemonio ideológico llama a esta situación el mismo Cerutti, originando una más abigarrada problemática cultural que exigirá su determinación, su definición nacional y, a partir de ella, latinoamericana.

Tal es la imagen que en conjunto ofrece América Latina respecto a la convergencia y especificidad y universalidad de los valores culturales de la región: Una problemática centrada en el problema de la identidad que habrá que precisar a partir de sus múltiples expresiones y divergencias. Habrá que ver lo que es común a la región, con independencia de sus ineludibles peculiaridades. Lo común que, pese a esas peculiaridades, se hace expreso en nuestros días y le lleve a afrontar problemas comunes, sociales, políticos y culturales. Habrá que partir de este ineludible hecho, del cual nos hablan día a día los medios de comunicación. De la existencia de una América Latina afrontando semejante situación, que afecta a sus diversas regiones y, con ello, la obligada necesidad de resolverlos en común.

IX. LIBERACIÓN NACIONAL Y SOCIALISMO

1. La doble lucha por el socialismo en Latinoamérica

El socialismo en pueblos o naciones dependientes, como los de América Latina, denominados del Tercer Mundo, ha de realizarse en un doble enfrentamiento: uno interno, vertical, frente a grupos sociales que buscan imponer sus intereses en la vieja relación amo-esclavo, señor-siervo, patrón-trabajador. Del triunfo contra esta manipulación del hombre por el hombre ha de originarse el socialismo; y otro externo, propio de pueblos que han entrado en la historia bajo el signo de la dependencia. A la manipulación interna se suma la externa, impuesta por potencias sobre pueblos enteros, sobre regiones continentales hasta abarcar el resto del mundo no occidental. En esta relación caben todos los grupos sociales de los pueblos bajo dependencia horizontal, amos y esclavos, señores y siervos, patrones y trabajadores. Pueblos que forman parte del sistema capitalista en la relación de dependencia señalada. Los esfuerzos que hagan o intenten hacer tales pueblos, por cambiar esta situación, estarán siempre condicionados por los intereses de centros externos de los que son dependencia. Los intentos por ser, dentro del sistema, algo más que instrumentos, tropezarán con grandes resistencias. El desarrollo, cuando éste es posible, se encuentra determinado por el desarrollo de los centros de poder; es el llamado desarrollo del subdesarrollo. Las burguesías que han hecho la grandeza del sistema capitalista dejan de ser tales en regiones como las latinoamericanas, tan sólo seudoburguesías o burguesías dependientes. Las tiranías que sufren estas regiones están al servicio del desarrollo y la seguridad de las naciones que han impuesto su dependencia. Dentro de esta situación el socialismo ha de darse en un doble enfrentamiento: contra las fuerzas de intereses internos que tratan de imponerse y contra las fuerzas de intereses externos que se ponen al servicio de las primeras.

De esa relación horizontal de dependencia ya habló, en su momento, el Libertador Simón Bolívar, con palabras que siguen teniendo sentido en nuestros días: "Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos para el trabajo, y cuando más, el de

simples consumidores". ¿Cuál es nuestro destino? "Los campos para cultivar añil, la graba, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganado, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar esa nación avarienta".¹ ¿Qué pasó con los hombres, las clases, los grupos sociales, las castas que sufren en su totalidad esta explotación? Éstos, lejos de unirse y servir a los intereses propios de los pueblos de los que son parte, aceptan la situación servil y se benefician, en lo posible, al cuidar los intereses del colonizador. Burguesías dependientes que se conforman con el mínimo de privilegios que les permite el sistema, o más aun, tiranías, dictaduras, no ya al servicio de los tiranizados, sino al de intereses extraños a estos pueblos.

La "América —decía Bolívar— no sólo estaba privada de su libertad sino también de la tiranía activa y dominante". ¿Qué quiere decir esto? En la historia han surgido grandes tiranías, tanto en Turquía como en Persia, Tartaria o China, cuyos gobernantes imponían su voluntad a sus pueblos, pero una voluntad encaminada a hacer, aun por la fuerza, la grandeza, no sólo de su tiranía, sino de los pueblos que surgieran de esa tiranía. Los turcos, persas, mongoles y chinos eran los sátrapas y tiranos, como lo eran también los pueblos que de esa forma creaban imperios que servían a los intereses de los pueblos que los imponían.

¡Cuán diferente era entre nosotros! —agrega Bolívar— se nos vejaba con una conducta que además de privarnos de los derachos que nos correspondían, nos dejaban en una especie de infancia permanente... Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que tan necesario es conservar en las revoluciones. He aquí porqué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues no nos era permitido ejercer sus funciones.

Este estado, sigue Bolívar, era tan negativo "que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de edades y la política de todas las naciones". Una situación peculiar que no se había dado en la historia de los pueblos de otras regiones, los cuales sólo se han tenido que enfrentar a los obstáculos internos de los grupos manipuladores, pero sin hacer depender el éxito de este enfrentamiento de una fuerza superior a ellos, de los centros de poder que imponen el colonialismo.

¹ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, Kingston, 6 de septiembre de 1815, México, UNAM, 1978 (Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 1).

Ha sido esta peculiar relación de dependencia horizontal la que ha impedido triunfar a estos pueblos sobre la dependencia y explotación interna, la propia de todos los pueblos. El socialismo como expresión del triunfo contra la dependencia interna se ha dado como algo natural, como algo propio del desarrollo de las sociedades en Europa, en el llamado mundo occidental. No ha podido ser así en pueblos de muchas formas marginados del desarrollo capitalista como Rusia antes de transformarse en la Unión Soviética, como China y los pueblos en la frontera con la Unión Soviética o pueblos como el yugoslavo. Las contradicciones sociales, el cultivo que para estas contradicciones fue la Segunda Guerra Mundial como antes la Primera, precipitaron cambios no previstos por la dialéctica marxista. Las presiones externas, provenientes del mundo capitalista, no fueron lo suficientemente fuertes para impedirlo.

Más difícil ha sido para los pueblos bajo la dependencia horizontal del colonialismo impuesto por el mundo occidental. La resistencia a la explotación en estas regiones se ha presentado como nacionalista, de liberación nacional, uniendó los esfuerzos de sus diversos grupos nacionalistas contra una dependencia común. Así fue en China, Indochina y otras regiones de Asia y de África, así ha sido y está siendo en la América Latina. Este nacionalismo fue el que se impuso al imperialismo francés en Indochina, al británico en la India, a ambos en África y Asia. En China triunfó frente a diversas fuerzas imperiales. Estados Unidos, tratando de ocupar el "vacío de poder" dejado por el imperialismo europeo, según las palabras de Eisenhower, siguió la táctica ya utilizada para imponer sus intereses en la América Latina, puso a su servicio los grupos sociales que aspiraban a hacer de sus pueblos naciones semejantes a las del mundo moderno: hacer de la América del Sur "Los Estados Unidos de la América del Sur"; de los hombres de esta región, otros yanquis que hiciesen por ella lo que los yanquis del norte habían hecho por la suya. Para ello era necesario enfrentar los obstáculos dejados por el coloniaje ibero, permitir que pueblos más industriales que los latinoamericanos hicieran de la riqueza de esta región su propia riqueza, mientras los latinoamericanos aprendían a explotar tales riquezas y con ello a usufructuarlas. De esta forma, burguesías nacionales que se suponía harían la grandeza de sus pueblos se fueron subordinando poco a poco, a los centros de poder de la gran burguesía internacional. De la grandeza de esta gran burguesía iba a depender su limitada grandeza. Así surgieron oligarquías nacionales al servicio de los grandes intereses de los centros de poder imperial. Y con estas oligarquías nacieron tiranías y dictaduras dependientes encargadas de cuidar que no fuesen afectados los intereses de los centros de poder. Tiranías bananeras como las que han azotado a la América Central y a las Antillas. Tiranías castrenses como las que han sufrido y sufren aún los

pueblos al sur de la América Latina. Tiranías y ejércitos represores de sus propios pueblos, para mejor garantizar la seguridad de los grandes intereses externos y los limitados intereses de sus albaceas. Una política colonial que ha sido llevada a todas las regiones de la Tierra para la seguridad del neocolonialismo. Así se intentó en Indochina, se originó la guerra sucia de Vietnam en la que Estados Unidos se fue involucrando hasta terminar en la pesadilla de la derrota de su poderío material y moral. Igualmente se involucraron en los esfuerzos para frenar el socialismo en China, haciendo del nacionalismo chino un instrumento a su servicio, que terminó aislado en Formosa. Así ha sido en África negra y en el mundo árabe, donde los estadounidenses hicieron de las fuerzas que pudieran haber sido progresistas, instrumentos a su singular servicio.

El socialismo es por ello tan difícil de realizar en la América Latina, como lo mostró Cuba y lo está mostrando Nicaragua. Este socialismo tiene que enfrentarse, tanto a las fuerzas internas que lo impiden, como a las fuerzas externas que las apoyan. Para poder ser socialista se tiene previamente que ser antiimperialista. El imperialismo es un obstáculo al socialismo no previsto por el marxismo que sólo ponderó la lucha interna y externa (como ya se hizo patente en la Revolución soviética, que se transformó en marxismo-leninismo). Por ello, en las regiones que han de alzarse contra la doble dependencia no se habla de marxismo, sino de marxismo-leninismo. El marxismo propio de pueblos que han de luchar en dos frentes. En un coloquio de intelectuales, realizado en México hace algunos años, se encontraron el venezolano Rómulo Gallegos y el estadounidense John Dos Passos. Éste se mostró molesto por las continuas alusiones al imperialismo estadounidense en América Latina. “No sé por qué culpan ustedes a los Estados Unidos de males que les son propios —dijo—, las dictaduras y tiranías de que se quejan son suyas, las impone su gente, son criaturas suyas”. “En efecto —contestó Rómulo Gallegos—, nosotros las criamos, pero ustedes las amamantan, poniéndolas a su servicio”.

2. *“Con el sistema hemos topado”*

Hegel hablaba de las “argucias” del espíritu para realizarse. En países como los latinoamericanos, cuya situación hemos descrito, una relación horizontal de solidaridad es de extrema importancia para superar la relación vertical impuesta de dependencia interna y externa. La posibilidad de triunfo frente a la dominación interna depende a su vez de la posibilidad de vencer, de alguna forma, la dependencia externa. Por ello, queriéndose poner fin al despotismo y a la corrupción que él mismo engendra, al enfrentar las oligarquías nacionales, se tro-

pieza fácilmente con el dominio externo. La lucha antioligárquica conduce a la lucha antimperialista. De esta relación ineludible han tomado plena conciencia quienes se han empeñado en la justicia social en sus naciones. El proyecto socialista en estas sociedades se presenta dentro del nacionalismo que puede permitir el acoplamiento y afirmación de las fuerzas que hacen posible la nación, en la búsqueda de "un equilibrado reparto de sacrificios y beneficios".

Este equilibrio se sostiene frente a la demanda de grupos sociales privilegiados que remedando el origen del orden del sistema del que sus pueblos son dependientes, hablan de la necesaria existencia de clases que hagan por estas regiones lo que otras equivalentes han hecho por las grandes naciones del sistema capitalista. Se considera que para que los pueblos de la América puedan transformarse en naciones como las de la Europa Occidental y los Estados Unidos, tendrán que hacerse previamente una serie de sacrificios que la clase responsable de la conducción nacional ha de concentrar en su beneficio y desarrollo. En el siglo XIX, recién alcanzada la emancipación política frente al colonialismo ibero, se habla de un grupo conductor que sería el fundamento de la "burguesía nacional". Las burguesías nacionales latinoamericanas pondrían en marcha los proyectos que un día permitirían a sus pueblos transformarse en naciones semejantes a los grandes modelos creados por la acción de las burguesías nacionales de esos pueblos. Pero esto implica sacrificios que deberán hacerse por los propios pueblos en beneficio de la clase que hará posible el desarrollo y el progreso. ¿No había sucedido así en el sistema capitalista? Éste se había desarrollado gracias a los extraordinarios sacrificios que fue menester realizar, que se reflejan en la miseria de las grandes urbes de los centros de poder del que sería el régimen capitalista. La miseria que padecieron a lo largo del siglo XVIII y principios del XIX. Lo que ya no se dijo es que estos sacrificios acabarían siendo hechos por los pueblos de la periferia de tales centros de poder; por los pueblos de Asia, África y América Latina. La explotación amo-esclavo se transformó en explotación colonial al servicio de los pueblos que gozarían las ventajas del sistema capitalista.

El fracaso de la oligarquía latinoamericana, al finalizar el siglo XIX e iniciarse el XX, se hace patente con la aparición de un nuevo y poderoso imperialismo, el de los Estados Unidos. El proyecto liberal latinoamericano es negado por revoluciones, como la mexicana en 1910, y reformas que a lo largo de la América Latina se harán sentir de diversas formas. Sobre la propia miseria no se puede alzar riqueza alguna. La prosperidad no puede ser pagada por el pueblo mismo, ya que la prosperidad en el mundo occidental acabó y está siendo pagada por otros pueblos. Pero ¿quién iba a pagar por la prosperidad de los pueblos de la América Latina y otras regiones que entraron en la historia bajo el colonialismo? El fracaso de las oligarquías latinoamericanas, como el porfirato

en México, hicieron patente la necesidad de reclamar un “equilibrado reparto de sacrificios y beneficios”. Estos pueblos, distintos de los que forman el mundo occidental, tendrán que realizar su desarrollo en un equilibrado reparto de sacrificios y beneficios en todos los grupos sociales que los forman. Reparto de sacrificios, en un reparto igualmente obligado de los beneficios que tales sacrificios originen. El Estado, surgido de las acciones revolucionarias y reformistas en estos pueblos, se encargaría de mantener este justo equilibrio. Así se hace expreso en la Constitución mexicana de 1917, en la que el Estado es el encargado de cuidar el equilibrio que han de guardar entre sí la iniciativa privada y las grandes masas de trabajadores del campo y la ciudad. Ningún grupo social podrá ya hacer descansar su peculiar desarrollo y prosperidad en los sacrificios de otros. Deben subsistir en todas las clases sociales, pero organizadas armónicamente en el logro de un desarrollo que debe ser común. El Estado que surge de revoluciones como la de México o movimientos políticos similares a lo largo de la América Latina, como el varguismo en Brasil y el peronismo en Argentina, se impondrá la difícil tarea de equilibrar grupos sociales cuyos intereses parecen opuestos entre sí. Un socialismo *sui generis*, como *sui generis* será la búsqueda de estas naciones; el propio de pueblos cuyas posibilidades para el cambio estaban dentro del ámbito de posibilidad que les marca el sistema del que sólo son vistos como simple instrumento, el capitalismo.

“Con el sistema hemos topado”, se podría decir, parafraseando al *Quijote*. Con el sistema se ha topado inmediatamente cuando se ha pretendido y se pretende ir más allá de estas limitaciones. Límites que están en contra de la misma declaración de principios en la búsqueda del justo equilibrio de sacrificios y de beneficios. Tratando de rebasar estas limitaciones, de poner fin a injusticias centenarias en América Latina, fue que Cuba ayer, como ahora Nicaragua, se comenzó a radicalizar. En el Asalto a Moncada, del 26 de julio de 1953, los jóvenes que seguían a Fidel Castro en Cuba, sólo aspiraban a poner fin a corrupciones, injusticias y otros males que parecían propios de la región. Para poner fin a la brutalidad de la dictadura de Fulgencio Batista, y después poner fin a la brutal dictadura de Anastasio Somoza, fue que los jóvenes tomaron Moncada y se insurreccionaron, como también se insurreccionó el pueblo de Nicaragua. En una y en otra insurrección sólo se aspiraba a lo que han aspirado otras revoluciones como la mexicana en 1910, la frustrada Revolución Guatemalteca de 1956 y los movimientos populistas en Argentina y Brasil. Esto es, hacer naciones bajo el signo de la autodeterminación en un equilibrado reparto de sacrificios y beneficios que permitían el desarrollo de sus pueblos. En cada ocasión se topó con el sistema que, de inmediato, apoyó a los grupos represores nacionales y, cuando no pudo, organizó la represión exterior que pudiese fin a tales demandas, como los “gusanos” y los “contras”.

Está claro que será imposible ese mínimo de justicia social si el sistema se considera en alguna forma afectado. La corrupción interna hacía posible la explotación externa, el abuso de poder interno, el dominio externo que lo manipula. Ernesto Che Guevara, en una carta al escritor Ernesto Sábato, muestra cómo fue esta resistencia del sistema, la cual fue radicalizando una revolución que sólo aspiraba a resolver sus problemas internos. “Fidel Castro –escribe– era un aspirante a diputado por un partido burgués, tan burgués como podía serlo el partido radical en la Argentina”. Nosotros “éramos un grupo de hombres con poca preparación política, solamente una carga de buena voluntad y una ingénita honradez”. Pero fue por la resistencia interna, apoyada por la presión externa, que el logro de las metas anheladas se fue acelerando; así sucedió en Cuba y Nicaragua. “Y esta revolución es así –sigue el Che Guevara–, porque caminó mucho más rápido que su ideología anterior”. Estos revolucionarios, al querer hacer lo que se habían propuesto, acabaron enfrentándose al sistema que consideraban los había defraudado. ¿Por qué defraudado? Porque siempre se ofrecen cosas a los pueblos que después no se cumplen, ya que por las circunstancias, el sistema las considera inconvenientes. “Los Estados Unidos sostienen que traicionamos nuestros principios, es parte de su verdad; traicionamos la imagen que ellos se hicieron de nosotros”,² dice el Che Guevara. Hablamos de nacionalizar los servicios, de liquidar el latifundio, de moralizar la administración, etcétera, y lo empezamos a hacer. Esta fue la traición, porque nunca se hacía lo que se prometía si esto afectaba intereses de los que depende el peculiar orden nacional. Lo mismo sucede con Nicaragua, a cuyo gobierno se acusa de haber traicionado los proyectos democráticos ofrecidos y el desarrollo nacional. Pero ¿cómo democratizar y desarrollar a un pueblo sometido día a día a presiones internas y externas sin fin? ¿Cómo elevar el nivel de vida de un pueblo obligado a armarse para que no se anule la revolución iniciada? ¿Cómo democratizarse pactando con los verdugos somocistas?

La presión externa ha doblado alguna vez la voluntad de los pueblos, pero a veces endurece esta voluntad y el temido fantasma del socialismo radical se manifiesta, como sucedió en Cuba; como está sucediendo en Nicaragua y en otros pueblos de la Tierra. Lo que podía ser reforma pacífica al servicio de las mayorías se va transformando en revolución con todas sus consecuencias. En los pueblos de América Latina y en otras regiones en situación semejante, el antiimperialismo y el descolonialismo vuelven a presentarse como una necesidad. La vieja lucha contra el colonialismo de ayer se enarbola ahora contra una nueva forma colonial. Así describe Fidel Castro la revolución que ahora encabeza, al ha-

²Ernesto Che Guevara, *Carta a Ernesto Sábato*, La Habana, 12 de octubre de 1960, México, UNAM, 1979 (Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 60).

blar de la toma del cuartel de Moncada el 26 de julio de 1953, dice: "No comenzó ese día la contienda de nuestro pueblo por la liberación, se reinició la marcha heroica emprendida en 1868 por Céspedes, y seguida más adelante por el autor intelectual de Moncada: José Martí".³ Es la misma y vieja lucha anticolonialista y antiimperialista de Céspedes y Martí que, a su vez, completaba la lucha por la emancipación total de América Latina de la que fue máxima expresión Simón Bolívar. "Martí es el padre de la Revolución, Bolívar el abuelo", dicen los revolucionarios cubanos. Igual sucede en Nicaragua, cuya revolución lleva el nombre de su iniciador: Augusto César Sandino, quien a su vez soñaba en una América libre, en la que los ideales de integración de Bolívar pudiesen ser una realidad. Así es la revolución en El Salvador que sigue a Farabundo Martí, otro antiimperialista. Se considera que el socialismo, en su máxima plenitud, sólo podrá darse a partir del triunfo en la larga lucha sobre el dominio externo, sobre el imperialismo en cualquiera de sus expresiones. Un equilibrado reparto de sacrificios y de beneficios en pueblos como los de esta región sólo será posible si se vencen previamente, no sólo los obstáculos internos sino, contrariamente, los externos que dan fuerza a los primeros e impiden esa necesaria justicia contra la explotación iniciada hace ya cinco siglos sobre toda una región de la Tierra.

3. El comunismo, endurecimiento del nacionalismo

En los países de la Europa Occidental y de Norteamérica, el socialismo habrá de ser el resultado natural de las contradicciones de las sociedades que los conforman, del sistema a que éstos dan origen. Hasta ahora no ha sido así, el socialismo en estos países, en todo caso, se ajusta a las circunstancias que han originado el sistema, pero sin afectar el desarrollo del mismo. Contra las predicciones del marxismo, el socialismo, en su expresión más radical: el comunismo, se ha venido realizando en pueblos ajenos a las condiciones previstas para el surgimiento del socialismo en el mundo occidental: Rusia, China, Vietnam, Cuba, son pueblos marginales en relación con el desarrollo del sistema eurooccidental. El socialismo en Europa no se ha radicalizado, sino se ha adaptado a las condiciones creadas por el mismo sistema capitalista, como se hace patente en las últimas expresiones del mismo en Francia y España. El eurocomunismo italiano ha sido también expresión de este socialismo que habrá de emerger plenamente como evolución natural de un sistema que tiene que ser rebasado.

³Fidel Castro, *Discurso en el XXV Aniversario del Asalto al Moncada*, México, UNAM, 1979 (Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 77).

Alemania debió ser, de acuerdo con las predicciones del marxismo, la primera nación socialista, dado el desarrollo alcanzado por el capitalismo y las contradicciones internas que estaba originado este mismo desarrollo. Nunca se pensó que pudiese ser Rusia, vista como una nación atrasada y bárbara, en donde el socialismo se diese en su expresión más radical. Por ello fue larga la resistencia del sistema capitalista a este brote no calculado del socialismo en Europa. Resistencia y presión inútil, ya que este pueblo, por su extensión y posibilidades, acabó imponiéndose como una alternativa del capitalismo. Después de la Segunda Guerra Mundial, la Europa eslava se fue transformando, a su vez, en un conjunto de pueblos bajo el sistema comunista. El socialismo en los países desarrollados del mundo occidental siguió y sigue esperando su turno. En cambio, el capitalismo en su expresión imperial, colonialista, está dando origen a otras expresiones del socialismo radical en Asia, como China e Indochina, y en África, hasta llegar a la América Latina, con Cuba. Aquí la centenaria presión imperial del colonialismo originará cambios hacia el socialismo, no previstos por el propio marxismo. El socialismo ha estado surgiendo como resultado de las contradicciones del imperialismo eurooccidental. Un imperialismo, como todo imperialismo, insaciable y avaro. La resistencia está originando estas contradicciones al permitir que los pueblos bajo dominación sean algo más que instrumento de su propio y exclusivo desarrollo. Pueblos preparados sólo para la servidumbre, contrarios a cualquier presencia que no fuese dentro de esta situación de dependencia. Citemos nuevamente a Bolívar: Estábamos, dice, abstraídos, ausentes del universo en cuanto se refiere a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces, diplomáticos nunca; militares sólo en calidad de subalternos; nobles sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas y casi tampoco comerciantes.

La Revolución Mexicana, iniciada en 1910, no aspira sino a corregir los errores del liberalismo darwiniano, de acuerdo con el cual son sólo los más aptos los que se imponen a los menos aptos. Y son éstos los que han de cargar con los sacrificios que permitan la prosperidad de los primeros. La Revolución Mexicana propuso por ello un equilibrado reparto de sacrificios y beneficios, y fue de acuerdo con esto que realizó una serie de reformas, entre ellas la agraria. Reformas que tropezaron de inmediato con el nuevo imperialismo estadounidense que presionó al gobierno de la revolución para impedir reformas que afectasen sus intereses. La expropiación petrolera realizada por Lázaro Cárdenas el 18 de marzo de 1938 fue posible gracias a la situación especial que vivía el mundo, en el que el sistema capitalista se enfrentaba al totalitarismo nazi-fascista. Ha sido en defensa de estos intereses, los propios de su pueblo, que México ha venido sosteniendo la doctrina

de la no intervención y el derecho de la autodeterminación de los pueblos. Una doctrina esencialmente antiimperialista que ha encontrado y sigue encontrando fuertes oposiciones y, con ella, presiones cada vez más fuertes.

La Revolución cubana, en sus inicios, se presenta como una revolución nacionalista que aspira, como la mexicana, a satisfacer las necesidades ingentes de su pueblo, a poner fin a viejas exploraciones oligárquicas e imperiales. Fidel Castro, iniciada la revolución, fue a los Estados Unidos en busca de apoyo y para explicar malos entendidos que empezaron a correr: “Espero –dijo en Washington– que el pueblo de los Estados Unidos comprenda mejor al pueblo de Cuba y espero comprender mejor al pueblo de Estados Unidos[...] Somos una democracia. Estamos contra toda forma de dictadura[...] por eso estamos contra el comunismo”. Castro llama *humanista* a esta revolución.

La hemos llamado *humanista* en razón de sus métodos humanos, porque queremos librar al hombre de sus temores, las consignas y los dogmas... El terrible problema del mundo es estar colocado ante la elección entre el capitalismo, que mata de hambre a los pueblos, y el comunismo que resuelve los problemas económicos pero suprime las libertades que son caras al hombre.⁴

A esta declaración, el sistema contestó con nuevas presiones. Sobre el humanismo declarado por Castro estaban sus intereses. Este humanismo en cuanto podía afectar dichos intereses no era sino una expresión más del temido comunismo. De esta forma, escribe el Che Guevara a Ernesto Sábato, la revolución fue radicalizándose. Y en esta radicalización no había engaño, la posibilidad del humanismo expresado dependía de la resistencia al sistema que lo consideraba ajeno a sus intereses. Había entonces que enfrentarse al sistema, que alinearse en la guerra que sostiene contra él el sistema socialista. La elección que se planteará la Revolución cubana será la misma elección que se irá planteando cada pueblo en América Latina y en el Tercer Mundo: doblegarse y aceptar plenamente la relación amo-esclavo o rebelarse contra ella para el logro de ese buscado y justo equilibrio de sacrificios y beneficios. Algunos pueblos se han visto obligados a rendirse en espera de mejores oportunidades, otros se rebelan y entran en abierta lucha contra sus viejos opresores colonialistas.

Así, la vieja lucha Norte-Sur, entre los centros de poder imperial y las colonias, se va transformando en lucha ideológica por la presión de los mismos centros de poder imperial que nada quieren saber de concesiones para sus subordinados esclavizados. Es el mismo sistema el que

⁴Cf. Claude Julien, *La Revolución Cubana*, Montevideo, Marcha, 1961.

se encarga de colocar la vieja lucha antimperalista en el contexto de la lucha ideológica Este-Oeste, capitalismo-comunismo. Cualquier pueblo que reclame un mínimo de justicia social dentro del colonialismo, será considerado comunista; igual que cualquier intelectual que pugne, como hace siglos, por una mayor justicia social, será considerado comunista y por ello puesto fuera del sistema. Se dice que cuando se invoca al diablo, el diablo acaba apareciendo; así ha ido sucediendo en pueblos que no aspiraban sino a lograr un poco de justicia, que luchaban contra males internos, acabando en ineludible relación con males externos. Por ello, la Revolución cubana, en una lucha de golpe y contragolpe, de resistencia, acaba declarándose una revolución marxista-leninista. Así ha venido sucediendo en Nicaragua, en un pueblo que, haga lo que haga por mostrar su raigambre democrática en la búsqueda de un justo equilibrio de intereses, está siendo presionado y enjuiciado para justificar su destrucción. En todos los esfuerzos que han hecho los pueblos de esta región en América, como los que hacen pueblos en otras regiones del mundo, por el logro de un mínimo de justicia social, acaban siendo brutalmente castigados o enfrentados a sus opresores. Por ello el socialismo, como antes el liberalismo, que se ha dado naturalmente en la historia del mundo occidental, es algo que en estos pueblos ha de darse, vencíéndose previamente a sí mismo, a sus propios impedimentos y a los que el sistema le impone. Ha de desarrollarse bajo una gran bóveda que parece marcar los límites del cambio. Bóveda que tiene que ser rota para que este cambio sea posible en plenitud. Y en la ruptura de esa bóveda colaboran los mismos creadores de ella, el sistema que no acierta a imponerse la obligada limitación que le marca la ineludible relación que guarda con el peculiar desarrollo de los pueblos que lo hacen posible. Ernesto Che Guevara, al hablar ante los pueblos del Tercer Mundo, decía que la solución es hacer “dos, tres,... muchos Vietnam”, y en esta solución los mismos conductores del sistema son los que tienen más interés en crearlos con su intransigencia.

4. El socialismo y la solidaridad nacional e internacional

El socialismo en su expresión más equilibrada y justa, que implica el desarrollo material de los pueblos sin menoscabo de la libertad de los individuos que los forman, se dice que ha de resultar de las contradicciones del sistema que lo antecede, el capitalista. Estas contradicciones, decíamos, no se han dado en el mundo capitalista, en cambio se están dando en los pueblos bajo dependencia colonial. Estos pueblos no pueden ya esperar a que esas contradicciones se den plenamente en el sistema. Tienen que actuar y están actuando de acuerdo con las presiones recibidas. Nuestros pueblos en América Latina, como en Asia y África no pueden esperar y están imponiendo el cambio bajo sus pro-

pias reglas. Esto debe ser comprendido por el socialismo en el resto del mundo, y apoyado con algo más que declaraciones de solidaridad, apoyar las revoluciones de liberación de los pueblos bajo el sistema imperial. Será de esa liberación de la que dependa, a su vez, la plenitud del socialismo en el mundo, ya que toca el corazón del sistema. Son estos pueblos, con sus brutales sacrificios, los que han hecho posible el sistema que les regatea el mínimo de justicia. Pero el estrangulamiento de estos pueblos vía la represión sólo es, a la larga o a la corta, una especie de harakiri que se aplica el sistema. Existen ya voces dentro del mismo sistema suicida que hacen hincapié en este peligro. Ahora el problema de la deuda externa está alertando de los peligros de una explotación que parece no tener límites, y que va haciendo más estrechas las mismas posibilidades del avariado sistema.

Para los pueblos en la América Latina lo central tendrá que ser la relación solidaria que hace siglo y medio les permitió triunfar sobre el imperialismo ibero. La relación solidaria que debe también ser mantenida con los pueblos en Asia y en África y con todos ellos entre sí. Pero también será necesaria la solidaridad del socialismo de los países capitalistas. Las reglas del juego, del paso del capitalismo al socialismo señaladas por el marxismo, han cambiado; parte de este cambio lo fue el llamado marxismo-leninismo, pero aún hay más cambios en estas reglas que han de ser analizados, conocidos para su mejor aplicación en la búsqueda de un socialismo mundial que logre, simplemente, esa obligada relación, tan grata a los latinoamericanos, de un equilibrado reparto de sacrificios y beneficios. Nada más, pero también nada menos.

Cavtat, Yugoslavia, 1987

X. EL SOCIALISMO Y "LA SITUACIÓN ESPIRITUAL DE LA ÉPOCA"

1. *El espíritu como conciencia del mundo*

Es a través de la conciencia que el hombre, como individuo concreto, comprende, da sentido al mundo del que es parte en sus múltiples expresiones. Mundo que marca el horizonte en que surge este sentido o comprensión. Hombre y mundo se interrelacionan, dando lugar al ámbito, una y otra vez cambiante, de comprensión de la realidad como totalidad, a lo que Hegel llamó espíritu. El espíritu, como horizonte de posibilidad de comprensión que permite la convivencia, esto es, la relación de unos hombres con otros, la sociedad. Sociedad formada por individuos concretos, de carne y hueso, que a través de la conciencia comprenden y se hacen comprender. La conciencia como *logos* que, para el griego, era razón y palabra. La razón como conciencia que comprende el mundo, incluyendo a sus semejantes; palabra que permite comunicar lo comprendido, esto es, comprender y hacerse comprender. El espíritu es, así, el ámbito de posibilidad de comprensión de la realidad en sus múltiples expresiones. Es el *logos* como razón y palabra que hace posible la convivencia de unos hombres con otros con independencia de la irreductibilidad que como individuos mantienen todos los hombres. Es esa irreductibilidad la que hace a un hombre semejante a otro.

El espíritu es así algo más que simple superestructura de la realidad en que se origina. Dicha realidad tiene sentido, precisamente, porque es comprendida en sus diversas expresiones y situada en el ámbito y horizonte de dicha comprensión. El espíritu es tal en cuanto a expresión total de comprensión de los individuos que lo forman entre sí; ajuste que estas individualidades encuentran en sus ineludibles relaciones. Por ello parece una entidad que lo supera, lo trasciende, que está más allá de esas individualidades. Todos se reconocen de alguna forma en él, pero como algo que los trasciende, más allá de lo que se considera como propio. Este algo parece estar por encima de la propia individualidad. Este algo es lo que han hecho otros hombres, los otros individuos. El espíritu no existiría sin el aporte al mismo de todos y cada uno de los

individuos, por ello los trasciende como tales, y ofrece la imagen de una entidad supraindividual, sobrehumana, al parecer, más allá de los hombres que la hacen posible y, en este sentido, abstracta, absoluta y por ello supuestamente capaz de determinar la existencia de los hombres que le han dado origen. Así surgen determinismos dentro de los cuales los hombres parecen ser simples instrumentos de fines que les son ajenos, más allá de ellos mismos, de sus anhelos, deseos y afanes.

Es este ineludible encuentro de unos hombres con otros, esta relación sin la cual el hombre no sería hombre—la definiría Aristóteles llamando al hombre un animal político—, como expresión de los esfuerzos y afanes de todos y cada uno de los hombres como individuos concretos. Son estos hombres, el conjunto de ellos, los que conforman el espíritu de una sociedad, el espíritu que origina la interrelación del hombre con el hombre, el espíritu matizado por los logros que los individuos en relación con sus propios intereses consiguen imponer. La toma de conciencia de esta situación originada en acciones no deterministas suele transformarse en instrumento de pugna, por el que unos hombres tratan de imponer sus intereses a otros, y a través de ello acaban por mostrar que toda desigualdad tiene su origen en el modo de ser del espíritu de una época. En realidad tiene su origen en el modo de ser concreto de los hombres, de cada hombre, en sus afanes, anhelos y deseos, obviamente enfrentados por lo que parece ser expresión de un espíritu que está sobre esos afanes, anhelos y deseos. Relación no determinante y por ello abierta al cambio, que se transforma en relación determinante, expresión de una entidad suprahumana como Dios, la Providencia o el espíritu.

Para cambiar una situación, supuestamente determinada, habrá entonces que tomar, previamente, conciencia. De esta toma de conciencia hablarán Hegel y Marx. El esclavo, al tomar conciencia de lo que su trabajo representa dentro del supuesto predominio del amo, se rebela para crear su propia sociedad, esto es, el ámbito de posibilidad de otras relaciones humanas que no sean las de la explotación del hombre por el hombre, como Marx lo hace, al demostrar el papel que tiene el trabajo en la sociedad, en el mundo que se ha levantado sobre éste. Trabajo sin el cual el sistema por el que unos hombres siguen explotando a otros hombres no existiría. La toma de conciencia de esta relación conduce a la crítica del sistema, la crítica como conciencia de una situación que puede ser cambiada. Así el espíritu de una época entra en crisis ante el reclamo de ajustes de un nuevo orden en las relaciones que unos hombres deben guardar con otros. Relaciones que no pueden estar determinadas por fuerza alguna que supere al hombre que las sufre, sino expresiones propias de estos mismos hombres en su relación con otros hombres. Crisis espiritual, esto es, puesta en duda de la capacidad de un espíritu para dar sentido total a la realidad que las acciones de los

hombres han originado. Fue ésta la crisis que en la Antigüedad sufrió la polis como expresión del espíritu de una Grecia desgarrada por sus pugnas internas y entre polis, como punto de partida para el nuevo espíritu que las hazañas de Alejandro abrieron al mundo entonces conocido, creando el imperio del que Roma sería la gran heredera. Crisis que sufre el mismo espíritu imperial ante los embates del cristianismo y los pueblos bárbaros cuyo triunfo origina otro nuevo espíritu, el cual a su vez entra en crisis cuando el hombre acepta su propia responsabilidad como individuo, dejando a Dios en el suspenso de la duda cartesiana. Individualismo que a su vez origina la reacción de los hombres que lo sufren dentro de un espíritu en que prevalece el fuerte sobre el débil o los supuestamente mejores sobre los que no han demostrado serlo. La misma lucha en la naturaleza descrita por Darwin. Frente a este espíritu está la crítica del marxismo, según la cual, a través de la lucha de clases, proletarios contra patronos se han apropiado de los medios de producción y trabajo. Surge una nueva crisis del espíritu de la época, originada en la toma de conciencia de los hombres cuya humanidad ha sido puesta en entredicho por los intereses de un grupo determinado de hombres. Problemas de identidad con respecto al modo concreto de ser de unos hombres en relación con otros.

2. *El espíritu como enajenación del hombre*

En las relaciones que ineludiblemente han guardado unos hombres con otros dentro de la toma de conciencia que surge entre ellos, el otro empieza siendo visto como parte del entorno natural por utilizar o eliminar. El otro no es tanto el semejante como el obstáculo o el instrumento para fortalecerse a sí mismo. Hegel desarrolla magistralmente esta relación en su *Fenomenología del espíritu*. El espíritu toma conciencia de sí mismo como sujeto y como objeto. Conciencia de la que se va derivando la libertad frente a la naturaleza que limita al hombre, pero también libertad frente al dominio que unos hombres imponen a otros hombres. En el Mundo Moderno, que tiene como máxima expresión al filósofo francés Renato Descartes, esta toma de conciencia, primero del esclavo frente al amo, después del siervo frente al señor, culmina en lo que parece ser ya la máxima expresión de liberación del hombre sobre la naturaleza en relación con sus semejantes. "Todos los hombres son iguales, por la razón o el entendimiento", dice Descartes, y por iguales libres.

Las grandes revoluciones del siglo XVIII, la estadounidense de 1776 y la francesa de 1789, hacen suya ésta que parece máxima verdad. Los hombres son iguales o idénticos entre sí por la razón que da sentido al mundo y a la sociedad. La razón que está desprendida del hombre concreto y por encima del mismo. Todos los hombres son iguales por

tener razón, por comprender y hacerse comprender. La razón se endiosa, se hace normativa, por lo que, paradójicamente, está sobre los hombres, pues sólo son iguales por ella, aunque distintos por su concreción y por ello determinados a ocupar el lugar que en este horizonte de comprensión la razón les señale. Ya no hay amos y esclavos, señores o siervos; la relación será entre patrones, que poseen los instrumentos de producción, y proletarios, que sólo poseen su trabajo. Pero todo en un ámbito de libertad. El trabajo que *libremente* ofrece el proletario en el mercado propio del sistema donde nadie está obligado a vender o comprar sino dentro del libre juego de la oferta y la demanda. Así, unos hombres podrán vivir opíparamente y otros morir libremente, aceptando o no las condiciones de la oferta y la demanda de trabajo. Los hombres siguen siendo iguales, como diría Descartes, por la razón o el entendimiento. Sus diferencias y, con ello, su lugar en el orden establecido dentro del espíritu propio de la época, están determinados por la demanda que se haga del trabajo que transforma a la naturaleza en productos para ser consumidos por este mismo hombre. Las diferencias que el sistema impone no son sino razones propias del espíritu en su desarrollo. De esta forma, el espíritu se realiza y se hace más libre. Una libertad para el disfrute de quienes dentro del sistema están destinados no a ser su instrumento pasivo, sino activo en su realización del espíritu. La historia, el quehacer cotidiano del hombre, cristaliza en espíritu que determina y justifica las naturales desigualdades dentro de la igualdad cartesiana.

A todo ello replican Marx y Engels: "La historia no hace nada... No posee ninguna riqueza, no libra ninguna clase de lucha. El que hace todo esto, el que posee y lucha, es más bien el *hombre*, el hombre real, viviente... la historia no es sino la actividad del hombre que persigue sus objetivos." La historia, cristalizada en espíritu, no da el sentido al hombre, sino que es el hombre el que da sentido a la historia, que se hace expresa en el llamado espíritu. "La historia de la humanidad —siguen Marx y Engels—, se convierte en la historia del espíritu abstracto de la humanidad que queda, por lo tanto, más allá del hombre real."¹ Reivindicar al hombre real, concreto, de carne y hueso, será la tarea que se imponga el marxismo en la búsqueda de una sociedad en la que la diversidad de los sujetos pueda ser reconocida en una relación horizontal de solidaridad. Todo esto se alcanzará por la toma de conciencia que el hombre ha de tener de sí mismo y del mundo en el cual convive con otros hombres.

Para ello el hombre deberá superar la alienación que hace de su trabajo un simple instrumento de transformación de la naturaleza de la que toma sus productos. El hombre visto como instrumento del hom-

¹ Carlos Marx y Federico Engels, *La sagrada familia*, México, Grijalbo, 1967.

bre, como parte del mundo por explotar, al igual que el vegetal y el animal. El hombre es hombre por la razón que le iguala al resto de los hombres, pero se convierte en instrumento en cuanto no es por su propia razón e intereses que domina con su trabajo a la naturaleza, sino por los intereses de los hombres que poseen los medios de producción a cuyo servicio está. Deja así de ser plenamente hombre, igual al resto de los hombres, porque se ha transformado en instrumento al servicio; no de su propia libertad, dominando la naturaleza, sino al de la libertad de otros hombres que poseen los instrumentos que permiten esa dominación y libertad. Hacer consciente todo esto será preocupación del marxismo, para el logro de una sociedad más justa en la que el hombre deje de ser instrumento del hombre. La relación de subordinación y explotación amo-esclavo, señor-siervo, ha sido superada en favor del poseedor de los instrumentos de producción. "El esclavo —dice Engels— está vendido de una vez y para siempre, en cambio el proletario tiene que venderse él mismo cada día, cada hora".² El proletario, para defenderse y liberarse, tendrá que suprimir la competencia que hace de su trabajo mercancía, esto es, la propiedad privada que permite que el patrón controle el uso de los medios de producción, y para ello elimina las diferencias de clase.

En esta nueva relación no se establecen problemas de identidad como los que planteó la relación amo-esclavo, señor-siervo; el dominio imperial o el feudal de un grupo de hombres sobre otros hombres, los vencidos. Los vencidos, como lo expresa ya Aristóteles, poseen la razón que distingue al hombre del resto de la naturaleza, pero disminuida. Son bárbaros porque la razón no se hace plenamente expresa en ellos como se manifiesta en el griego por la lengua y el derecho que da la ciudadanía a los romanos. El cartesianismo ha puesto fin a esta discriminación a partir de la igualdad de los hombres entre sí por la razón. Hay diferencias que podrán ser eliminadas si los hombres convienen mediante un contrato sus relaciones sociales, como lo expresa Juan Jacobo Rousseau en el siglo XVIII. Las desigualdades son accidentales, tienen su origen en la historia; son accidentes los que han permitido que unos hombres dominen a los otros. La razón hecha conciencia pondrá fin a esta situación, sin menoscabo de la múltiple identidad de los contratantes. La diversidad misma es sólo accidental. Accidente que podrá eliminar la razón como divinidad, más allá de los hombres que la portan.

La lucha de clases de la que habla el marxismo, a través de la cual habrá de darse el socialismo, es la lucha por un mayor y más equilibrado reparto de la plusvalía que el trabajo origina, reparto en el cual el ocioso sale sobrando. Lucha para que los medios de producción que permi-

²Federico Engels, *Principios de comunismo*, México, Grijalbo, 1975.

ten obtener los frutos del trabajo dejen de estar en beneficio de grupos privilegiados y pasen al servicio de toda la sociedad sin discriminación alguna. Sólo así se podrá alcanzar la igualdad expresa por Descartes, la de todos los hombres, con independencia de sus accidentes étnicos, históricos, sociales y culturales. Es la resistencia a esta igualación la que origina las luchas entre el capital y el trabajo, para culminar en la aparición de Estados socialistas frente al terco capitalismo. Primero Rusia en 1917, después China y en adelante otros muchos pueblos harán suya la revolución propuesta por el marxismo.

El espíritu de la época está así encuadrado en el empeño por poner la naturaleza al servicio del hombre, pero no de un grupo de hombres sino de todos los hombres. Lucha de hombres iguales entre sí, con independencia de sus peculiares formas de identidad. Se trata de que todos estos hombres, sin excepción, reciban justamente lo que corresponde a su trabajo. Al trabajo del que depende la plusvalía por el hombre alcanzada y con ello la posibilidad de que él se libere plenamente de la naturaleza, poniéndola a su servicio. No hay hombres más ni menos hombres que otros, ahora sólo hay hombres más ricos que otros y hombres más pobres que otros. Poner fin a estas desigualdades será posibilitar lo establecido por el cartesianismo, la igualdad de todos los hombres por la razón o el entendimiento que un equilibrado reparto de esfuerzos y beneficios según sus capacidades y sus necesidades permitirá.

3. La ciencia como manipulación y anulación del hombre

La ciencia y la técnica, por las que los hombres dominan a la naturaleza para ponerla a su servicio, originan a su vez extraordinarios y cada vez más poderosos medios de producción por los que supuestamente deberían liberar al hombre de la maldición bíblica de “ganarás el pan con el sudor de tu frente” y, sin embargo, continúan estando dentro del sistema capitalista y al servicio de limitados grupos de poder de este sistema, sin posibilidad de que el hombre alcance la emancipación plena del mismo trabajo y quede libre para realizar otras actividades que rebasen las que están simplemente encaminadas a dominar la naturaleza con el sudor del rostro. La ciencia y la técnica han sido puestas igualmente al servicio de estos grupos para amedrentar y desalentar su socialización. Se alcanzó el dominio del átomo y de los espacios, pero no para hacer más libre al hombre sino para impedir que otros hombres sean vistos como iguales en una sociedad en la que deben dominar los más aptos, los más fuertes, como en la prehistoria bajo la ley de la selva. La cachiporra convertida en bomba atómica, en misiles mortales y gases letales. Armas cada vez más complejas para defender el supuesto derecho al uso exclusivo de la naturaleza. Armas para destruir o acorralar al trasgresor, que insiste en un más justo reparto del trabajo y de sus frutos

y que se ve obligado a ponerse a la defensiva y en ello a dilapidar esfuerzos que podrían servir para el logro de una sociedad más justa. Los propios sistemas socialistas obligados a la fabricación de las armas, cada vez más complejas y caras, que les permitan defenderse de la agresión del sistema que los enfrenta. La ciencia y la técnica encaminadas a atacar, disuadir y prevenir frente a cualquier acción encaminada a impedir el socialismo.

La ciencia y la técnica en este fin del siglo XX, a las puertas del Tercer Milenio, han llegado a un extraordinario desarrollo del que se han derivado logros nunca imaginados. La ciencia ha puesto al alcance del hombre los más recónditos secretos de la naturaleza, con los que se podría poner fin a la maldición bíblica del trabajo como sudor. La ciencia y la técnica como instrumentos para el logro de la anhelada felicidad. Pero ciencia y técnica siempre dominadas por pequeños grupos de intereses. La ciencia y la técnica, como máximas expresiones de la razón que hace a los hombres iguales entre sí, no están, sin embargo, al servicio de ellos. Siguen siendo un instrumento de manipulación al servicio de intereses cada vez más limitados. "Comed la fruta de la ciencia y seréis como dioses", dice el Génesis. Sin embargo, el hombre que ha comido esta fruta no ha llegado a ser como Dios, porque ésta ha sido y sigue siendo usada en exclusivo beneficio de unos hombres en detrimento de otros. Hombres que han venido haciendo de su concreta y peculiar identidad la medida de la identidad del resto de los hombres. Éstos siguen viendo en sus semejantes no a otros hombres sino a una simple parte de la naturaleza que ha de ser explotada en su exclusivo beneficio.

Millones de hombres siguen así ganando el pan con el sudor de su frente. Porque el extraordinario desarrollo de la ciencia no ha servido al hombre como tal, sino a sus instrumentadores. Así, al lado de la ciencia al servicio del hombre, medra la ciencia para la guerra, la destrucción y el desaliento con el fin de que no se afecte el exclusivismo de quienes detentan los instrumentos de producción. En su extraordinario desarrollo, la ciencia plantea ahora el problema de la modernización de la sociedad, una sociedad que está surgiendo de sus brutales retos. El acomodo de la sociedad, de los hombres que la hacen posible, el extraordinario desarrollo de los medios de producción que, lejos de servir a todos los hombres, siguen sirviendo a unos cuantos privilegiados. La modernización de una sociedad en la que se va eliminando paulatinamente al hombre mismo que tiene que ganar el pan con el sudor de su frente, haciendo de su trabajo un instrumento de desarrollo y progreso algo obsoleto. El robot va así ocupando el lugar del antiguo proletario; su producción se ve multiplicada potencialmente al infinito y se vuelve cada vez más eficaz, pero no al servicio del hombre, cuyo trabajo está resultando obsoleto, sino al de un pequeño grupo de individuos

empeñados en mantener la apropiación de instrumentos que podrían servir, sin menoscabo de sus peculiares necesidades, a la totalidad de los hombres. La ciencia y la técnica, cada vez más eficaces, lejos de servir al hombre lo están enviando al basurero de la historia. La robotización no implica menos trabajo del hombre para ganar el pan, sino su paulatina eliminación. La ciencia está posibilitando técnicas que necesitan cada vez menos del trabajo y hacen del hombre un ente obsoleto. La ciencia y la técnica no ya para que el hombre trabaje físicamente menos y así poder estimular cualidades que le son privativas y lo distinguen de la naturaleza propiamente dicha, sino al servicio de una minoría, cada vez más estrecha, que usufructúa el extraordinario desarrollo alcanzado por la humanidad.

Otro campo de especulación que niega al hombre es la plusvalía derivada de su trabajo. Manipulación especulativa de la que se originan riquezas no imaginadas, a partir de la anulación propia del hombre del mismo trabajo que hace posible la plusvalía. La inflación mundial, originada en la manipulación de la plusvalía desprendida del trabajo, va haciendo del trabajo mismo algo obsoleto. El hombre, que con su trabajo crea y recrea el mundo del que debería ser señor, va siendo así desplazado por los productos de su propio trabajo e inventiva y por la manipulación que se hace de las ganancias del mismo. Todo va así conduciendo a la crisis en un mundo en el que el hombre está siendo desplazado.

La manipulación de unos hombres por otros va conduciendo a la anulación plena del hombre, va convirtiéndolo en algo obsoleto en un mundo cada vez más eficaz y por ello más necesitado del trabajo y la inteligencia humanos; tal es lo que se hace expreso en la crisis del espíritu de nuestro tiempo. Este mundo parece no necesitar ya tan sólo del trabajo del hombre, sino de la riqueza que el trabajo produce, de la plusvalía, pero ya desprendida del mismo. Se plantea ahora el problema de qué hacer con el extraordinario desarrollo material alcanzado por la ciencia y la técnica para que éstas sirvan al hombre y no lo anulen. Esto se pone de manifiesto ahora que se plantea el problema de la reconversión industrial que preocupó tanto al mundo capitalista como al socialista y a los pueblos que aún se mantienen en el subdesarrollo. Se trata ya de superar la manipulación que en limitado beneficio de algunos se hace de otros. El hombre ya no debe ser visto como un desperdicio, como máquina obsoleta de trabajo, sino como el centro y el beneficiario de sus propias acciones, que pueda usufructuarlas sin menoscabo de otros. El hombre debe ser el beneficiario total del extraordinario mundo que se avizora en el próximo milenio. Se trató ya de adaptar la ciencia y la técnica a las necesidades del hombre dentro de la ineludible igualdad que ha de ser reconocida en todos. El trabajo y los extraordinarios frutos de éste, puestos al servicio del hombre sin discriminación alguna, hasta lograr que este formidable esfuerzo posibilite

el desarrollo del espíritu del hombre y se cumpla así lo ofrecido por el Génesis, haciendo del saber instrumento para su elevación y no para su anulación.

4. Anulación de identidad

Simultáneamente a la paulatina destrucción del hombre en beneficio de otros hombres se fue poniendo en duda la identidad de los habitantes de otras regiones de la tierra. Todos los hombres son iguales por la razón o el entendimiento, decía Descartes; la distinción entre ellos proviene de ciertas circunstancias como tener una etnia y no otra, pertenecer a una clase social y no a otra, vivir una historia y no otra. Pero circunstancias siempre superables, porque tales diferencias no afectaban a la razón que iguala a los hombres entre sí. El europeo había vivido, a lo largo de su historia, con hombres de otras latitudes. Por la razón, pese a circunstanciales diferencias, se había entendido con otros hombres. En todo caso se trataba de diversos grados de humanidad; algunos la tenían en mayor, otros en menor medida, debido a accidentes que la filosofía moderna consideraba podrían ser superados en la relación de los unos con los otros. Distinto del europeo era el asiático como el africano y el americano, pero de cualquier forma hombres.

Esta concepción empieza a cambiar a partir de ese 12 de octubre de 1492, cuando Cristóbal Colón se encuentra con América. Colón esperaba encontrarse con otros hombres, con aquéllos de los que el europeo tenía noticias por su conflictiva presencia en Europa, como los musulmanes al este y al sur de sus fronteras, o los lejanos pueblos del Asia con fabulosos reinos como el de Catay y sus señores mongoles, al igual que al sur con los oscuros africanos. Hombres con los que había venido chocando a lo largo de su historia: musulmanes, mongoles, turcos. Hombres a los que en vano trató de dominar en las Cruzadas, con sus apetecibles riquezas. Colón busca otra vía de acceso, y ya para negociar con ellos de acuerdo con la nueva mentalidad mercantilista. Tal era la misión de Colón. En ella tropezaría con un continente nuevo, extraño a toda concepción del mundo hasta entonces existente. Mundo poblado por entes que parecían hombres, pero que no encajaban con las ideas que sobre lo humano se tenían antes de este encuentro. Colón, ignorante de lo que había encontrado, se hacía ya conjeturas sobre estos extraños sujetos que no se asemejaban ni al europeo ni al buscado asiático. Gente aparentemente buena, sencilla, desnuda, desarmada y cobarde. ¿Hombres como lo fue Adán en el Paraíso? No era ésta, por supuesto, la aguerrida gente del Gran Khan del que habló Marco Polo, ni los menos aguerridos habitantes de Cipango. Y por no serlo, parecían estar destinados, dada su indefensa inocencia y la inexistencia de un señor, a ser dominados por quien los hallara. Así empezó la co-

lonización, a partir de las tierras y los habitantes con los cuales se iba encontrando Colón, quien tomaba posesión de ellos en nombre de sus católicos patrocinadores.

De esta forma, la misión mercantil para negociar con el Gran Khan se transformó en conquista, y por añadidura en evangelización. Se trató de ocupar el vacío sobre habitantes que no tenían ni señor ni religión alguna.

Respecto de la posible humanidad de esta gente discutirían, décadas más tarde, Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas. ¿Son hombres de razón? ¿Son acaso semejantes a sus descubridores y colonizadores? El gigantesco continente descubierto se abrió así al dominio de hombres que marchando por el occidente esperaron encontrarse con las fabulosas riquezas orientales difíciles de alcanzar por tierra. Se ofrecía así a Europa un nuevo y fabuloso territorio antes desconocido, con millones de extraños habitantes sobre cuya humanidad no se tenía certeza. ¿Qué hacer? Españoles y portugueses, a través de la evangelización, eliminarían el problema de su humanidad cristianizándolos y con ello incorporándolos ya sin prejuicios a lo humano. Pero a una humanidad de muchas formas limitada, aunque siempre humanidad, como la que concedió Aristóteles en la Antigüedad a los no griegos; menos que hombres, pero hombres, hombrecillos, "homúnculos", los llamará el español Ginés de Sepúlveda. Hombrecillos a los que había previamente que someter para educar y así dotarlos de mayor humanidad.

La expansión que la hazaña de Colón permite a la Península Ibérica será continuada por otros pueblos europeos del otro lado de los Pirineos. Se inicia así la expansión sajona y germana, distinta de la expansión ibera. El problema sobre la humanidad de los indígenas, de los habitantes del ya denominado Nuevo Mundo, se resolverá al ver en ellos parte de la flora y la fauna para ser explotada. ¿Son entes de razón? Posiblemente, pero sus hechos parecen demostrar lo contrario. Quizá tuviesen razón, como decía Descartes. Por la razón, tanto el hotentote como cualquier indígena eran semejantes al europeo. Lo que los distinguía era lo que Descartes consideraba accidental, como la etnia y la cultura. Pero ¿qué tipo de razón podían tener estos entes que aún permanecían en estado salvaje, primitivo? Más que bárbaros, eran salvajes, esto es, parte de la naturaleza que aún no tenía conciencia de sí misma y que por lo tanto no podía distanciarse y hacer uso de ella, como lo sabía hacer el hombre que la había superado. Pero ¿por qué son estos entes distintos del resto de los hombres? ¿Por qué no han alcanzado el mismo desarrollo? ¿Por qué sus artes e instrumentos de trabajo son tan primitivos y su moral tan ajena a lo propiamente humano? Estos entes son hombres porque tienen razón, pero una razón extraordinariamente limitada. Son, quizá, hombres, pero poco o nada

han podido hacer con su razón. Su estado edénico no es una cualidad sino sólo expresión de una rebajada y casi nula humanidad.

Todos los hombres son iguales por la razón o el entendimiento, —decía Descartes— y sólo distintos por sus accidentes o por las circunstancias en que se formen. Pero ¿no son acaso estos mismos accidentes los que están determinando el buen o mal uso de la razón y por ello la supuesta humanidad de los mismos? Lo determinante no es entonces la razón, sino lo que parecía ser accidental, aquello en que ésta se inserta, como la etnia, la cultura, la historia, etc. Es todo esto lo que determina el buen o mal uso de la razón y con ello la propia humanidad de su portador, por lo cual es más o menos hombre, humano o infrahumano. El buen o mal uso de la razón se hace patente en los hechos, en la acción y sus expresiones. La razón, ciertamente, está equitativamente repartida entre todos los hombres, pero no todos los hombres parecen estar capacitados para su uso. La razón puede encontrarse en individuos cuyas etnias les impiden su buen uso. Lo natural, lo que parecía ser accidental, va a ser el determinante respecto de la supuesta igualdad de todos los hombres, como lo expresa Descartes y lo sostendrán las dos grandes revoluciones del Mundo Moderno, la de Estados Unidos en 1776 y la francesa en 1789.

Descartes es así igual a un hotentote por la razón, pero no ya por el uso que puede hacer de ella. ¿Qué hacer? Habrá que llevar esta posibilidad, la de la civilización, a los hombres y pueblos marginados, tal como lo hizo la expansión ibera al llevar el cristianismo a los hombres que Colón había descubierto. Salvo que esta posibilidad, la de la salvación por la civilización, no se puede otorgar como se otorgaba dentro del cristianismo. Los evangelizadores que siguieron a los conquistadores ibéricos en la hazaña americana incorporaron sin discriminación a los indígenas en el cristianismo mediante el simple bautismo. El adoctrinamiento que les mostrase lo que tal cristianización significaba se daría posteriormente. Mientras tanto éstos mantendrían un carácter servil derivado de su inmadurez como cristianos. Por ello se los encomendaba a sus piadosos señores para que hiciesen de ellos buenos cristianos. De cualquier forma se mantenía su identidad; nada ni nadie podrían cambiar esta identidad pero sí el sentido de la misma al abandonar el paganismo. De allí el sincretismo cultural, religioso. Distinta será la acción de los llamados civilizadores que siguieron a la expansión ibera y disputaron su hegemonía.

Para los civilizadores, el hombre como individuo es el único responsable de sí mismo. Nadie podrá hacer por él lo que él no sea capaz de hacer por sí mismo; esto es lo que se conoce como el *Selfman*. Por ello los entes con los cuales estos civilizadores se encuentran en su expansión tendrán previamente que demostrar su humanidad ante ellos. El eurooccidental no pretende, como el ibérico, otorgar humanidad me-

dian­te la cristia­niza­ción. Si estos entes poseen la razón, el alma que los hace hom­bres, tendrán que demostrarlo con sus acciones. Lo que hasta ahora muestran es que no la poseen o que la poseen en muy bajo grado. Arnold Toynbee escribe que en nuestro encuentro con los naturales de otras regiones de la tierra, éstos no fueron considerados sino como parte de la flora y la fauna por desbrozar o utilizar.

Es sobre esta idea que se tiene respecto a la identidad de los otros hom­bres que se justifica la imposición de la propia identidad sobre los otros. Justificación que muestra la otra dimensión del desarrollo del sistema capitalista: el colonialismo. Un sistema ajeno a cualquier preocupación cultural por parte de los colonizados, que busca la pura y simple manipulación de los indígenas. Gente sencilla, débil, medrosa, cobarde, que no conoce el valor de sus propias riquezas. Gente sin dueño seguro, a la cual se puede así someter a los señores allende el Atlántico. El continente encontrado por Colón será, a su vez, enclave para la expansión sobre el resto del Mundo, esto es, África, Asia y Oceanía. Lo que no pudieron lograr los cruzados marchando hacia el oriente lo harán los navegantes siguiendo a Colón por occidente. América será un día el centro del más extraordinario poder derivado de la concepción expansionista eurooccidental. Expansión que verá a los naturales de la América como a gente que debe subordinarse a la corriente civilizadora para así posibilitar el progreso de la humanidad. Gentes en las que quedan incluidos no sólo los indígenas sino también los frutos del mestizaje que se origina dentro de la concepción cristiana ibérica y se extenderán a toda región del mundo más allá de Europa, el llamado Occidente. Gente vista como expresión del espíritu que originó la cultura e inició la civilización pero que envejeció sin haber alcanzado plenamente sus propósitos, tal como sucedía con Asia, o gente inmadura como la de América al sur de la nueva y ya poderosa nación occidental, o gente todavía en la etapa primigenia como en África. Todo esto lo expresaba ya Hegel en su filosofía de la historia. Los forjadores del nacionalismo expansivo, los que se apoyaban en la tesis igualitaria del cartesianismo, los iluministas y enciclopedistas discutían sobre la pobreza de la flora y la fauna del Nuevo Mundo y por ende del indígena que lo habitaba.

5. Conciencia de la identidad

El sistema capitalista ahora en crisis se ha alzado así sobre una doble explotación, la explotación vertical del hombre por el hombre y la horizontal de una nación o pueblo sobre otros pueblos. En aras del progreso, la civilización —dicen sus epígonos— habrá de hacer muchos sacrificios, pero éstos no pueden recaer sobre los propios nacionales, sobre los propios trabajadores, tal como ocurrió en los inicios de la industrialización de Inglaterra al terminar el siglo XVIII. Otros pueblos,

otra gente, deberán pagar el alto costo de tan obligado cambio. Pueblos fuera de los ideales igualitarios que no pueden ser puestos en duda, ya que en ellos la desigualdad es natural. Se trata de gente que no ha mostrado plenamente su capacidad respecto del buen uso de la razón, que hace a los hombres iguales entre sí. Pueblos, por ello, al margen de la extraordinaria cultura y civilización euro-occidental. Pueblos que deben y pueden pagar el costo que implica su incorporación al progreso y la civilización mediante el coloniaje. Es por el coloniaje que seres infrahumanos pueden alcanzar la plenitud de su humanidad, a través del obligado sacrificio que hagan para que los máximos representantes de la humanidad estimulen el progreso.

Tesis expresa tanto en Hegel como en Marx. Para este último, la entrada de estos pueblos a la sociedad sin clases, por la que lucha el proletariado euro-occidental, estará al alcance de los pueblos fuera del sistema capitalista por su incorporación al mismo mediante el coloniaje, la explotación. Merced “al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción –dicen Marx y Engels– la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras”.³ A partir de tal incorporación a la burguesía, estos pueblos podrán seguir los pasos de la burguesía que a través de sus contradicciones encamina el mundo al socialismo. Las horcas caudinas por las que tienen que pasar todos los pueblos no eurooccidentales para alcanzar el socialismo están en el coloniaje. El costo de la incorporación al socialismo tendrá que ser pagado con el trabajo y la riqueza de los pueblos marginados, dada su mostrada incapacidad para el buen uso de la razón por el que los hombres y pueblos son iguales entre sí. Nehru, de la India, escribe: “El costo en sufrimiento humano se pagó y lo pagaron plenamente otros pueblos... Puede decirse que gran parte de los costos de la transición al industrialismo fueron pagados por la India, China y otros países coloniales, cuya economía era pagada por potencias europeas.”⁴ La burguesía occidental originada en Inglaterra –dice Fritz Sternberg– creció y se expandió, en principio, sobre los grupos sociales más débiles en ese país y en Europa. Ello originó la crisis que amenazó con frenar el crecimiento del sistema capitalista. ¿Cómo resolver el problema? Los países coloniales, abastecedores de materias primas, podrían además agregar el trabajo de sus nacionales, de los naturales de la región, y recibir a continuación sus propias riquezas así elaboradas para su propio consumo pero al precio que impusieran las metrópolis. Un nuevo modelo de explotación que no afectaba ya a los nacionales de las metrópolis, y que dio lugar a la formación, como ya lo mostraba Engels, de un

³ Carlos Marx y Federico Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, México, Ediciones Cultura Popular, s.f.

⁴ Jawaharlal Nehru, *El descubrimiento de la India*, Buenos Aires, Sudamericana, 1949.

subproletariado inferior al inglés y al europeo. La metrópoli, con la clase que la gobernaba, dueña de los instrumentos de producción, imponía su hegemonía tanto a los propios nacionales como a los súbditos de las colonias, aunque en mayor detrimento de estas últimas.

De hecho —sigue Sternberg— la relación entre los centros capitalistas metropolitanos y los países coloniales o semicoloniales, representó uno de los factores más importantes que convirtieron a las clases trabajadoras de las naciones europeas en 'burguesas'.³

El espíritu propio de la época encarnaba así en un mundo blanco, occidental y neocristiano; esto es, puritano y protestante; en el mundo *Wasp* (blanco, anglosajón y puritano) de Estados Unidos cuyo progreso estaba demostrando su capacidad para el buen uso de la razón frente a la incapacidad de otros pueblos de etnias, culturas y religiones distintas, incluyendo la católica. Un mundo, por supuesto, abierto a otros pueblos siempre y cuando demostraran su capacidad para formar parte de él. Se hacía así, de la diversa identidad de los hombres y pueblos, instrumento de justificación para imponer la propia y peculiar identidad y, con ella, los privilegios que se suponía implicaban. Que todos los hombres son iguales por la razón o el entendimiento sigue siendo innegable, pero para ello habría previamente que demostrar la capacidad para el buen uso de la razón, y así su semejanza con el privilegiado dueño de los frutos de esta capacidad. La igualdad implica así una plena y paulatina renuncia de la propia e indisoluble identidad. Esto es, ser como los otros, como Estados Unidos, reclaman ya los civilizadores y positivistas en América Latina. Occidentalizarse, asemejarse al Occidente, reclaman a lo largo de la tierra los reformistas que aspiran a hacer de sus pueblos naciones como los grandes modelos de la civilización occidental. Pero es algo difícil de lograr, ya que ello implica dejar de ser donadores de materias primas y trabajo y mercado de lo elaborado en beneficio de los centros de poder. Concepción de un espíritu que entrará en crisis a partir de la Primera Guerra en que las potencias se disputan la hegemonía de la explotación del mundo colonizado.

La Revolución rusa, en 1917, será la primera gran expresión de la crisis de este espíritu. Enfrentamiento y triunfo de una clase social sobre la que se imponía el dominio. Conjuntamente, una de las primeras expresiones de antimperialismo, y con ello la posibilidad de otra forma de producción que no fuese la del sistema capitalista. La revolución socialista en Rusia mostrará una concepción del socialismo distinta del marxismo original. Para empezar, la revolución no surgía en un pueblo altamente desarrollado como presumía Marx; además, era un pueblo

³Fritz Sternberg, *¿Capitalismo y socialismo?*, México, FCE, 1954.

en el que se hacía expresa una identidad distinta de la manifestada por el mundo euro-occidental. El socialismo se daba en un pueblo considerado, por el propio marxismo, como bárbaro. Rusia se adelantaba en la instauración del socialismo fuera de los países industrializados de Europa y Norteamérica. Por ello el imperialismo y el nacionalismo, enfocados lateralmente por el marxismo, fueron considerados centralmente por el leninismo. Lenin completó, supuestamente sin negar a Marx, la concepción del socialismo. Al socialismo se podría llegar también luchando contra la explotación del colonialismo capitalista. A la lucha de clases se agregarán las luchas de liberación nacional. Luchas de pueblos de una identidad étnica y cultural distintas de la hegemónica. Pueblos que supuestamente no habían progresado por no haber usado bien la razón que igualaba a todos los hombres.

Un cambio de espíritu se estaba ya expresando en el resto del mundo. El antimperialismo patente en la Revolución Mexicana de 1910 anticipaba lo que sería el nuevo espíritu de la época. Así lo ve Toynbee, quien considera a la Revolución Mexicana como el primer gran movimiento para romper con los avíos imperiales impuestos al Mundo por Occidente. Los movimientos anticoloniales en Asia, África y América Latina a partir de la Primera Guerra Mundial dieron origen a obras como las de Oswald Spengler, *La Decadencia de Occidente*. El occidente como un mundo amenazado por la barbarie que estaba ya despertando, pero con una filosofía relativista que pondría en jaque la concepción de un *logos* magistral, o imperial. El historicismo, el existencialismo y el perspectivismo en la filosofía fueron ya mostrando el espíritu de los nuevos tiempos.

La Segunda Guerra Mundial originará un cambio de espíritu dentro del nuevo mundo eurooccidental. La participación en la guerra contra el totalitarismo por parte de hombres de todas las colonias motivaría el reclamo del cambio. Para alentar la participación de los pueblos marginados en la guerra, Roosevelt y Churchill proclamaron y firmaron la Carta del Atlántico, en agosto de 1941. Al final de la guerra, y con el triunfo del llamado mundo libre, devendría un mundo sin explotaciones de hombres sobre hombres, o pueblos sobre pueblos. La proclamada igualdad entre los hombres y los pueblos no se daría por la pura razón, sino por la misma diversidad de los hombres y pueblos que habitan la tierra. Todos los hombres son iguales pero no ya por la razón o el entendimiento, sino por el mismo hecho de ser distintos; esto es, por poseer una identidad, una personalidad, por ser hombres concretos y no reflejos de una abstracción. Los hombres y pueblos, al afirmar su ineludible identidad y exigir respeto para ella, hacían patente la también ineludible y concreta identidad de sus cosificadores. No existen hombres por excelencia, sino hombres concretos en ineludible relación con otros hombres.

Era tan natural ser francés –escribe Jean-Paul Sartre–. Era el medio más sencillo y económico de sentirse universal. Eran los otros los que tenían que explicar por qué no eran completamente hombres. Ahora Francia está tendida boca arriba... Todavía somos franceses, pero la cosa ya no es tan natural. Ha habido un accidente para hacernos comprender que éramos accidentales.⁶

Esto es, hombres concretos, como todos los hombres, ni más ni menos que otros hombres. Diversos, y por diversos iguales.

Ahora no es sólo Occidente el que mira y cosifica a otros hombres y pueblos; son también estos hombres y pueblos no occidentales los que miran y cosifican a sus cosificadores. Tal situación cambiará sólo en una sociedad donde los hombres, en vez de cosificarse y manipularse entre sí, se comprendan y entiendan en sus diferencias sin por ello tener que renunciar a su ineludible identidad. El mundo occidental reclama para sí respeto a la propia e ineludible identidad de sus hombres, pero hizo de ésta su peculiar identidad el modelo de justificación de otras identidades. Hizo de su concreta identidad punto de partida para reconocer la identidad de los otros. Ahora son estos otros los que reclaman para sí el respeto a esa su ineludible identidad y a partir de este respeto un lugar en la marcha de la historia en la que no sean ya un simple instrumento. Se reclama el derecho a la propia identidad sin menoscabo de otras identidades. Y a partir de este reclamo, la posibilidad de una relación horizontal de solidaridad para el logro de metas comunes y al alcance de todos los hombres sin discriminación alguna.

Es así que se avizora un nuevo orden animado por un nuevo espíritu. Orden que depende de la capacidad de reconocimiento que los hombres tengan de las peculiares expresiones de lo humano en otros hombres. Dentro de estas peculiares expresiones de lo humano están las propias expresiones. Esto es, ver en el otro a un semejante no por ser su copia sino precisamente por distinto, esto es, por ser persona, individuo. Es la resistencia a este obligado reconocimiento la que ha originado y está originando guerras represivas y de liberación; violencia represiva y subversiva. Guerras de disuasión para tratar de que el hombre siga siendo instrumento del hombre, guerras civiles en las que unos hombres reclaman a otros hombres se les reconozca como sus iguales en esa su ineludible diversidad y se los respete como tales. Los imperios del sistema en crisis han dejado ya de luchar entre sí por imponer su

⁶Jean-Paul Sartre, *Muerte en el alma*, Buenos Aires, 1953.

hegemonía, y ahora luchan contra pueblos y hombres que se niegan a seguir siendo instrumentos, en ese mundo feliz y próspero de la nueva modernidad, de unos cuantos en detrimento de los más.

Cavtat, Yugoslavia, 1988

INDICE

PREFACIO	9
I. AUTODESCUBRIMIENTO	13
II. ¿QUÉ HACER CON QUINIENTOS AÑOS?	25
III. UNIVERSALIZACIÓN DE LA HISTORIA	35
IV. LA CULTURA LATINOAMERICANA Y SU SENTIDO LIBERTARIO	47
V. LA IDENTIDAD EN EL PENSAMIENTO IBEROAMERICANO	57
VI. IDENTIDAD E INTEGRACIÓN	69
VII. LATINOAMÉRICA ENTRE LA DEPENDENCIA Y LA EMANCIPACIÓN	81
VIII. CONVERGENCIA Y ESPECIFICIDAD DE LOS VALORES CULTURALES	107
IX. LIBERACIÓN NACIONAL Y SOCIALISMO	125
X. EL SOCIALISMO Y “LA SITUACIÓN ESPIRITUAL DE LA ÉPOCA”	137

Descubrimiento e Identidad Latinoamericana,
fue editado e impreso por Enkidu-Concepto Editorial
para la Dirección General de Publicaciones,
y se terminó de imprimir en agosto de 1990.
Su composición se hizo en tipo
Times Roman 10:11 y 8:9 puntos.
La edición consta de 1,300 ejemplares.

El Presentetítulo es una reproducción Facsimile

**La presente obra fue impresa bajo demanda por vez primera en los talleres de
Publidisa Mexicana SA de CV en el mes de diciembre de 2007 .**

**Publidisa Mexicana SA de CV
Calzada Chabacano N° 69, Planta Alta
Colonia Asturias Deleg. Cuauhtémoc
06850 México DF
www.publidisa.com**

